



mientrastanto.e

Número 243 de marzo de 2025

Notas del mes

¿Qué pasa el 8 de marzo?

Mercè Otero Vidal

Guerra comercial

Albert Recio Andreu

Cuando el bulo es del Gobierno: cómo nos vendieron que iban a revocar la compra de munición a Israel

Eduardo Melero Alonso

La persistencia de la precarización del trabajo del hogar

Antonio Giménez Merino

Las raíces del autoritarismo: capitalismo y tecnocracia

Albert Recio Andreu

Gasto militar y belicismo en Europa y España

Pere Ortega

Seiscientos años conviviendo. Un poco de historia

Joan M. Girona

Ensayo

Noticia y recuerdo de Manuel Sacristán

Alfons Barceló

La doble particularidad española

Antonio Antón

De otras fuentes

Prudencia ante la incertidumbre

Rafael Poch de Feliu

Genocidio al estilo occidental

Chris Hedges

Europa «free tour» y la otra cumbre de Múnich

Irene Zugasti

La era del nihilismo dulce: entre la impotencia y la catástrofe

Emmanuel Rodríguez

Trump o el capitalismo en un solo país

Constantino Bértolo

La perpetuación de la guerra en Ucrania y sus consecuencias en Europa

Olga Rodríguez

«Es evidente que el “capitalismo de finitud” no necesita la democracia»

Arnaud Orain, Fabien Escalona y Romaric Godin

El imperio iliberal contraataca

Antonio Antón

Grecia 2015. De la esperanza a la capitulación

Éric Toussaint

La Biblioteca de Babel

Barcelona 1919

Ruido de togas

Informaciones

1925-2024: Cien años del nacimiento de Frantz Fanon

Documentos

Hiperimperialismo: una nueva etapa decadente y peligrosa

...Y la lírica

Paula Tavares

Mercè Otero Vidal

¿Qué pasa el 8 de marzo?

El próximo año, 2026, se celebrará el 50.º aniversario de las *Jornades Catalanes de la Dona* que tuvieron lugar en el Paraninfo de la Universidad de Barcelona a finales de mayo de 1976. Empiezo con este aviso recordatorio, porque fue preparando estas primeras jornadas cuando las feministas de mi generación, que habíamos vivido la represión bajo el nacionalcatolicismo franquista, *descubrimos* que existía una fecha internacionalmente reconocida para celebrar, recordar y reivindicar la presencia de las mujeres y sus aportaciones en el ámbito del trabajo y en la sociedad en general en igualdad de condiciones con los hombres. En realidad, con la muerte del dictador a finales del 1975, llegamos justo a tiempo de sumarnos a la convocatoria de la ONU que había declarado 1975 como Año Internacional de la Mujer y había reconocido de manera oficial el 8 de marzo como fecha para conmemorar el Día de la Mujer.

Este hito se consigue después de una larga historia de más de cien años de dura y dolorosa reclamación de derechos para las mujeres por parte principalmente de las sufragistas y de las socialistas. A principios del siglo XX, a consecuencia de las reivindicaciones laborales y de huelgas en las fábricas textiles donde trabajaban mayoritariamente mujeres, hubo grandes manifestaciones en nuestro país y en distintas partes del mundo como Nueva York y Chicago, de tal manera que en el segundo encuentro Internacional Socialista de Mujeres, en Copenhague (1910), por iniciativa de Clara Zetkin, se propuso fijar un día simbólico en recuerdo y apoyo a estas movilizaciones y que sirviera para reivindicar los derechos de las mujeres. Al año siguiente, se celebró por primera vez el Día Internacional de la Mujer Trabajadora el 19 de marzo en algunos países europeos como Alemania, [Austria](#), Dinamarca y [Suiza](#).

Vale la pena recordar, ahora que estamos encadenando episodios de violencia armada en todo el mundo y está muy presente la amenaza de la extrema derecha, que con el estallido de la Primera Guerra Mundial el motivo central de las celebraciones del 8 de marzo, junto a los derechos de las mujeres, fue la paz y que en los años siguientes también primaron los planteamientos antifascistas. En este mismo sentido, repasando nuestra historia más cercana, nos encontramos que el año 1936 se celebró el día internacional de las mujeres en Madrid y en Barcelona. Y un año después, ya en guerra, continuó la movilización reivindicativa y solidaria de las mujeres en la manifestación que el 25 de febrero de 1937, *Día de la Dona en Guerra*, recorrió el centro de Barcelona, así como en las intervenciones del mitin del 7 de marzo en la plaza de toros Monumental. En Catalunya, en 1938, a instancias de la Agrupación de Mujeres Antifascistas, tuvo lugar una Semana de la Mujer como marco a la jornada del 8 de marzo donde las proclamas sobre el pacifismo y el antifascismo tuvieron el protagonismo incluso por encima de los discursos sobre la igualdad de mujeres y hombres.

Si penosamente pasamos en silencio los años del franquismo, volvemos a situarnos en 1976 y se puede decir que hasta 2017 las celebraciones del 8M se sucedieron con manifiestos y marchas con participación más o menos numerosa y siempre con una fiesta exclusiva para mujeres al final del día. Incluso en el año 2010, en que nevó en Barcelona, al atardecer del día 8 de marzo un grupo de feministas bajó por la Rambla haciendo el recorrido habitual de la manifestación hasta la plaza de Sant Jaume.

El cambio en la celebración del 8M se produjo en 2018, cuando coincide la iniciativa de la primera Huelga Feminista de Cuidados con el movimiento internacional del Me Too/Yo también y se desencadena una eclosión social y un salto cualitativo en la participación en los actos del 8 de marzo. Por primera vez, más allá de las manifestaciones, se propone y se lleva a cabo, dentro de las posibilidades, una huelga laboral, estudiantil, de cuidados y de consumo bajo el lema «Si nosaltres parem, el món s'atura» («Si nosotras paramos, el mundo se detiene»). Por lo que se refiere al Me Too, es bien conocido que se trata de un movimiento iniciado a través de las redes sociales para denunciar las agresiones y abusos sexuales que se extendió a partir de los escándalos en el mundo del cine.

Con el tiempo, la pluralidad y diversidad dentro del movimiento feminista ha requerido organizar asambleas para consensuar los actos del 8M, cuando antes con el trabajo de una comisión era suficiente. También actualmente los encuentros de la asamblea sirven para elaborar unos largos manifiestos donde se visibilizan, bajo el plural «mujeres», todas las denuncias, reivindicaciones y exigencias de los distintos colectivos. En sus orígenes, como ya se ha dicho, las reclamaciones del 8 de marzo se centraban especialmente en la igualdad de derechos de las mujeres en el ámbito del trabajo asalariado; luego, se reconoció que las amas de casa, las mujeres dedicadas al trabajo doméstico, eran también trabajadoras; y posteriormente la dedicación a los cuidados amplió y cambió el concepto del trabajo doméstico. Precisamente los cuidados esenciales a la vida y a la calidad de vida son los que este año (2025) protagonizan las reivindicaciones del 8M, como puede verse en el largo manifiesto (consensuado en la asamblea) del que reproducimos fragmentos del principio:

¡Los cuidados sostienen la vida! Exigimos derechos y corresponsabilidad para vivir con justicia y libertad.

Este 8M ponemos los cuidados en el centro como pilar esencial de la vida y denunciemos su precarización y explotación por parte del sistema económico y político. El cuidado remunerado y no remunerado es un eje fundamental de desigualdad social y de género. Como feministas interseccionales defendemos el derecho a escoger cómo queremos cuidar y ser cuidadas en condiciones dignas, sin discriminación ni explotación.

Exigimos corresponsabilidad por parte de los hombres, de las administraciones y del conjunto de la sociedad, porque los cuidados son un derecho colectivo y una responsabilidad social y no el trabajo individual exigido a las mujeres. Además reivindicamos el cuidado del planeta porque el mismo sistema que explota nuestras vidas exprime y destruye la Tierra. [...] Los cuidados continúan siendo invisibilizados e infravalorados por el sistema capitalista cisheteropatriarcal, capacitista, edatista, adultocentrista, racista y colonial.

Como se ha podido ver, este texto sobre el 8M tiene el sesgo catalán/barcelonés y, en este caso, todavía faltaría añadir que el 8M es celebrado, con matices más reivindicativos o más festivos, por todas las instituciones con actos y manifiestos y también evidentemente por las entidades culturales y de participación ciudadana. Un ejemplo es la manifestación nocturna que tiene lugar la víspera del 8 marzo convocada por las mujeres que se agrupan en Se va a armar la Gorda.

El arraigo de la conmemoración del 8M como Día de las Mujeres es fuerte y continuado y hay que valorarlo con optimismo como una lucha en conjunto, prolongada en el tiempo, de manera que pasa de generación en generación el deber de luchar por los derechos de las mujeres que, como nos recordó Simone de Beauvoir, no podemos creer que los tengamos ya ganados para siempre.

Albert Recio Andreu

Guerra comercial

Cuaderno de locuras: 18

La administración Trump ha lanzado una serie de amenazas de aumento de aranceles calificada como la apertura de una guerra comercial y el dinamitado de la estructura institucional de la globalización. Aunque hasta el momento los aumentos arancelarios sólo se han aplicado a China, ya hay precedentes en su anterior mandato de este tipo de políticas. Y es esperable, por tanto, que realmente entremos en una fase en la que la política arancelaria forme una de las actuaciones más estentóreas del gobierno de Washington.

Aranceles y políticas proteccionistas

Los aranceles son impuestos que gravan los productos de importación. Su objetivo es frenar la competencia de los productos exteriores a los bienes producidos en el interior, encareciendo su precio para los consumidores locales. La principal justificación a la imposición de aranceles está relacionada con el diferente grado de desarrollo del sistema productivo de un país. Las naciones que han llegado más tarde al desarrollo industrial (incluido la industrialización de la agricultura) tienen necesidad de protegerse frente a las naciones más desarrolladas mientras emprenden un proceso de modernización. Se trataría, en este caso, de una protección «dinámica», la de evitar que un exceso de competencia abortara el desarrollo de muchos países.

Una segunda justificación proviene del hecho de que, en la formación de los precios de los productos, intervienen muchos factores que no tienen que ver con la eficiencia productiva. Uno de ellos es el de las subvenciones que puede recibir la industria de un país para expandir las ventas al exterior. En este caso, su capacidad competitiva aumentaría a costa de hacer una competencia desleal, «dopada» por las subvenciones públicas. Como en la fijación de precios intervienen muchos elementos, hay muchas razones por las que los precios son distintos, para los mismos productos, en distintos países. Entre estos elementos están, por ejemplo, las condiciones laborales, que abaratan los costes allí donde hay pocos derechos salariales. También la ausencia de controles ambientales, que permiten producir más barato a cambio de contaminar. Por ello, cuando se habla de políticas nocivas que justifican que los países puedan establecer políticas de protección frente a la competencia desleal (dumping) no solo se considera el caso clásico de las subvenciones y las ayudas estatales, sino que se plantean también cuestiones como el «dumping social» o el «dumping ambiental».

Los aranceles y las subvenciones no agotan el campo de las políticas proteccionistas. Hay, al menos, otras dos formas de influir sobre importaciones y exportaciones. Uno es el de la política monetaria y la cotización de la moneda en el mercado mundial: una divisa devaluada abarata las exportaciones y encarece las importaciones. Y, al contrario, una divisa sobrevalorada tiene el efecto inverso. Pocos países tienen una gran capacidad de tener una política autónoma al respecto, pero en los debates de los últimos años se ha planteado el caso chino como un ejemplo de política devaluadora. La otra forma de influir en importaciones y exportaciones es mediante las regulaciones de los productos, el establecimiento de normas sobre su calidad, sus procesos de producción, sus pautas de distribución. En un caso límite, se puede prohibir la entrada de un

producto exterior porque no cumple las normas establecidas en el país. Este es también un mecanismo que funciona habitualmente y, en muchos casos, tiene una justificación por motivos de salud, calidad o temas sociales y medioambientales.

El proteccionismo, en sus diversas formas, tiene una larga historia. Inglaterra, la primera nación industrializada, defendió el liberalismo arancelario como una forma de conseguir un monopolio real de su producción. Y no se limitó a fijar bajos aranceles, sino que practicó una variada gama de acciones, desde prohibir la migración de operarios cualificados —para impedir que estos difundieran las nuevas técnicas de producción— hasta restringir la producción industrial en sus colonias. De hecho, el sistema colonial era de facto un conjunto de mercados cerrados en beneficio de los respectivos centros coloniales. Tras la segunda Guerra Mundial se inició un creciente proceso de liberalización, impulsado por instituciones supranacionales como el GATT y posteriormente la Organización Mundial del Comercio (OMC). Pero, a pesar de ello, han persistido muchas medidas proteccionistas, y muchas de las normas impuestas reflejan el desigual poder de los países en el concierto internacional. Lo que ahora propone la administración Trump es una alteración de este modelo, una renegociación en beneficio de lo que sigue siendo la primera potencia mundial.

El déficit exterior de Estados Unidos y la nueva guerra comercial

El déficit exterior estadounidense es el mayor del mundo. Empezó a gestarse a principios de la década de 1970, y lleva muchos años en torno al 65% (es decir, EE. UU. exporta por valor de 65 dólares e importa por valor de 100). Ningún otro país podría soportar este déficit. Estados Unidos lo puede hacer porque el resto del mundo acepta sus dólares como moneda de cambio y reserva internacional. Tiene un poder imperial que permite al conjunto del país gastar muy por encima de lo que se permitiría a cualquier otra nación. También el sector público tiene deuda, pero el potente sector financiero consigue que esta deuda sea comprada por países acreedores. Vivir a todo tren contando con que alguien siempre nos financiará las deudas forma parte del sueño consumista de los que aspiran a «vivir de rentas» (de esta esperanza sobrevive el sector del juego y las apuestas). EE. UU., en su conjunto, lleva años consiguiéndolo en base a su modelo imperial en el que juegan un papel crucial su Ejército, sus servicios secretos, su sistema financiero y la red de alianzas y vasallos que ha conseguido construir. En definitiva, su imperio.

Parte de este desajuste comercial tiene que ver con la deslocalización iniciada a finales de la década de 1970. Una emigración de empresas y creación de una red de subcontratas en el exterior que tenía por objeto de reducir los costes salariales, quebrar la creciente fuerza obrera, y beneficiarse de todas las ventajas que ofrecían los países necesitados de desarrollo. No sólo bajos salarios, también suculentas ventajas fiscales, ayudas públicas y regulaciones laxas en muchos campos como el medioambiental. Un dato que refleja este proceso es que, a pesar de que las grandes compañías electrónicas e informáticas son estadounidenses, el país es un gran importador neto de estos equipos, puesto que la inmensa mayoría de chips y de equipos informáticos se producen en Asia Oriental (China, Taiwán, Corea del Sur...). Esta ha sido una de las lógicas de la globalización, pero también hay otra parte de la cuestión que tiene que ver con la especialización productiva. En muchos campos, especialmente en el de bienes de consumo sofisticado, los países europeos han ido por delante de la industria estadounidense. Hace tiempo, por ejemplo, que la industria automovilista norteamericana perdió su liderazgo en manos de alemanes y japoneses. Sin contar toda la variedad de bienes de lujo que importa el país. En un

país donde existen enormes desigualdades de renta, estas se reflejan también en las pautas de consumo. Y en EE. UU. hay una legión muy grande de capas altas y medias ricas que constituyen un importante mercado para estas importaciones. Desigualdades y estructura de consumo son otro rasgo estructural.

Aumentar todos los niveles de aranceles puede tener efectos contradictorios. Muchos de los productos importados no tienen producción nacional para sustituirlos. Muchas de las plantas cerradas no están en condiciones de reabrirse a corto plazo. La economía del ajuste automático sólo existe en gran parte de los manuales de economía y en la cabeza del sector más ideologizado de sus defensores. La estrategia proteccionista siempre ha tenido una perspectiva de medio y largo plazo, sostenida en el tiempo para favorecer la eclosión de un sector productivo local. Pero, a corto plazo, y en una economía como la estadounidense, puede ser más un factor inflacionario que un acicate para la producción nacional, excepto para algunos sectores concretos. Encarecer las importaciones puede también ser un medio para reducir el consumo, pero tampoco esto es siempre automático. En economías con elevadas desigualdades, las rentas tienen a menudo más impacto que los precios. Para el sector rico de la sociedad estadounidense, el encarecimiento de los bienes sofisticados que consume puede tener un bajo impacto en la demanda de estos; simplemente, les saldrá todo más caro. Asimismo, para las industrias locales —que se suministran a través de una compleja red de empresas extranjeras— puede que ello les represente un aumento de costes, que puede incluso afectar a su competitividad internacional (en la medida que sus competidores no impongan nuevos aranceles a estos mismos países). Además, se trata de una política que puede ser revocada en cualquier momento, bien por uno de los giros de guion de Trump, o porque, simplemente, no está claro que él o alguien de su entorno repita victoria dentro de cuatro años. Puede haber demasiada incertidumbre para que los inversores se animen a efectuar las acciones que conducirían a una reindustrialización que es el horizonte propagandístico del proyecto MAGA.

MAGA y guerra comercial

La política de Trump es poco creíble como política seria de reindustrialización. No obstante, la apelación a la misma tiene un efecto propagandístico para sus votantes pobres, que sueñan con la vuelta del pasado de las viejas poblaciones manufactureras (muchas de las cuales eran, en el pasado, empresas controladas férreamente por los empresarios del lugar). Pero, en cambio, puede constituir una política real de acción para defender, en el plano internacional, los intereses de los principales grupos de poder económico. Grupos que tienen objetivos muy específicos en áreas muy concretas como son el *high tech* de las redes, la informática y las telecomunicaciones, el sector petrolífero, el sector financiero, la industria armamentística y algún otro. Sectores que quieren quebrar cualquier intento de regulación y control internacional sobre sus modos de operar y sus políticas monopolísticas. Sectores, como el petrolero, que quieren exprimir el negocio a costa de lo que sea. Sectores que quieren expandir su demanda. Y sectores que buscan controlar los suministros básicos para las nuevas tecnologías.

Si este es el caso, la lógica de la imposición de nuevos aranceles u otras medidas proteccionistas (o las amenazas de llevarlas a efecto) es bastante más obvia: la de utilizarla como un arma de negociación para imponer objetivos concretos. Sea el control de suministros estratégicos (como apunta el posible acuerdo con Ucrania), sea la eliminación de regulaciones indeseadas por sus grupos de poder económico. En la Unión Europea, por ejemplo, destaca la regulación sobre los

monopolios en la red, todas las restricciones ambientales o de otro tipo que afectan a sectores como el farmacéutico, la industria cárnica, y muchos otros. O sea, el forzar a aumentar la demanda de bienes norteamericanos, como es el caso de la exigencia de aumentar el gasto en defensa.

Aunque uno no sea un convencido de la bondad de la globalización, lo cierto es que esta política va a tener muchos efectos negativos. El más inmediato es la generación de incertidumbres y caos en el sistema de relaciones internacionales (mucho más grave va a ser, sin duda, la ruptura de EE. UU. de todos aquellos proyectos multilaterales que apuntan a cuestiones como el cambio climático, la salud etc.), que puede acabar traducándose en inflación y en la imposición de políticas macroeconómicas de ajuste o en una renovada exigencia, por parte de empresarios y economistas institucionales, de moderación salarial y pérdida de derechos. Pero, en un plano más concreto, cada victoria que obtenga esta política de presiones en el ámbito regulatorio, en materia fiscal, ambiental, social, o de defensa, empeorará las condiciones de vida de la gente y la posibilidad de una transición ecosocial. Y, además, tendrá el efecto colateral de reforzar una cultura del poder sin freno, las tendencias autoritarias y militaristas que subyacen en muchas sociedades.

La guerra comercial y la Unión Europea

La Unión Europea siempre ha sido una construcción frágil, tutelada por el gran amigo americano, el triunfador de las dos grandes guerras en las que se enfrascaron los viejos imperios europeos. En su diseño han pesado tanto los intereses del gran capital, la ideología neoliberal, como la visión nacionalista de sus principales actores. El aluvión de países del Este que accedió a la UE complicó más las cosas, al sumar países con graves problemas económicos, con una cultura autoritaria de sus élites políticas, y una visión visceral de las relaciones con Rusia. Hoy, la Unión Europea se ve ciertamente amenazada por la nueva ofensiva imperial norteamericana, profundamente dividida en su interior, amenazada por el auge de partidos ultras promovidos o espoleados desde EE. UU. y con enormes problemas en su modelo productivo y social. El pronóstico más fácil es el que apuesta por el desastre. Hay espacio para una alternativa, para eludir la imposiciones estadounidenses, pero esto exigiría que la Unión Europea aceptara jugar una verdadera política autónoma, con acuerdos con otras economías presionadas, y empezar a diseñar un proyecto de economía alternativo. Hay demasiados grupos con poder e intereses particulares que se van a oponer a una alternativa de este tipo. Pero la tarea de una izquierda transformadora debería ser, precisamente, delinear este camino, y luchar por un proyecto de este tipo. Empezando por enfrentarse a la demanda armamentística, que solo puede traer daños letales en el plano político, social y ecológico.

Eduardo Melero Alonso

Cuando el bulo es del Gobierno: cómo nos vendieron que iban a revocar la compra de munición a Israel

A finales de octubre de 2024, la prensa informaba de la adquisición por parte de la Guardia Civil de munición de 9 mm a la empresa de capital israelí Guardian Homeland Security S. A. por valor de 6.642.900 €. Según la [Plataforma de Contratación del Sector Público](#) (expediente R/0003/A/24/2), el contrato se adjudicó finalmente a la empresa israelí IMI Systems (Israel Military Industries Ltd.), empresa representada por Guardian Homeland Security. El otorgamiento de este contrato contradecía las declaraciones oficiales según las cuales el Gobierno español no vendía ni compraba armamento a Israel desde el 7 de octubre de 2023.

El 29 de octubre de 2024, el Ministerio del Interior recogió el siguiente comunicado en su página web ([todavía se mantiene](#)): «El Ministerio del Interior ha puesto en marcha el proceso para rescindir la adjudicación a una empresa israelí de un contrato de adquisición de cartuchería 9 x 19 mm. PB NATO para la Guardia Civil. Dicho contrato fue licitado el 21 de febrero de 2024. La adjudicación se realizó el 21 de octubre de 2024, y dos de los tres lotes contratados correspondieron a una empresa israelí. El Gobierno español mantiene el compromiso de no vender o comprar armamento al Estado israelí desde que estalló el conflicto armado en el territorio de Gaza. Además, otras empresas israelíes serán excluidas, como licitantes, en otros expedientes de adquisición de armamento que en estos momentos tramita la Dirección General de la Guardia Civil».

Ya analicé este contrato, el comunicado del Ministerio y su contexto en una nota del [número 241 de mientrastanto.e](#). En dicha nota planteaba mis dudas de que realmente se fuera a materializar la revocación del contrato. Pues bien, creo que mis sospechas se han confirmado. En el marco de un recurso presentado al Consejo de Transparencia y Buen Gobierno, la Secretaría de Estado de Seguridad afirma que «se ponían en marcha las actuaciones tendentes a lo dispuesto en el mismo [se refiere al comunicado del Ministerio de 29 de octubre] y comenzaba el análisis por parte del Ministerio del Interior de las distintas posibilidades a llevar a cabo».

Es decir, lo que en principio parecía que era el inicio de un procedimiento administrativo para anular la adjudicación del contrato de compra de munición a una empresa israelí es, en la práctica, empezar a analizar las posibilidades para llevarlo a cabo. En mi opinión, el Ministerio del Interior mintió en su comunicado del 29 de octubre de 2024. El titular de su comunicado era claro: «Interior inicia el proceso para rescindir el contrato de compra de munición a una empresa israelí». Pero ese titular no era correcto; el titular adecuado en función de lo que había hecho el Ministerio debería haber sido algo así: «El Ministerio del Interior ha comenzado a analizar las posibilidades de rescindir el contrato de compra de munición a una empresa israelí». Este titular no hubiera dado lugar a confusión sobre lo que realmente estaba haciendo el Ministerio del Interior. Tampoco creo que haya dudas sobre cuál era la intención del Ministerio con este comunicado y por qué lo redactó como lo hizo. Porque quería poner de manifiesto que el Gobierno estaba tomando medidas concretas para evitar la compra de armamento a Israel y dar

por sentado que la rescisión del contrato se iba a producir.

En definitiva, el Ministerio del Interior soltó un bulo y la mayoría de la prensa se lo tragó. Prueba de ello son los siguientes titulares: «[Interior cancela la compra de 15 millones de balas a una firma israelí por 6,6 millones](#)» (*El País*, 29 de octubre de 2024), «[Interior cancela el contrato de compra de balas a una empresa israelí para la Guardia Civil por 6,5 millones de euros](#)» (*El Mundo*, 29 de octubre de 2024), «[Interior anula la compra de 15 millones de balas israelíes para la Guardia Civil tras la información de la SER](#)» (Cadena SER, 29 de octubre de 2024), «[Interior anula el contrato de compra de munición con la filial israelí Guardian Defense & Homeland Security](#)» (*El Salto*, 29 de octubre de 2024). Entiendo que la información jurídica es, a veces, difícil de comprender. Pero también es necesario un poco de espíritu crítico al analizarla y no limitarse a reproducir la versión del Gobierno.

En mi opinión, el comunicado del Ministerio del Interior es un claro ejemplo de desinformación. La Comisión Europea define la desinformación como la «información verificablemente falsa o engañosa que se crea, presenta y divulga con fines lucrativos o para engañar deliberadamente a la población, y que puede causar un perjuicio público. El perjuicio público comprende amenazas contra los procesos democráticos políticos y de elaboración de políticas, así como contra los bienes públicos, como la protección de la salud, el medio ambiente o la seguridad de los ciudadanos de la UE. La desinformación no incluye los errores de información, la sátira y la parodia ni las noticias y los comentarios claramente identificados como partidistas» [Comunicación de la Comisión «[La lucha contra la desinformación en línea: un enfoque europeo](#)», de 26 de abril de 2018, COM (2018) 236 final; p. 4].

No nos encontramos ante un hecho aislado. Este caso es una pieza más de las [mentiras, medias verdades y opacidad](#) que forman parte de la política gubernamental sobre el comercio de armamento con Israel. Una política que parece más preocupada por acallar las críticas de Sumar y de la opinión pública que por adoptar medidas que intenten evitar la violación de derechos humanos en Gaza. Y que contribuye, un poquito más, a rebajar la calidad de nuestro sistema democrático.

Antonio Giménez Merino

La persistencia de la precarización del trabajo del hogar

A propósito del informe 2024 de ATH-ELE

La imprescindible Asociación de Trabajadoras del Hogar de Bizkaia (ATH-ELE) acaba de publicar su informe anual sobre la situación de este sector laboral, a partir de las asesorías practicadas semanalmente en 2024: [ATH-ELE, «Estadísticas 2024»](#). Se trata de una información muy valiosa cualitativamente, ya que, a pesar de su ámbito territorial limitado, constituye una muestra representativa de los problemas globales que asolan a este importante espacio de las relaciones laborales.

El informe desglosa la situación de las trabajadoras internas y externas, y entre sus conclusiones destaca las numerosas situaciones de ilegalidad, las carencias en materia de higiene y seguridad en el trabajo, la infracotización a la seguridad social que se reconoce a la hora de reclamar el cálculo de la duración de la prestación por desempleo, o los problemas de muchas trabajadoras para alcanzar el SMI. Una problemática que persiste tras más de dos años de entrada en vigor del [Real Decreto-Ley 16/2022](#), de 6 de septiembre, para la mejora de las condiciones de trabajo y de Seguridad Social de las personas trabajadoras al servicio del hogar (vid. [mientrastanto.e, n.º 221, marzo de 2023](#)).

Los avances que trajo consigo la aprobación de esta norma se ven empañados por el empeoramiento de la realidad reflejada en el informe, lo cual, considerando el aumento exponencial de la necesidad de cuidados de todo tipo en familias crecientemente envejecidas, constituye una situación preocupante y necesitada de un mayor diálogo entre las autoridades y las activas organizaciones sociales del sector. En ese plano, siguen siendo necesarias otras reformas substantivas, empezando por la provisión de un sistema público fiable de medición del trabajo de cuidados y siguiendo por la facilitación del permiso de residencia a trabajadoras extranjeras en situación administrativa irregular —para evitar su actual papel de carne de cañón en el mercado laboral informal—, la dotación de titulaciones específicas para un acceso en condiciones laborales dignas al empleo de atención domiciliaria, una mayor inspección laboral en los hogares, o la inclusión de estos trabajos, altamente demandados, dentro del Catálogo de Ocupaciones de Dificil Cobertura.

Es preciso y urgente prestigiar este sector laboral esencial, en continuo crecimiento, masivamente feminizado y muy lejos del reconocimiento social y político que merece. Y es preciso también, a tales fines, situarlo en primera línea de la agenda política feminista.

Albert Recio Andreu

Las raíces del autoritarismo: capitalismo y tecnocracia

Asistimos a una involución autoritaria en la mayoría de sociedades occidentales. La interpretación habitual es que esta ha estado promovida por el crecimiento electoral de la extrema derecha de la que se explica poco su gestación. Ello a pesar de que hay buenos indicios de que ha contado con importante apoyo financiero y un sofisticado desarrollo de técnicas de penetración ideológica. Incluso, se tiende a camuflar su orientación claramente antidemocrática con el epíteto de «democracia iliberal». No deja de ser paradójico que, quienes muchas veces han cuestionado lo de adjetivar la democracia (especialmente cuando se añadía socialista), ahora no tengan reparos en introducir un vocablo para evitar subrayar lo que está ocurriendo en realidad: un total vaciamiento de todo componente realmente democrático. Pensar que la existencia de elecciones mantiene una base democrática supone ignorar que estas también han existido en regímenes dictatoriales como ocurría en el franquismo. Por eso es necesario analizar las raíces que explican este giro autoritario.

Capitalismo y democracia

Hay una asociación mecánica entre capitalismo y democracia. Justificada, primero, en el hecho de que el inicio de la democracia moderna y la eclosión del capitalismo se sitúan en el mismo período histórico: la Revolución francesa y la Revolución industrial. Y justificada, en segundo lugar, porque las sociedades que hicieron revoluciones anticapitalistas adoptaron regímenes políticos dictatoriales. Pero se trata de una asociación bastante espuria, y que no resiste un examen riguroso. Los primeros regímenes fueron diseñados como democracias para hombres ricos (de la misma forma que la democracia griega era de facto una democracia de propietarios de esclavos), y en su diseño se incluía una clara hostilidad frente a las organizaciones del resto de la población. Si, además, se amplía la perspectiva, y se contempla la relación entre capitalismo y colonialismo, es aún más obvia la presencia de un diseño antidemocrático en un elemento clave de la estructura de las sociedades capitalistas reales. La ampliación de la democracia, entendida como la extensión de derechos individuales y colectivos, incluido el de participación, fue el resultado de la lucha de la clase obrera, de las mujeres, de los pueblos colonizados. Y su concreción dependió en gran medida de los equilibrios que surgieron en estos conflictos. En muchos países, los regímenes autoritarios han imperado más tiempo que los de tipo democrático. Y la restricción de derechos siempre ha planeado cuando las élites burguesas han considerado que peligraban sus prerrogativas. Baste recordar que el giro neoliberal tuvo entre sus inspiradores un informe de la Comisión Trilateral en la que las élites burguesas se dolían de «los excesos de la democracia», y que el golpe de Pinochet en Chile fue el pionero en implantar estas políticas.

La relación entre autoritarismo y capitalismo tiene buenas raíces. La empresa privada, la institución clave, es claramente una organización antidemocrática, vertical y orientada a un solo objetivo: el enriquecimiento personal de sus propietarios. Todo lo demás es accesorio o directamente hostil. Por eso, el modelo de organización es vertical. Los economistas neoclásicos han elaborado sofisticadas teorías para justificar este modelo de organización, pero todas ellas se

basan exclusivamente en que esta modalidad organizativa es lo que garantiza una mejor eficiencia en la obtención de beneficios. Se trata de una noción de eficiencia más que discutible, porque deja fuera a la mayoría de la población, y obvia todos los efectos externos que genera la empresa al conjunto de la sociedad. La inmensa mayoría de luchas sociales han estado orientadas a limitar este poder empresarial, tanto en el plano laboral como en el de sus efectos sociales. Una lucha difícil que ha pasado por las movilizaciones sociales, por la organización (sindicatos y otros movimientos), por la política, y por las regulaciones. Y que explica que el resultado final sea bastante diferente en cada país, fruto de la forma como ha evolucionado este conflicto, por la forma como los propios capitalistas han sabido encajarlo, por el tipo de instituciones (incluida la estructura estatal) que se han ido configurando. Pero, para un sector importante de empresarios, estas regulaciones y este reconocimiento de derechos al resto de la población siempre es visto como un engorro, como una traba a su búsqueda de rentabilidad. Y, por ello, es habitual que practiquen una recurrente actividad conspiratoria para revertir situaciones indeseadas y debilitar movimientos sociales.

El empresariado estadounidense es particularmente reaccionario en estas cuestiones. Su hostilidad antisindical es mucho más activa que en otros países; los sindicatos fueron casi borrados del mapa en la década de 1920, y sólo obtuvieron reconocimiento en las luchas del período del New Deal. Tras la Segunda Guerra Mundial —cuando en Europa se desarrolló el estado de bienestar y se generaron diferentes variantes de pacto social—en EE. UU. la caza de brujas tuvo entre sus objetivos centrales la persecución de sindicalistas. Y una de las primeras acciones del Gobierno Reagan fue el desmantelamiento de los sindicatos de aviación. Una tarea, la antisindical, a la que también se sumó con ardor su «colega» Margaret Thatcher. Y esta misma hostilidad se ha dirigido contra cualquier tipo de regulación que limite sus maniobras monopolísticas, que proteja el medio ambiente, que genere servicios públicos. El turboliberalismo actual es, una vez más, la reaparición con fuerza de un proceso que se ha repetido en la historia estadounidense, y que ahora está exportando con éxito a todo el mundo, fomentado por sus potentes *think tanks*.

El componente tecnocrático

El empresariado no es el único agente activo en las sociedades capitalistas contemporáneas. El desarrollo tecnológico y el crecimiento de la educación superior han generado la expansión de capas profesionales en distintas actividades clave, en las propias empresas y en servicios públicos. Para el buen funcionamiento de una sociedad capitalista, es esencial que este personal se sienta como un grupo diferente al de las masas trabajadoras. Y esto es lo que refuerzan instituciones como el sistema educativo y las corporaciones profesionales: legitimar, justificar y reproducir élites tecnocráticas. No es casualidad que la teoría neoclásica más manida a la hora de justificar las desigualdades salariales sea la pseudo «teoría del capital humano», que alega que el mercado paga a cada uno según su productividad, y que esta depende del nivel educativo de cada uno. No entro a discutir su muy cuestionable calidad teórica, sino simplemente a subrayar que su traducción ideológica es decirle a la gente que cada cual tiene lo que se merece, y que la gente con estudios se merece más. Los sistemas selectivos, los rankings universitarios y las conexiones profesionales ayudan a crear en algunas profesiones culturas corporativas elitistas y empoderadas de orgullo profesional (en muchos casos asociadas, además, a sagas familiares), lo que es constatable en actividades como la alta cirugía, la judicatura o la ingeniería. El historiador crítico David F. Noble analizó muy bien la relación entre las universidades

tecnológicas, el ejército, y la gran empresa en la formación de la profesión de ingenieros en *America by Design* 1977[1]. La mayoría de estas profesiones —aunque siempre hay excepciones— combina una fuerte autoestima, el control de un conocimiento especializado, y su ignorancia del resto de conocimientos y experiencias sociales. Y ello les conduce a despreciar los saberes que no controlan y a mantener una cultura autoritaria respecto al resto de mortales. Los hospitales llevan bastantes años haciendo formación a su personal médico para que tenga un trato empático con los pacientes. En el caso de la ingeniería, su aislamiento social es mayor y, a menudo, están insertos en las estructuras jerárquicas empresariales. No es por tanto extraño que una parte de la profesión desarrolle una visión autoritaria del trabajo, y una minusvaloración del papel de la plantilla. Son aliados potenciales del capitalismo autoritario.

No es casualidad que el mayor movimiento de fragmentación y gestión autoritaria del trabajo manual fuera desarrollado por un ingeniero con relaciones familiares en la empresa privada, Frederick Taylor. Defendía que los trabajadores tenían que comportarse como «monos educados», y limitarse a realizar los movimientos preestablecidos por las oficinas técnicas (aunque, para diseñar estos movimientos, les hacía falta observar cómo realizaban su tarea los obreros reales). Y, seguramente, no es casualidad que en esta nueva oleada de autoritarismo jueguen un papel esencial individuos que provienen de los altos niveles de la informática y la ingeniería. Altos empresarios y tecnócratas, gente que se considera superior, forman una alianza que trata como inferiores al resto. Una clase social autoconvencida de sus méritos y despectiva con lo que ignora. Unas élites decididas a arrasar con todas las fuerzas que se opongan a sus planes de enriquecimiento y dominio social[2].

Aliados colaterales y comentario final

Estos son los actores principales del momento. Cuentan también con aliados en organizaciones sociales de larga historia reaccionaria, especialmente de diversas confesiones religiosas con larga tradición en proveer de argumentos y prácticas al patriarcado. Religiones que, en parte, se sienten amenazadas por el secularismo dominante y por el movimiento feminista. Y que cuentan con recursos económicos y bases sociales que pueden constituir una base de movilización. Aunque el capitalismo actual basa su legitimación consumista en la libertad individual (y la sexualidad es además un poderoso mecanismo publicitario y una importante fuente de negocios-perfumería, ropa, clínicas de estética, etc.) tampoco es despreciable que podamos retroceder a un modelo autoritario de familia y sexualidad. Los cambios demográficos, dominados por el envejecimiento de la población y la caída de la natalidad, y las dinámicas generadas por las políticas racistas antiinmigración, son fuerzas que pueden conducir a esta regresión. El «cuento de la criada» quizás suena a una distopía demasiado radical, pero no podemos perder de vista que, también en este campo, hay nubes amenazantes.

Tenemos enfrente una fuerte coalición reaccionaria dominada por la alianza tecnocrático?empresarial con el soporte importante de algunas iglesias. Han elegido chivos expiatorios fáciles para entretener al personal —los inmigrantes ilegales, especialmente africanos y asiáticos, los antiguos colonizados, etc.—. El siguiente paso será dismantelar todo lo que puedan organizaciones y movimientos sociales, así como las políticas que ayudan a la gente a tener autonomía. Cuentan con medios, han aprendido política, y rebosan mala leche. Hacerles frente exige intervenir en muchos espacios. Empezando por fortalecer las comunidades locales que pueden generar bases de resistencia, convivencia y neutralización de las políticas

reaccionarias. Un trabajo cultural de deslegitimación de su supremacismo. Un trabajo organizativo de fortalecimiento de organizaciones políticas y movimientos. Una elaboración colectiva de alternativas en clave ecosocialista a muchos niveles. Y hay que lanzar un mensaje claro de que, sin una movilización social sostenida, el camino a la pérdida de derechos, libertades, y el desastre ecológico están servidos.

1. Hay una traducción española con el confuso título de *El diseño en América*, Ministerio de Trabajo, Madrid, 1986. [?](#)
2. Hace unos años, al final de un debate municipal en el que participamos numerosos activistas vecinales, sindicalistas y personas de diversas ONG de lucha contra la pobreza, tomó la palabra un insigne representante del gran comercio de la ciudad. Nos señaló con el dedo y dijo enfáticamente «Ustedes no representan nada, nosotros somos los verdaderos representantes de la ciudadanía». Ahora, en Barcelona, alguna de estas organizaciones empresariales está pidiendo que retiren locales y subvenciones a entidades sociales y vecinales. Y, por primera vez en la ciudad, ha empezado a encontrar el altavoz de Vox en alguna comisión municipal. [?](#)

Pere Ortega

Gasto militar y belicismo en Europa y España

Tras la invasión de Ucrania por parte de Rusia en febrero de 2022 una histeria colectiva se instaló en las mentes de muchos de los gobernantes europeos, en especial en los dirigentes de los países del Este que pronosticaron que Vladimir Putin no tenía suficiente con Ucrania y que atacaría o invadiría algún otro país europeo.

Eso se tradujo en demandas de incrementar hasta el 2% del PIB los presupuestos militares de los países miembros de la OTAN, aumento ya acordado en la cumbre de Yale en 2014 pero no cumplido, y ratificado en la cumbre de Madrid de junio de 2022 para alcanzarlo en 2029.

Ahora, a algunos de los líderes europeos les parece insuficiente y reclaman llegar al 3% del PIB. Como ha sido el caso del secretario general de la OTAN, el holandés Mark Rutte, que ya ha dicho que un 2% es insuficiente, indicando la necesidad de hacer sacrificios en salud y gastos sociales al ser la seguridad militar más importante. Algo que han ratificado destacados miembros de la UE, como el lituano Andrius Kubilius, nuevo secretario de Defensa y Espacio o la estonia Kaja Kallas, secretaria de Exteriores, indicando que se debe alcanzar el 3% del PIB. Donald Tusk, el primer ministro de Polonia, ha ido más lejos, advirtiendo que, ante la amenaza rusa, hay que gastar mucho más en defensa y alcanzar el 5% del PIB. Algo en lo que coincide Donald Trump, que también exige un aumento de los presupuestos en defensa de los países miembros de la OTAN hasta alcanzar un mínimo del 5% del PIB.

Un rearme europeo que ya había ido tomando impulso en los últimos tres años con diversas iniciativas, las más destacadas: iniciar ayudas a las industrias militares desde el Fondo Europeo de Defensa (FED) de 7.800 M€; que el Banco Europeo Industrial modificara sus estatutos para permitir financiar con 8.000 M€ a las industrias militares; eliminar el IVA e impuestos especiales en las transacciones de armas en el mercado intracomunitario; más otras dos aún no materializadas pero en las que hay consenso: que las inversiones en defensa estén fuera del techo de gasto y que no computen como deuda pública, y la segunda que el Banco Central Europeo emita eurobonos para financiar el rearme en Europa.

Un armamentismo que se ha convertido en una prioridad de la política de la UE y de la OTAN. Una prueba de ello: los veintinueve países europeos de la OTAN alcanzaron en 2023 la colosal cifra de 380.951 M€, que representó el 1,45% del PIB de todos los países miembros de ese año (Database, Sipri 2024). Alcanzar el 2% del PIB representaría llegar a 529.098 M€ y el 3% a 793.647 M€; soñar con el 4 o el 5% del PIB parece imposible por las cuantías astronómicas que representarían.

Pero lo cierto es que existe la determinación de rearmarse por parte de la mayoría de los líderes europeos, debido a la incertidumbre que representa la llegada de Donald Trump a la Casa Blanca y las determinaciones que tomará frente a Europa en cuestiones relacionadas con la seguridad, la OTAN y la guerra de Ucrania. Por lo pronto, ha iniciado conversaciones directas con Vladimir Putin, marginando a Volodimir Zelenski y a los líderes de los países de la OTAN y de la UE. Y sin saber cómo avanzarán esas negociaciones con respecto a Ucrania y qué determinaciones se tomarán, de momento, hace entrar en crisis a la OTAN, pues el apoyo sin fisuras que se prestaba

a Ucrania ha desaparecido, dejando claro, por si alguien en Europa no lo sabía, que quien manda en la OTAN es Estados Unidos.

Esta inesperada situación empuja a algunos de los líderes de la UE, al menos a los más europeístas (Francia, Alemania, España...) a prepararse para una seguridad militar autónoma de EE.UU. Es decir, de una manera u otra se va a producir un rearme generalizado y se van a dedicar ingentes esfuerzos en inversiones militares, aumentando el gasto militar en Europa. Un horizonte geopolítico caótico con un reparto de espacios de poder entre Donald Trump y Vladimir Putin, en el que también puede entrar China.

En definitiva, si la situación con la guerra de Ucrania ya había empujado a los gobernantes de la OTAN y la UE a incrementar el belicismo, ahora el nuevo escenario abierto por Donald Trump lo incrementará. Unas políticas armamentistas y militaristas que sólo conducirán a una mayor escalada de tensiones con Rusia, además de hacerle el juego a Donald Trump pues buena parte de esos armamentos serán adquiridos en EE.UU. (en la actualidad el 65% de las armas que adquiere Europa).

España no es diferente

El Estado español está inmerso en esa misma dinámica europea de aumento del gasto militar. Así lo ratificó el presidente Pedro Sánchez en la Cumbre de la OTAN de Madrid en junio de 2022, donde se comprometió a alcanzar el 2% del PIB en gasto militar en 2029. Lo cual se ha traducido en los últimos años en un gran aumento del presupuesto en defensa. Por ejemplo, el presupuesto del Ministerio de Defensa del año 2023 aumentó un 23,4% con respecto a 2022 y alcanzó los 14.453,8 M€, que, de acuerdo con el PIB de España de ese año (1,498 billones €), representó el 0,96% del PIB. Pero el Gobierno, con el ánimo de aumentar la aportación al PIB, informó a la OTAN de gastos militares que antes no incluía, como la seguridad social y las pensiones de los militares; la mutua militar; y la participación en organismos militares como la OTAN. Algo que nunca había hecho anteriormente y con lo que el gasto se incrementó hasta los 19.405 M€, alcanzando el 1,28% del PIB.

Aunque existen otros gastos militares repartidos entre otros ministerios que también tienen una función militar, como los costes de personal paramilitar de la Guardia Civil; los créditos en I+D militar que surgen desde el Ministerio de Industria; la diferencia entre el presupuesto militar inicial y el liquidado a final de año; y los intereses de la deuda correspondientes al total del gasto militar. Entonces, sumando todas esas partidas, el presupuesto final en 2023 hubiera sido de 28.394 M€ y la aportación al PIB hubiera sido del 1,9% (muy cercano al 2%).

En 2024, por falta de acuerdos parlamentarios, el Gobierno tuvo que prorrogar sus presupuestos y el ministerio de Defensa tuvo que mantener los mismos créditos que en 2023, pero para poder acrecentar el aumento en gasto militar se recurrió, como en años anteriores, a transferencias de crédito: por un lado, para hacer frente a los costes de las misiones en el exterior, y por otro para atender al compromiso adquirido por Pedro Sánchez ante Zelenski de adquirir misiles Patriot estadounidenses con destino a Ucrania por un importe de 1.100 millones. Así, esas transferencias de crédito supusieron 2.929,2 millones, como indica la liquidación provisional del presupuesto a 30 de noviembre de 2024. Es decir, se incrementó en un 20,3% el presupuesto inicial, y si se le añaden el resto de partidas que también son de signo militar, en 2024 el presupuesto alcanzó los 28.935 M€, que respecto al PIB (1,534 billones €) representa un 1,82%.

Pero como el Gobierno español ha decidido cumplir el compromiso de alcanzar ese 2% del PIB —la última prueba de ello es el anuncio de Pedro Sánchez de enviar 1.000 millones anuales en ayuda militar a Ucrania—, partiendo del presupuesto del ministerio de Defensa y sólo de algún otro gasto (seguridad social, mutua militar y OTAN), en 2029 el presupuesto militar rondará los 32.000 M€, y si se le añaden los gastos militares en otros ministerios se alcanzará la colosal cifra de 40.000 M€. Ir más allá y especular, como hacen algunos políticos europeos y demanda Donald Trump, que se llegará al 3%, 4% o 5% elevará el gasto a cifras astronómicas e inalcanzables.

Considerando que los presupuestos de las administraciones del Estado siempre son de suma cero, es decir, que hay que cuadrar ingresos y gastos si no se desea caer en un excesivo endeudamiento y déficit, de no cuadrar se debería recurrir a imponer recortes en otros ministerios que podrían afectar al bienestar de la población en los ámbitos de educación, salud y servicios sociales en general.

En definitiva, España y Europa han entrado en una deriva militarista contraria al sentido común, cuando lo apropiado sería desplegar relaciones diplomáticas que condujeran a establecer políticas de distensión y de coexistencia pacífica con Rusia, con objeto de superar la grave crisis que ha ocasionado la guerra de Ucrania; y, a la vez, volver a plantear políticas de desarme —como ya se hizo tras el final de la guerra fría en 1991— que propiciaran una Europa unida y de seguridad compartida.

Joan M. Girona

Seiscientos años conviviendo. Un poco de historia

2025: año del pueblo gitano

Este año celebramos los seiscientos años de la llegada de gitanos a la península ibérica; el gobierno ha declarado *2025 año del pueblo gitano* y se celebrarán varios actos para conmemorarlo. Un documento escrito, el más antiguo que se ha encontrado, certifica la presencia del pueblo gitano en nuestro país el 12 de enero de 1425. Llegan a una península ibérica repartida entonces en varios reinos. Aragón, Castilla, Navarra, Portugal y Al-Ándalus. Su entrada se produce por los Pirineos, después de recorrer Europa en su viaje que empezó en el Punjab (en la frontera entre los actuales India y Paquistán), por lo tanto, entran por el antiguo Reino de Aragón (Aragón, Catalunya, País Valencià, Illes Balears). Según el documento, que llevaba la firma del Papa Martín V, debían ser protegidos porque eran un grupo que peregrinaba a Santiago de Compostela, un camino que hacían bastantes grupos ya en aquella época.

Evidentemente tuvieron la protección que exigía el documento del Papa; ahora bien, con la conquista de Granada, en 1492, los llamados Reyes Católicos intentan unificar el territorio del actual reino de España. Conquistaron también Navarra, en 1515, y consiguieron que sus descendientes fueran reyes, a la vez, de Castilla y Aragón. Para aumentar la autoridad de la monarquía frente el poder de la nobleza feudal se necesitaba cierta uniformidad: la ideología católica debía ser la única presente; por este motivo se expulsó (o se obligó a su conversión) a judíos y musulmanes, rompiendo la buena relación intercultural, que diríamos ahora, que existía y que fue fructífera en adelantos tecnológicos y de pensamiento, entre las tres culturas. Los gitanos se manifestaban como católicos, pero su manera de vivir, su lengua y algunas costumbres los hacían sospechosos.

La primera pragmática antigitana se publicó en 1499. Fue el comienzo de las persecuciones que sufrió el Pueblo Gitano a lo largo de los seis siglos que lleva conviviendo con nosotros. Entre las diferentes normativas y pragmáticas reales, unas 250, hay que destacar la Gran Redada de 1749: un proyecto criminal que quería eliminar todo un pueblo; un genocidio según la terminología actual. Fue un precedente del Porrajmos, el segundo intento meticuloso de eliminarlos, ahora por parte del régimen nazi. Gitanos, comunistas, discapacitados y judíos fueron perseguidos y asesinados de manera sistemática. Respecto al pueblo gitano, la cifra de muertes llegó al medio millón, según varias fuentes históricas. La deportación de los gitanos se hizo a cara descubierta en pleno día, sin que en la opinión pública hubiera la más mínima reacción. Las instituciones que todavía existían, o las iglesias de Alemania, se limitaron a constatar su conocimiento de esta gran deportación. Una historia que no todos los docentes conocen. Una historia que, como los traumas de la guerra española, se transmite de generación en generación. (Se puede ampliar esta información en los paneles de [la exposición sobre Historia y cultura del pueblo gitano, elaborada por el Colectivo de Enseñantes con Gitanos.](#))

Esta historia explica la situación actual. Estereotipos y prejuicios contruidos a lo largo de los seis siglos han provocado la marginación o exclusión de gitanos y gitanas de la sociedad mayoritaria. Los hemos obligado a vivir en los márgenes, a trabajar en ocupaciones poco valoradas, a vivir en

viviendas con pésimas condiciones, a dejar de ser nómadas; han debido cambiar costumbres, casi han perdido su lengua propia y cuando se regularizó la enseñanza para todo el mundo quedaron también al margen.

¿Escolarizados?

Todo lo que ha soportado la población gitana ha marcado y marca la situación escolar de este pueblo. Como otras minorías, ha tenido que recorrer los cuatro estadios en su convivencia con la mayoría paya. Ha sido excluida durante años, después ha sido segregada cuando se han creado aulas o escuelas específicas para ella y finalmente se ha intentado que se integrara al sistema de enseñanza mayoritaria. Pero debemos continuar luchando a todos los niveles para conseguir que esté incluida, que las escuelas sean inclusivas y la enseñanza se adapte a todo el alumnado. Que podamos decir con total evidencia «en mi escuela sólo hay niños y niñas».

Porque, en las postrimerías del siglo XX, el resurgimiento de las tendencias racistas y clasistas de la sociedad, la reducción de la natalidad, el aumento indiscriminado de plazas escolares en los centros concertados, la llegada de familias desde países pobres y la crisis económica provocaron que nos encontremos con centros escolares donde sólo se matriculan alumnos gitanos y extranjeros pobres. Nos encontramos ante un reto difícil. La opinión pública parece que esté de acuerdo. Las administraciones no intervienen para cambiar las tendencias. Después de haber superado la segregación que representaron las *aulas puente* (exclusivas para gitanos), ahora encontramos centros gueto que la reproducen. Si los guetos se mantienen, ¿quién sale más perjudicado? ¿Cómo favoreceremos, a la larga, la relación intercultural entre todos los miembros de la sociedad?

Después de seiscientos años hay que continuar recordando que las diferencias no deben convertirse en desigualdades. Para conseguir avanzar hacia la igualdad de oportunidades es importante conocer el entorno sociocultural de todo el alumnado. Y promover relaciones en plano de igualdad. La escuela es un espacio donde todavía se puede tratar a todas las personas en igualdad y equidad; donde se puede evitar, en parte, que las diferencias se conviertan en desigualdades. Es necesario conocer cómo son para poder acogerlos como les conviene y necesitan. Una buena acogida provocará un retorno, una retroalimentación, que mejorará la relación y nos beneficiará a profesorado y alumnado. Les conviene a ellos y nos conviene a los docentes. La acogida implica una buena acción tutorial, la relación en plano de igualdad con las familias —padres y docentes queremos lo mejor para las criaturas—, la coordinación con las entidades del entorno próximo al centro escolar y con las instituciones del pueblo gitano.

Los alumnos gitanos pueden lograr los mismos resultados que el resto de los compañeros del aula. Es preciso reconocer los derechos antes de exigir los deberes: es una norma adecuada a una buena convivencia, que respetará las diferencias existentes. ¿La escuela puede compensar las desigualdades? Es una utopía necesaria. Quizás no lo conseguiremos, pero avanzaremos, poco o mucho, hacia este objetivo; serán actuaciones que lo favorecerán, que no aumentarán las desigualdades, como las aumentan otras instancias de la sociedad actual: trabajo, salarios, acceso a las viviendas... Los aprendizajes representan un pequeño o gran ascensor social. Quien ha estudiado, aunque no pueda vivir de lo que ha aprendido, tiene más posibilidades de trabajar en tareas más agradables y menos marginales.

Todo esto sin olvidar que se deben mejorar las situaciones socioeconómicas que sufre la mayoría

de las familias gitanas. Sin vivienda y trabajos dignos es muy difícil aprender. Como decíamos, hay que tener en cuenta cómo viven nuestros alumnos gitanos para adaptar y mejorar nuestra actuación. Hay que vigilar el llamado *currículum oculto* y nuestros prejuicios y estereotipos, que buena parte del profesorado ha interiorizado desde la niñez inmerso en la historia que hemos comentado.

Hoy no hay excusa, la historia y la cultura del pueblo gitano están contempladas dentro del currículum prescriptivo. Ni el miedo, ni el desinterés, ni los pensamientos racistas deberían evitar su enseñanza. Será importante que aprovechemos el año del pueblo gitano para difundir e insistir en aquello que se debe hacer y no se hace.

Nuestra tarea implica hacer presente en las aulas su historia y cultura milenarias. En las actividades de aprendizaje de cualquier materia o proyecto se debe notar su presencia, hacer que el pueblo gitano no quede invisibilizado en los centros escolares, tal como desgraciadamente ocurre en muchas instancias, institucionales o no, de nuestro país y de los países europeos.

¡Que en un próximo aniversario la utopía de la igualdad sea una realidad!

(Agradezco a Jesús Salinas, compañero de Enseñantes con Gitanos, sus aportaciones.)

Alfons Barceló

Noticia y recuerdo de Manuel Sacristán

Resumen

Manuel Sacristán Luzón (Madrid, 1925?Barcelona, 1985) fue seguramente el intelectual marxista más prestigioso y respetado en la España del siglo XX. Cuatro facultades universitarias de Barcelona patrocinaron unas Jornadas sobre su legado, con ocasión del 25 aniversario de su muerte. La primera versión de este ensayo fue presentada en dichas Jornadas. Mi comunicación pretendía sobre todo celebrar y rememorar su magisterio, en tanto que magnífico profesor de filosofía de las ciencias sociales. Como fuente principal de ese relato remito a mis recuerdos y experiencias vividas en la universidad española de la década de los años 1960.

Palabras clave: Sacristán, marxismo, filosofía de las ciencias sociales

Noticia de Manuel Sacristán

Hace unos 50 años, el 27 de agosto de 1985, murió Manuel Sacristán, el filósofo marxista español del siglo XX más riguroso, informado y abierto. Escribió mucho, pero sólo publicó dos libros redondos, uno sobre lógica formal, otro sobre Heidegger. A partir de 1983 fueron reunidas buena parte de sus obras breves de menor empaque (artículos, ponencias, prólogos, opúsculos) en una serie de volúmenes bajo el título genérico *Panfletos y materiales*. En general, se trata de trabajos esclarecidos, vigorosos y originales. Bien es verdad que el propio autor los juzgó así, con poca benevolencia y una pizca de humildad y de humor negro: «Los dos tomos aparecidos de Panfletos y materiales revelan bastante bien el desastre que en muchos de nosotros produjo el franquismo: son escritos de ocasión, sin tiempo suficiente para la reflexión ni para la documentación».

La formación básica de Sacristán era sólida, y su talante, nada proclive a la frivolidad ni a la superficialidad. Era licenciado en Derecho y doctor en Filosofía. Estuvo becado (1954-1956) para estudiar en el Instituto de Lógica y Fundamentos de la Ciencia de la universidad de Münster, dirigido por Heinrich Scholz. Aunque al final fue promovido a catedrático de universidad, previamente tuvo que padecer, en diversos períodos, ostracismo académico y persecución política, a causa de su militancia en el Partit Socialista Unificat de Catalunya. Se vio por tanto impelido a ganarse la vida haciendo traducciones (excelentes) del inglés, alemán, francés, italiano, griego clásico y catalán. Tradujo un promedio de seis libros por año durante mucho tiempo. La relación de obras sería demasiado extensa, pero —si para muestra basta un botón— he aquí un breve listado de autores traducidos: Marx, Engels, Schumpeter, Lukács, Korsch, Gramsci, Quine, Adorno, Galbraith, Copleston, Havemann, Marcuse, Bunge. En algún momento lo justificaba así: «Al traducir no sólo me ganaba la vida, sino que colocaba producción cultural en la vida cultural del país». Conviene apuntar, asimismo, que en ciertos momentos dirigió de hecho diversas revistas culturales y políticas como *Laye*, *Realidad*, *Nous Horitzons*, *Materiales o mientras tanto*.

Sin embargo, en mi opinión, donde sus cualidades brillaron muy por encima de lo normal fue en las tareas docentes. Como profesor universitario era soberbio. Conviene decir, expresamente, que sus extraordinarias dotes pedagógicas y su compromiso con una enseñanza rigurosa y seria

le granjearon un profundo respeto como maestro universitario por parte de varias cohortes de economistas. Eso ha sido certificado de forma rotunda por Ernest Lluch, ministro de Sanidad, Narcís Serra, ministro de Defensa, Pascual Maragall, alcalde de Barcelona, Andreu Mas-Colell, consejero de la Generalitat de Catalunya y economista teórico de talla internacional. Su buen hacer analítico y filosófico ha sido reconocido asimismo por colegas de primera fila, como Jesús Mosterín, Javier Muguerza, Emilio Lledó o José María Valverde.

Los días 15, 19 y 21 de octubre de 2010, la Associació d'Estudiants Progressistes organizó unas «Jornadas sobre el legado de Manuel Sacristán (1925-1985)» con la colaboración de dos facultades de la Universitat de Barcelona (Economía i Empresa; Filosofía) y otras dos facultades de la Universitat Pompeu Fabra (Ciencias económicas y empresariales; Ciencias políticas y sociales). El texto fuente del presente ensayo fue escrito a demanda de los estudiantes organizadores de las mencionadas Jornadas, para ser leído en una de estas sesiones. Estaba, pues, redactado en catalán y tenía como destinatarios preferentes a estudiantes universitarios de ciencias sociales. Fue leído el 19 de octubre en el Aula Sacristán de la Facultad de Economía y Empresa, en una sesión con el título genérico «Metodología y Ciencias sociales». El texto que presento a continuación es una versión similar, pero ligeramente distinta. Además de estar traducida al castellano, la presente comunicación amplía y recorta, revisa y ajusta los contenidos del documento original a fin de facilitar la comprensión a un público más extenso y menos homogéneo.

Recuerdo de Manolo Sacristán

Fui alumno del profesor Sacristán en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Barcelona durante el año escolar 1960-1961. Tenía yo 17 años, y estaba también matriculado en segundo curso de Derecho. Por aquel entonces, en España la mayoría de las carreras universitarias duraban cinco cursos académicos, las asignaturas se daban a lo largo de tres trimestres, y los profesores fijaban con alto margen de discrecionalidad el contenido concreto de las materias que impartían. Dicho sin remilgos: hacían lo que les daba la gana. Los planes de estudio eran en general declaraciones orientativas y más bien retóricas. Los catedráticos eran pocos, estaban encastillados en pocas universidades, y mandaban mucho. Además, en un régimen político que enaltecía como uno de sus principios rectores no la democracia ni las libertades, sino la «jerarquía», gozaban de un poder casi omnímodo dentro de su reducto particular, de modo que explicaban lo que les apetecía y examinaban del temario que se les antojaba.

Sacristán era «encargado de curso» (una categoría docente con poco sueldo y nulas garantías de permanencia) de «Fundamentos de Filosofía», una de las seis asignaturas que se impartían en el primer año de Ciencias Económicas (las otras eran: Teoría económica 1º, Análisis matemático 1º, Sociología, Historia económica mundial, Derecho civil). El año anterior había explicado sobre todo «lógica formal», pero a la vista de los magros resultados en cuanto a aprovechamiento y complicidad con el alumnado, en este curso había decidido ocuparse de las corrientes de la filosofía del siglo XX. El programa estaba centrado en tres ejes: neopositivismo, existencialismo, y marxismo. Recuerdo en especial que nos dio a conocer los planteamientos del Círculo de Viena (Moritz Schlick, Otto Neurath, Rudolf Carnap), las principales tesis del primer Wittgenstein, las ideas y ocurrencias de Heidegger y Sartre, o la existencia del «personalismo», una corriente de izquierdas de raíz humanista y cristiana nacida en Francia.

En las clases hacía referencia a autores y libros, pero sin aturdirnos en demasía. Le gustaba leer, con cadencia apropiada, fichas con pasajes de los pensadores que nos quería dar a conocer, a fin de que pudiésemos catar en alguna medida su sabor auténtico. Recalcaba que por «filosofía» (hasta principios de la era moderna) se entendía el conjunto de conocimientos racionales y sistemáticos, de modo que «filosofía» se contraponía a «teología», la cual era una suma de afirmaciones basadas en la revelación y el magisterio de la Iglesia. Por otra parte, a menudo se hacía eco —y en buena medida suscribía— de una tesis kantiana que sintetizaba en clave aforística: «No hay filosofía, hay filosofar». Esto es: hay investigación, se va haciendo camino, se consigue afinar categorías y razonamientos, pero no hay una estación terminal paradisíaca, ni se avanza ineludiblemente en la buena dirección. Parecía obvio que no perseguía nuestro aplauso, ni nuestro entusiasmo. Su objetivo era más bien que dispusiéramos de información seria, que entendiésemos los problemas y las visiones, que desarrolláramos nuestro espíritu crítico, y también que afináramos nuestra conciencia moral y nuestra solidaridad con los explotados y oprimidos.

Sintetizaré todo eso diciendo que nos enseñó a diferenciar entre palabras y hechos, verdad y retórica, espíritu altruista y afán de promoción, a ver las cosas desde diferentes ángulos, a conjeturar que todo fenómeno tiene diversas facetas, zonas oscuras, causas complejas, de manera que conviene distinguir en toda realidad distintos planos y múltiples interdependencias. Por descontado, la semántica y la lógica no resuelven, claro está, todos los problemas; pero son buenos instrumentos analíticos. Asimismo, es preciso discernir entre ciencia, ideología y valores, a pesar de que siempre existen conexiones y túneles y puentes entre estos tres territorios.

A la postre, sin embargo, el aprendizaje más enriquecedor para mi proceso formativo fue impregnarme de un ideal normativo de modestia y de rigor, de duda metódica y de búsqueda de la verdad. En términos de componentes básicos quizá se podría expresar como una combinación de información, estudio, reflexión y crítica, mientras uno procura fijarse objetivos (intelectuales y prácticos) sin andar a la greña por los cerros de Úbeda.

A una distancia de más de medio siglo desearía poner énfasis especialmente sobre dos aspectos, uno de método o forma, otro de talante. En España, en 1960, para los adolescentes de unos 18 años, con una formación básica deficiente y distorsionada por el nacionalcatolicismo que había adoptado como ideología de referencia la dictadura franquista, el profesor Sacristán no sólo destacaba como sabio, sino que también era un excelente comunicador, con gran capacidad de

seducción merced a su soltura en el discurso, claro, riguroso y refinado, de una parte, y por otra, su diligencia en la presentación de los asuntos, tanto en lo que se refiere a aducir pruebas como en la articulación de las cadenas argumentales. Hay que destacar asimismo que se tomaba su profesión muy en serio, y que era extremadamente respetuoso con los alumnos. O sea, se preparaba con esmero las clases, exponía con pulcritud, dominio del lenguaje y con argumentaciones atentas, sin dejar recovecos en la penumbra. No resulta sorprendente, por lo tanto, que fuese considerado por una muy amplia mayoría como uno de los mejores maestros de la Universidad de Barcelona, y que muchos envidiásemos tanto su capacidad comunicativa como su castellano con bonita dicción mesetaria.

La segunda faceta que quería destacar se refiere al modo como trataba a los autores. Resultaba fascinante cómo se esforzaba en ponerse en la piel de los protagonistas seleccionados. Desde luego, no se privaba de criticar ni de lanzar algún comentario sarcástico; pero lo hacía sobre la base de un profundo respeto intelectual. Los filósofos examinados podían estar equivocados, pero no era buena práctica sospechar de entrada que eran una pandilla de imbéciles. Por lo común, los pensadores estudiados tenían como objetivo tratar problemas importantes o, como mínimo, interesantes. Tal vez posteriormente dichos problemas quedarían aparcados, superados o disueltos, pero no era ocupación estéril seguir el rastro de sus ideas y de sus esfuerzos por esclarecerlas. A menudo resultaba instructivo examinar las rutas que habían explorado, analizar el contexto y los estímulos a partir de los cuales habían germinado sus problemáticas y, por último, hacer balance de los logros alcanzados (tanto positivos como negativos, fueran problemas resueltos o un irremediable fracaso).

Conviene recordar, dicho sea de paso, que no era esa la práctica normal en el ámbito de la enseñanza y la transmisión cultural en la España de aquellos años. Todavía tengo bien vivo el recuerdo, por ejemplo, de cómo había solucionado nuestro profe de filosofía de bachillerato (y director de un colegio de frailes) la difícil papeleta de resumirnos el pensamiento de John Locke: «John Locke. ¡Juan el Loco! Ya está todo dicho... ¡No hace falta explicar nada más!».

Un legado particular distribuido en cuatro tesis

Voy a esbozar ahora el legado de Manolo Sacristán, desde mi experiencia particular. Como preludio, acaso sea oportuno dejar apuntado que nunca fue para mí un guía político, pero sí un magnífico mentor intelectual. Aunque las enseñanzas recibidas no puedan describirse con unas pocas frases, intentaré dar una idea de ellas por medio de un listado de componentes principales, tales como **escepticismo, rigor, historicismo, atención a la multiplicidad de niveles y a la complejidad, apertura ante las novedades y desconfianza ante las modas**. Para dar más realce al asunto, he agrupado y condensado las ideas subyacentes en **cuatro tesis** que expongo brevemente a continuación.

Con todo, a modo de introducción, deseo presentar dos miniaturas anecdóticas que nos ayudarán a reconocer el terreno por el que vamos a transitar punto seguido. A saber, en 1983, con ocasión del centenario de Marx, le preguntaron a Sacristán en una entrevista qué pensaba de la crisis del marxismo. Su respuesta fue: «Todo pensamiento decente ha de estar en crisis permanente». También puede resultar significativo, para tener alguna idea de cómo funcionaba su intelecto, traer a colación una de sus reacciones más típicas al paso de sus lecturas. En efecto, a menudo apostillaba las afirmaciones atrevidas y las propuestas poco fundadas con acotaciones del

siguiente tenor, en los márgenes del libro o artículo: «¡¿Y eso, ¡¿cómo se sabe?!».

Primera tesis: la semántica y la lógica no son ninguna tontería. Necesitamos conceptos esclarecidos y términos depurados para poder razonar bien y socializar el pensamiento. Conceptos y términos son instrumentos intelectuales que hay que afilar con delicadeza y manipular con cuidado. En circunstancias ideales tendrían que servir para entender mejor la realidad, no para engatusar a los inocentes con florituras verbales, ni para hacer ostentación de habilidades pirotécnicas. En definitiva, por tanto, no os dejéis enredar con terminologías esotéricas. De todos modos, en los casos más favorables, mirad de recuperar el núcleo racional del asunto. Para que se entienda: desconfiad de los que alaban los méritos de la «dialéctica», pero no se molestan en caracterizar seriamente esta noción, y tampoco defienden la utilidad de la idea con ilustraciones convincentes. Con todo y con eso, ¡ajo!, no seáis impacientemente destructivos. A fin de cuentas, detrás de las ideas emperifolladas y de los términos con mucha carga publicitaria puede haber, a veces, una aspiración legítima que merece ser rescatada. Así ocurre, por ejemplo, cuando la etiqueta de ‘pensamiento dialéctico’ denota, en el fondo, un proyecto de explicación científica con rasgos historicistas, sistémicos y *emergentistas*, sin saltarse a la torera las reglas de la lógica.

Segunda: el rigor no es atributo exclusivo de las demostraciones formales, sino que cubre muchos campos: conceptos bien perfilados, referencias precisas y específicas, propiedades y conexiones claramente determinadas, conocimiento del contexto, matices y puntualizaciones pertinentes. Obviamente, el conocimiento absolutamente riguroso es un ideal inalcanzable; siempre iremos a parar a concreciones falibles y perfectibles. Pero no se trata de una pura convención ni de otra «construcción social» más. De hecho, siempre hay grados, y, por otro lado, los criterios comúnmente aceptados respecto del rigor evolucionan en el tiempo y con el tiempo. Por eso no es extraño encontrar en los borradores y notas de lectura de Sacristán apuntes con expresiones del tipo «increíble indecencia de esta gente», en referencia a los estructuralistas franceses y en especial a Roland Barthes; «en el uso de las palabras»; o advertencias señalando el peligro del «desprecio del matiz filosófico»; o quejas ante argumentos que revelan «provinciana ignorancia de las peculiaridades de ámbitos filosóficos».

Es importante, en suma, no embrollar con retórica oportunista el género de las entidades que se están analizando. Dicho con otras palabras: no hay que confundir y poner en el mismo saco «cosas concretas» y «entes de razón», objetos y propiedades, procesos y estados, fuerzas y mecanismos, stocks y flujos. Añádase, en parecida longitud de onda, que conviene poner sobre aviso respecto del uso y el abuso de las metáforas. Sin duda, son artefactos mentales, espléndidos como muletas para ayudar a entender y para dar alas a la intuición; pero carecen de potencia demostrativa y de contundencia probatoria. Y a veces conducen a descarrilamientos. No deseo entrar ahora en pormenores sobre todos esos asuntos, pero sí quiero subrayar que es enorme la cantidad de incorrecciones que puede uno reunir escrutando trabajos expertos de ciencias sociales, incluso la literatura de economía matemática presuntamente de calidad irreprochable.

Tercera: Conviene estar al tanto de las novedades, pero no hay que dejarse encandilar a primera vista por la última moda puesta en circulación; sobre todo cuando carece de apoyo empírico resolutivo y, encima, no está protegida por una red de sostén (directo y/o indirecto) de las disciplinas colindantes. A menudo, la moda en cuestión se revela pronto como un espejismo

que se disipa sin dejar rastro. Por eso resulta oportuno y aleccionador familiarizarse con la historia de las ciencias y las técnicas, y, todavía más, echar un vistazo a la historia intelectual y política del siglo pasado. Estas visitas constituyen un buen entrenamiento para percibir las distancias entre promesas aventuradas, predicciones especulativas, y la realidad pura y dura. Y eso vale tanto en lo que concierne a la gran tribu de los saberes propiamente científicos como en los campos limítrofes, ya sean tecnologías elementales, ciencias en construcción, pseudociencias de diversos géneros, ideologías tradicionales, o sistemas de valores en fase de emergencia.

Y cuarta. Durante el siglo XX ha progresado moderadamente (si bien con inmensos vaivenes) la causa de los derechos humanos y de las libertades democráticas. Muchísimo mayor impulso han experimentado tanto los avances técnicos y científicos, como la producción de bienes y servicios. Pero también hay que decir que este pasado siglo ha batido todos los récords en lo que se refiere a asesinatos en masa, hambre, miseria, desigualdades y padecimientos, destrucción de recursos y degradación del medio ambiente. Podemos creer que la batalla para superar tantas desdichas no está perdida irremisiblemente, pero la verdad es que por ahora los signos de los tiempos no parecen apuntar hacia un radiante porvenir, sino todo lo contrario. Como lema general alguna vez he propuesto **«Mas ciencia y más democracia»**. De todos modos, mientras tanto, aunque quizá sea una propuesta demasiado ambiciosa, no es disparatado pensar que **la obligación idealizada de toda persona decente tendría que ser asumir el compromiso de conocer y cambiar el mundo, disfrutando de la vida y ayudando a los demás, sin poner en peligro la supervivencia de la especie humana.**

En este sentido, me gustaría plantear la pertinencia de la noción de **«pecado»**, una idea que me parece valiosa y que vengo defendiendo desde una laicidad radical. Esto es, al margen de los delitos y las faltas, categorías situadas en el territorio regentado por el derecho penal y los códigos legales, hay también «pecados» (mortales y veniales) en un ámbito que no se solapa enteramente con los espacios de culpas a los que nos hemos referido hace un momento. En efecto, el atributo «pecado» es apropiado para calificar ciertas acciones (u omisiones) no necesariamente punibles en el plano legal, pero que atentan contra unos principios éticos o unas reglas morales socialmente determinadas (en general no codificadas, ni iguales para todos los grupos poblacionales o profesionales). Bien es verdad que la norma moral es cambiante, depende de estadios históricos y circunstancias varias; pero no es enteramente caprichosa ni puramente convencional. También hay que tener en cuenta que casi siempre hay grados, fronteras borrosas, complejas casuísticas, y bulas y privilegios varios.

El caso es que me complació topar con una cita de Manuel Sacristán en similar longitud de onda: «Echar un velo sobre el mundo para no verlo es precisamente el pecado mortal del intelectual». Como añadidura, me atreveré a sugerir que son **pecados veniales arquetípicos del mundo intelectual** impartir clases y elaborar documentos o trabajos de investigación en los que campe la frivolidad, la vaguedad o la ignorancia (bien sea por holgazanería, por cobardía o por interés), así como eludir por flaqueza humana las dimensiones críticas o incómodas del asunto que uno está sometiendo a examen.

Quince píldoras «sacristanianas»

Nunca explicitó Manuel Sacristán de manera sistemática los elementos primordiales de su pensamiento filosófico y ético. Aun cuando desde su mayoría de edad permaneció fiel a principios

como la racionalidad, la igualdad, la fraternidad, o la denuncia de todo tipo de explotaciones y opresiones, por descontento fue evolucionando. Como es natural, fue modificando y refinando sus puntos de vista, al compás y al calor de los acontecimientos históricos y de sus vivencias personales. Durante un largo período se consideró a sí mismo continuador de una larga tradición marxista, a pesar de las aberraciones y extravíos que padeció esta corriente ideológica y política. Pero a partir de la invasión rusa de Checoslovaquia en 1968 y del fiasco de la Primavera de Praga, se agudiza su pesimismo. No abandona la militancia, pero dimite de sus responsabilidades de dirección política. Apenas un año y medio más tarde padece una fuerte depresión, pero se rehace y acepta plantar cara (a pesar de cierto sentimiento de derrota y catástrofe) al desafío de corregir y actualizar el ideario y los principios de la Internacional Comunista. Éste será su norte hasta el final de sus días. Hay que destacar, en especial, que se esforzó en incorporar nuevos ámbitos de reflexión y de intervención política a una tradición marxista que consideraba extremadamente degradada, pero que no juzgaba como inexorablemente desahuciada. Claramente significativa, en este sentido, fue su labor de apertura y de sostén a planteamientos emanados de las nuevas sensibilidades de cariz feminista, pacifista y ecologista, así como el rechazo sin paliativos de las concepciones deterministas del devenir histórico.

Pues bien, para cerrar mi intervención he seleccionado un muestrario de pasajes «sacristanianos» que pueden leerse como tesis representativas del pensamiento del Sacristán maduro. Evidentemente, con unas pocas frases no se hace justicia a su pensamiento, siempre lleno de matices y distinguos; pero creo que son suficientes para disponer de una caricatura no falaz del personaje. En ciertas citas he suprimido alguna palabra o alterado la puntuación, más atento a respetar el espíritu y facilitar la comprensión que a ser escrupulosamente fiel a la literalidad del pasaje. He seleccionado los textos con pretensión de oportunidad, como si buscásemos condensar su mensaje en una docena larga de píldoras. Quiero creer que mi escueta antología no le parecería tramposa, aunque seguro que pondría reparos. He utilizado como fuente básica para hacer esta selección la antología recopilada por Salvador López Arnal y publicada bajo el título de *M.A.R.X. Máximas, aforismos y reflexiones con algunas variables libres* (Barcelona, FIM & El Viejo Topo, 2003, 502 pp., con prólogo de Jorge Riechmann y epílogo de Enric Tello). Los títulos de cada párrafo son míos.

1) *La verdad como valor fundamental*

«Para mí las palabras buenas son ‘verdadero’ y ‘falso’, como en la lengua popular, como en la tradición de la ciencia. Los de ‘válido’ / ‘no válido’ son los intelectuales; en este sentido: los tíos que no van en serio» (*M.A.R.X.*, 45).

2) *Ciencia/ideología/lógica*

«Hay que ver ciencia e ideología como polos, como polos contrapuestos de cualquier producto cultural. Naturalmente que habrá gradaciones, habrá productos culturales en los cuales el polo ideológico sea de mucho peso, y otros en los cuales lo sea mucho menos. Pero, en cualquier caso, serán polos y no entidades completamente separadas.

Por otra parte, la racionalidad de un discurso es cosa mucho más compleja, rica e importante que su logicidad formal. No es pues la ciencia de la lógica la que crea el pensamiento racional. La lógica lo estudia y lo articula y lo mejora, pero no lo produce» (M.A.R.X., 79-80).

3) *Ciencia y valores*

«La ciencia tiene sus valores, y uno de ellos es el de no meterse en más que describir neutralmente. Lo que ha de tener otros valores es la institución científica, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el ministerio o la empresa. Y el científico mismo. Pero no la ciencia» (M.A.R.X., 266).

«El puro conocimiento tiene mucho valor, pero no tiene ningún valor moral; no tiene ningún valor para la práctica, si no hay un valor que oriente la aplicación» (M.A.R.X., 55).

4) *Racionalidad*

«Para que un discurso sea correcto lógico-formalmente, basta con que no tenga inconsistencias. Para que sea racional, se le exige además la aspiración crítica a la verdad. Y esta aspiración impone a su vez la capacidad autocrítica y el sometimiento a unos criterios que rebasan la mera consistencia (por otra parte necesaria): son criterios que sirven para comparar fragmentos de discursos con la realidad. Incluyen desde la observación hasta el examen de las consecuencias prácticas de una conducta regida por aquel discurso» (M.A.R.X., 157).

5) *Facetas varias de la ciencia*

«Uno ante la ciencia normal debe tener una actitud crítica. Ante cada producto de esa ciencia. Porque un producto científico no es nunca primariamente ciencia. Es, primariamente, un bien de uso y también un valor de cambio: es un libro, es una publicación en una revista. Es decir, lo que llamamos ciencia en sentido institucional y sociológico es un trozo de vida social que puede estar cargado de ideología, de política. Ciencia en el otro sentido, ciencia en el sentido en el cual imperan sólo los valores lógicos es un contenido de ese producto cultural al que llamamos ciencia en el sentido sociológico» (M.A.R.X., 273).

6) *Ciencias sociales i ciencias naturales*

«¿Estamos obligados a postular una heterogeneidad esencial entre ciencias sociales y ciencias naturales? No me parece. La unidad de la ciencia depende de la unidad de actitud, de conducta. Ciencia no es necesariamente ciencia formalizada. Hay, más que ciencia, trabajo científico, que acaba o no cristalizando en teoría formalizable, en sentido fuerte» (M.A.R.X., 65).

7) *Verificación de un modelo económico*

«La verificación empírica es precisa no ya por prurito positivista, sino para dar sentido a los modelos económicos. Éstos, como todo conjunto de enunciados cuyo campo de relevancia no es unívocamente determinado, no tiene en rigor sentido pleno mientras no se le ponga en relación con algún campo empírico mediante operaciones de verificación. Así pues, por grande que sea la utilidad de la construcción formal de las 'teorías' (modelos), de la formalización lógico-matemática, en economía, habrá que tener presente siempre que el modelo formalizado no es

por sí mismo más que aquel 'juego de las cuentas de vidrio' que inspiró a Hermann Hesse una voluminosa y conocida narración /El juego de los abalorios/» (M.A.R.X., 158).

8) *Es preciso estudiar: y hay que combinar análisis y síntesis, visión global y local*

«Para entender las cosas hay que estudiarlas, y el creerse de izquierdas no da automáticamente comprensión al que no se molesta en estudiarlas» (M.A.R.X., 137).

«La comprensión global (que no sea un disparate de pura palabrería) tiene por fuerza que entrar en cada detalle. Lo que no se puede aspirar es a comprender el todo sin conocer nunca a ninguna de sus partes» (M.A.R.X., 73).

9) *Marx*

«Cuando nos ponemos frente a la obra de Marx hoy, hay unas cuantas cosas claras. La primera es que en el plano científico Marx es un clásico de las ciencias sociales, lo que quiere decir un autor por un lado irrenunciable y, por otro, no actual en todos sus detalles. Y otra cosa clara es que Marx es mucho más que eso: es un clásico también en la secular o milenaria aspiración de la humanidad a emanciparse de las servidumbres que ella misma se ha impuesto.

En los dos campos: como científico y como filósofo de la sociedad Marx es un gran clásico que, en mi opinión, no caducará nunca» (M.A.R.X., 180).

10) *Marxismo*

«El marxismo es, en su totalidad concreta, el intento de formular conscientemente las implicaciones, los supuestos y las consecuencias del esfuerzo por crear una sociedad y una cultura comunistas. Y lo mismo que cambian los datos específicos de ese esfuerzo, sus supuestos, sus implicaciones y sus consecuencias fácticas, tienen que cambiar sus supuestos y sus consecuencias teóricas particulares: su horizonte intelectual de cada época.

El marxismo es un intento de vertebrar racionalmente, con la mayor cantidad posible de conocimiento y análisis científico, un movimiento emancipatorio» (M.A.R.X., 232).

11) *Un caso patético de impostura intelectual: Althusser*

«El pensamiento de Louis Althusser es en sustancia una confusión lamentable, peligrosamente disfrazada de claridad y precisión. La debilidad principal del pensamiento de Althusser no consiste en que atribuye demasiada importancia a lo teórico —cosa que efectivamente hace—, sino, sobre todo, en que sus nociones de teoría y ciencia son malas. Su intento de reconstruir el pensamiento de Marx como un producto puramente científico no es sólo un falseamiento de Marx, sino también una manipulación disparatada de las ideas de ciencia y teoría. Lo peor de la influencia de Althusser es que enseña a gustar gato por liebre, logomaquia exactista por ciencia, verborrea cargada de términos pseudo-técnicos por teoría» (M.A.R.X., 211-212).

12) *¿Tiene sentido y/o significado la historia?*

«Creo que hay que aceptar bastante más voluntarismo que hasta ahora en el pensamiento revolucionario. Uno de los elementos más necesitados de revisión en el tronco mayoritario del

pensamiento marxista es la confianza en el carácter benéfico de los procesos sociales objetivos, por ejemplo, aquella inverosímil ingenuidad de Lenin según la cual, la marcha de la historia —¡vaya casualidad!— coincide con los deseos de los socialistas. Mejor no fiarse e intentar alterar el proceso con la voluntad del movimiento» (M.A.R.X., 228).

13) *La revolución y los teoremas científicos*

«Si las hipótesis revolucionarias fueran demostrables, si fueran teoremas científicos puros, no habría nunca lucha ideológica, como no la hay a propósito de la tabla de multiplicar. Que el objetivo teórico del marxismo es construir un comunismo científico quiere decir que el marxista intenta fundamentar críticamente, con conocimientos científicos el fin u objetivo comunista, no que su comunismo sea cosa objeto de demostración completa. Por de pronto, los fines no se demuestran: se lucha por ellos, después de argumentar que son posibles, no más» (M.A.R.X., 335).

14) *Tecnologías frente a sostenibilidad ecológica*

«No hay antagonismo entre tecnología (en el sentido de técnicas de base científico-teórica) y ecologismo, sino entre tecnologías destructoras de las condiciones de vida de nuestra especie y tecnologías favorables a largo plazo a ésta. Creo que así hay que plantear las cosas, no con una mala mística de la naturaleza. Al fin y al cabo, no hay que olvidar que nosotros vivimos quizá gracias a que en un remoto pasado ciertos organismos que respiraban en una atmósfera cargada de CO₂ polucionaron su ambiente con oxígeno.

No se trata de adorar ignorantemente una naturaleza supuestamente inmutable y pura, buena en sí, sino de evitar que se vuelva invivible para nuestra especie. Ya como está es bastante dura.

Y tampoco hay que olvidar que un cambio radical de tecnología es un cambio de modo de producción y, por lo tanto, de consumo, es decir, una revolución; y que por primera vez en la historia que conocemos hay que promover ese cambio tecnológico revolucionario consciente e intencionadamente» (M.A.R.X., 270-271).

15) *Nacionalismo e internacionalismo*

«El internacionalismo es uno de los valores más dignos y buenos para la especie humana con que cuenta la tradición marxista. Lo que pasa es que el internacionalismo no se puede practicar de verdad más que sobre la base de otro viejo principio socialista, que es el de la autodeterminación de los pueblos» (M.A.R.X., 342).

Bibliografía selecta y abreviada

1) Obras de Sacristán

Sobre Marx y marxismo. Panfletos y materiales I. Barcelona, Icaria, 1983 (ed. de J.-R. Capella).

Papeles de filosofía. Panfletos y materiales II. Barcelona, Icaria, 1984 (ed. de M. Sacristán y J.-R. Capella).

Intervenciones políticas. Panfletos y materiales III. Barcelona, Icaria, 1985 (ed. de J.-R. Capella).

Lecturas. Panfletos y materiales IV. Barcelona, Icaria, 1985 (ed. de J.-R. Capella).

Pacifismo, ecología y política alternativa. Barcelona, Icaria, 1987 (ed. de J.-R. Capella).

El orden y el tiempo. (Introducción a la obra de Antonio Gramsci). Madrid, Trotta, 1998 (ed. de A. Domingo Curto).

De la Primavera de Praga al marxismo ecologista. Entrevistas con Manuel Sacristán Luzón. Madrid, Catarata, 2004 (ed. de F. Fernández Buey y S. López Arnal).

2) Sobre Sacristán (por orden de aparición)

mientras tanto, n.º 30-31 (mayo de 1987): «Manuel Sacristán Luzón 1925-1985».

mientras tanto, n.º 63 (otoño de 1995): «Homenaje a Manuel Sacristán en el 10º aniversario de su muerte».

López Arnal, S.; de la Fuente P. (eds.): *Acerca de Manuel Sacristán.* Barcelona, Destino, 1996.

Capella, J.-R. (2005): *La práctica de Manuel Sacristán. Una biografía política.* Madrid, Trotta.

Benach, J.; Juncosa, X.; López Arnal, S. (eds.) (2006): *Del pensar, del vivir, del hacer. Escritos sobre «Integral Sacristán».* Barcelona, El Viejo Topo.

López Arnal, S.; Vázquez Álvarez, I. (eds.) (2007): *El legado de un maestro. Homenaje a Manuel Sacristán».* Barcelona, Fundación de Investigaciones Marxistas.

mientras tanto, n.º 114 (s. f., 2010): «A los 25 años de la muerte de Manuel Sacristán Luzón».

[Alfons Barceló es excatedrático de Teoría Económica de la Universitat de Barcelona]

Antonio Antón

La doble particularidad española

En comparación con otros países europeos, en España se da una doble excepcionalidad respecto de sus principales agentes sociopolíticos e institucionales, las derechas y las izquierdas, con sus correspondientes bases socioelectorales y grupos de presión.

Conviene analizar sus rasgos específicos, que explican su mutua relación y las características del particular proceso sociopolítico e institucional, para valorar el alcance de este ciclo de progreso y prever su prolongación renovada o su cierre, según las diferentes apuestas estratégicas. Avanzo unas definiciones básicas de esa singularidad política: el carácter antipluralista de las derechas, y la potencial capacidad democrática de las izquierdas y fuerzas progresistas.

Es pertinente un análisis realista y abierto que responda al interrogante vital a medio plazo —las elecciones generales próximas— sobre la posibilidad de que las derechas estatales (PP y Vox) derroten a las fuerzas progresistas e impongan un ciclo regresivo y autoritario hacia una democracia iliberal.

La respuesta prudente, desde la incertidumbre de cierto escepticismo analítico, es que no lo sabemos con certeza. La valoración justa, sin embargo, es que las fuerzas progresistas pueden ganar a las derechas autoritarias, lo que conlleva una subjetividad activa de compromiso democrático y por la justicia social y la igualdad. Se trata de combatir cierto fatalismo o resignación.

Existe un panorama exterior desfavorable, con un fuerte empuje imperialista y una ola derechista también en Europa. Es pertinente una respuesta realista y abierta al interrogante vital a medio plazo —las elecciones generales próximas— sobre si las derechas estatales (PP y Vox) van a derrotar a las fuerzas progresistas y se van a imponer en España con un ciclo regresivo y autoritario hacia una democracia iliberal.

En los dos próximos años se pueden introducir diversas variables. Las estrategias y actuaciones de las respectivas representaciones políticas van a tener un papel importante en la consolidación (o no) de sus respectivos campos sociales y electorales y su reflejo institucional. Pero, más allá de cada coyuntura, podemos avanzar el análisis de la trayectoria y el carácter específicos de cada bloque social y político que están configurando su interacción y su conflicto estratégico.

Se ventila la culminación de la actual etapa y el sentido de la nueva respecto de la gobernabilidad en España y la recomposición de los liderazgos progresistas. Pero, especialmente, se decide el alcance del bienestar social y democrático de la población y el modelo de país que está en entredicho. Se trata de partir de la realidad de las tendencias sociales y culturales, en este contexto económico-político, estimular un horizonte o unas aspiraciones de progreso, en contraposición de una perspectiva reaccionaria, y favorecer una dinámica transformadora progresista.

Antes de entrar en esas características de las derechas y las izquierdas y aportar algunas claves interpretativas, sintetizo el marco internacional que condiciona el sistema político y la propia

sociedad española.

La amenaza de la ola postdemocrática

La marea postdemocrática se ha impuesto en el Gobierno de EE. UU. Con Trump se refuerza una etapa de imperialismo expansionista e iliberal. Junto con el prepotente proteccionismo económico del ‘América primero’, trata de imponer su hegemonismo oligárquico y autoritario en el mundo, acompañado de un militarismo creciente. El apoyo al genocidio y la limpieza étnica en Gaza muestra su extremismo y el total desprecio por los derechos humanos y el derecho internacional. Sus políticas internas, con abundante ofensiva mediática, van sobre todo contra la población inmigrante, los derechos feministas y LGTBIQ+, los mecanismos públicos protectores y redistribuidores y los propios derechos civiles, medioambientales y democráticos.

En particular, el *trumpismo* busca la subordinación geoestratégica de Europa y su creciente militarización, lo que puede conseguir, con la colaboración de unas élites europeas acomodaticias, que renuncian a una defensa firme del modelo social y los valores democráticos y a ser un referente autónomo de cooperación en el concierto internacional y de defensa de la convivencia pacífica y el derecho humanitario.

Ese influjo derechista refuerza la dinámica ya presente en la Unión Europea, en la que hay un continuado ascenso de las ultraderechas que ya participan en la gobernabilidad de media docena de estados —el último Bélgica—, en alianza con las derechas tradicionales, así como en la propia Comisión Europea.

Mientras tanto, la socialdemocracia está en una posición subalterna, sin suficiente perfil propio y con acomodo seguidista al centroderecha liberal-conservador, cuya orientación dominante va girando cada vez más hacia la derecha extrema y la cooperación con la ultraderecha.

En los dos países cruciales, Francia y Alemania, ante sus crisis políticas, la amenaza ultra es evidente, con sus mayores expectativas electorales y de influencia. Se va rompiendo el cordón sanitario de carácter democrático, heredero de la construcción institucional antifascista de la segunda posguerra mundial por parte de las fuerzas aliadas contra el nazifascismo. En las filas liberal-conservadoras, solo algunas voces disienten, como la democristiana Ángela Merkel, a diferencia de la mayoría de la dirección de su partido la CDU/CSU y del grupo popular europeo, que ha demostrado cierta cultura democrática básica frente al colaboracionismo dominante con las ultraderechas y la involución postdemocrática.

El carácter antipluralista en las derechas

A diferencia de las derechas europeas que, con la victoria aliada, tuvieron que asumir una ruptura política e ideológica con el nazifascismo, el grueso de las derechas estatales españolas son herederas de la estructura de poder del franquismo, que fue levemente modificado por la reforma política.

La transición política, en el sentido de reforma y cambio institucional, se produjo entre 1975 con la muerte del dictador Franco y finales de 1978, con la aprobación de la Constitución. En un sentido sociopolítico más amplio, el de la configuración del cambio democrático y sus fuerzas promotoras, incluida la coordinación de la oposición democrática y la aceleración del amplio y

heterogéneo movimiento popular antifranquista, el proceso de la transición democrática abarca, al menos, desde 1973/1974 y hasta 1979, con las elecciones municipales y generales, el inicio de la conformación de las autonomías territoriales y la nueva normativa laboral, en el nuevo marco democrático. Incluso, tras el intento de golpe de Estado del 23-F de 1981, se podría alargar hasta la victoria socialista y la alternancia gubernamental de la izquierda, en 1982, en que se asienta el sistema democrático y se consolida cierta modernización controvertida.

Se instauraron las libertades democráticas, las elecciones libres y representativas del pluralismo político y un régimen institucional homologable a las democracias liberales europeas. No obstante, hay que remarcar dos debilidades democráticas que van a condicionar toda la trayectoria institucional.

Una es el continuismo postfranquista, con una reforma formal, de distintos grupos de poder, principalmente los núcleos oligárquicos de la economía, las finanzas y la propia organización patronal, con su control de los principales medios de comunicación y de la enseñanza (privada/concertada, con primacía de la Iglesia católica). Han mantenido sus privilegios de poder, propiedad y riqueza, levemente regulados, a los que añadir la inercia del propio aparato del Estado, con la alta burocracia y, sobre todo, el aval de la Corona y el poder judicial.

Así, en convergencia con la derecha política y junto con su altavoz mediático, una parte de la judicatura es irrespetuosa con el Estado de derecho, no reconoce la legitimidad del legislativo y el Ejecutivo —contra la ley de Amnistía han sido rotundos—, y ha llegado a la guerra jurídica contra sectores progresistas —independentistas, dirigentes de Podemos y activistas sociales— y el propio presidente socialista del Gobierno y su entorno.

Especial problema es la composición derechista de las fuerzas armadas y de seguridad. Es preocupante el último dato del CIS, en relación con las pasadas elecciones generales del 23J: votan a Vox en torno al 40% y al PP, el 20%, cuando la media poblacional fue del 12% y 33%, respectivamente. Por poner un ejemplo ilustrativo, es significativo el contrato de formación a la policía nacional del líder ultraderechista de Desokupa, sin una contundente reacción oficial.

Asistimos a la instrumentalización por las derechas políticas de estas instituciones del Estado que, combinados con la otra debilidad, la escasa cultura democrática de las direcciones del Partido Popular y, especialmente, del ultraderechista VOX, nos ofrecen un relevante riesgo de involución iliberal.

Su carácter antipluralista es evidente: apropiación del poder del Estado, al creer que las instituciones son suyas, y ofensiva mediática descalificadora, con la acusación de ilegitimidad del Partido Socialista y las formaciones progresistas, sobre todo, cuando, contra su previsión, consiguen gobernar con mayoría parlamentaria y tener una influencia institucional significativa.

Esa tendencia iliberal hunde sus raíces en la propia fundación del Partido Popular que integra sectores franquistas y ultraderechistas hasta que una parte se escinde en VOX; continuó con la prepotencia del presidente Aznar, y se ha recrudecido con especial virulencia estos años de resistencias cívicas, emplazamientos democratizadores, reforma sociolaboral y gobiernos de coalición progresista.

Pero esta composición y tradición iliberal converge ahora con la nueva ola postdemocrática frente

a la crisis múltiple: socioeconómica, institucional, geopolítica, ambiental, sociocultural... Se refuerza la amenaza a los fundamentos democráticos, de igualdad y cohesión social y territorial, desde un nacionalismo centralista y prepotente, junto con el neoliberalismo regresivo y el conservadurismo sociocultural.

En ese sentido, es completamente distinta la trayectoria y las características de las derechas nacionalistas (PNV y Junts). Se puedan denominar 'derechas', o sea, con un compromiso con el poder económico, una política neoliberal y cierto conservadurismo social e ideológico, incluso, a veces, cierto etnicismo excluyente, especialmente frente a la inmigración. Pero tienen la virtud de su identidad nacionalista periférica contra el centralismo y una experiencia democrática desde la época franquista. Además, comparten mayores condicionamientos por la fuerte presencia de las izquierdas en sus respectivos territorios. Esas características democráticas expresan las dificultades para una alianza duradera y profunda con las derechas estatales, y posibilitan la negociación de acuerdos democratizadores y de refuerzo autonómico con las izquierdas.

Por tanto, las derechas estatales tienen una ventaja estructural derivada de la ausencia de una ruptura democrática en sus inicios o de reformas profundas posteriores que democratizasen suficientemente esos aparatos de poder, funcionales para su preeminencia política. Y utilizan abiertamente ese control o convergencia con grupos de poder económico, institucional y mediático, condicionando los propios mecanismos democráticos y representativos. La tentación hacia una democracia vaciada e iliberal, a través de medios ilegítimos, está servida: acoso al gobierno progresista... sea como sea y hasta su desalojo final... para imponer su proyecto regresivo y autoritario.

Sin embargo, esa prepotencia derechista también constituye su punto débil: va en contra de los intereses de la mayoría social y de la masiva cultura democrática y solidaria de la ciudadanía, que constituyen la base sociohistórica y estructural para impedir una involución reaccionaria. Su peso se determinará por el comportamiento y la orientación de las fuerzas progresistas.

La capacidad estratégica de las izquierdas

Las izquierdas sociales y políticas en el conjunto de España o, si se quiere, las formaciones progresistas y los movimientos sociales, tienen una larga experiencia democrática y de reforma social, feminista y territorial. Atendiendo a la última etapa, desde la crisis socioeconómica de 2008, la singularidad de las izquierdas españolas presenta dos elementos complementarios: una ambivalente estrategia socialista, con la renovación *sanchista*, y un amplio campo sociopolítico alternativo. Ambos se conforman e interactúan durante dos procesos continuados.

En un primer momento, se confronta una gestión austeritaria y de recortes sociales ante la crisis, llevada a cabo por el Gobierno socialista de Rodríguez Zapatero (2010/2011), siguiendo el mandato regresivo de la Unión Europea, con un relevante rechazo popular e indignación cívica —el llamado movimiento 15M, incluidas las huelgas generales y las mareas sectoriales de la enseñanza, la sanidad o contra los desahucios—, que culminaron con una desafección política y electoral, con una abstención —de izquierdas— de más de cuatro millones de electores anteriores del Partido Socialista y la formación de un masivo espacio sociopolítico diferenciado de la socialdemocracia.

En un segundo momento, a partir de 2014/2015, tras la debacle representativa socialista y la

configuración del espacio político-electoral de la izquierda transformadora, de entidad similar al del PSOE, se genera, con diversos titubeos, la renovación *sanchista*. Es una variante socialista que pone el acento inicial en la oposición a la derecha del PP y, posteriormente, realiza cierto giro hacia la izquierda, con la colaboración gubernamental con Unidas Podemos y luego Sumar, y los acuerdos con las formaciones nacionalistas.

La reorientación socialista, más confrontativa con la derecha política, y su necesidad de alianzas, se combinan con la amplitud de una izquierda social, política e institucional, capaz de condicionar la estrategia socialista inclinada al simple continuismo o a la preferencia por acuerdos con su derecha, si no hay suficiente presión por su izquierda. El resultado es el desarrollo de cierto proceso reformador de progreso, ralentizado en esta legislatura, y el logro de una capacidad de resistencia ante los embates de las derechas, una representatividad social y parlamentaria mayoritaria y una trayectoria progresista, aunque limitada, que diferencia a las izquierdas españolas de las de otros países europeos. En condiciones defensivas, les ofrece su singularidad democrática, incluida cierta mayor credibilidad del PSOE frente a una socialdemocracia europea en abierto desconcierto y declive.

En los últimos años ha disminuido la activación cívica, aunque se han dado importantes movilizaciones sociales, como la cuarta ola feminista; al mismo tiempo, se ha fragmentado y debilitado el espacio alternativo, especialmente en su previsión de acceso parlamentario —en torno a la mitad, según diversas encuestas—, que imposibilitaría la reedición del gobierno de coalición progresista. Nos encontramos, pues, en la encrucijada de la recomposición y colaboración en la izquierda alternativa, la remontada progresista y el freno al avance de las derechas o evitarlo y permitir que estas obtengan una mayoría de gobierno.

Desde el antifranquismo y la transición democrática, además de la especificidad nacionalista y territorial, en el terreno político, al igual que en el sociocultural, siempre ha habido dos corrientes principales en las izquierdas: una moderada, representada por el Partido Socialista, y otra, transformadora, representada por distintas corrientes y coaliciones alternativas a su izquierda, hasta llegar a la actual fragmentación entre el conglomerado de Sumar y Podemos, más las izquierdas nacionalistas (ERC, EH-Bildu, BNG...). Por supuesto, hay tendencias intermedias y mixtas.

Las izquierdas políticas y sociales, en un país capitalista, no tienen posiciones hegemónicas de poder económico y mediático-cultural. La democracia se queda, en gran medida, en la puerta de los grupos empresariales y financieros. Esa es su desventaja estructural que deben contrapesar con su capacidad de articulación democrática, organización popular y regulación pública.

Para ello dependen de su representatividad social, su legitimidad cívica y su fuerza democrática, a través de la vertebración popular y las instituciones sociopolíticas o, bien, de la experiencia del asociacionismo civil, la economía social y la participación y la cogestión empresarial, casi siempre positiva socialmente, aunque subalterna en su capacidad operativa. El fundamento de la intervención colectiva se basa en el potencial democrático y representativo de la población, que permite cierto poder institucional público, desde los ayuntamientos hasta el Congreso y los gobiernos correspondientes, frente a los grandes poderes privados y el núcleo duro estatal.

Para ello dependen de su representatividad social, su legitimidad cívica y su fuerza democrática, a través de la vertebración popular y las instituciones sociopolíticas o, bien, de la experiencia del

asociacionismo civil, la economía social y la participación y la cogestión empresarial, casi siempre positiva socialmente pero subalterna en su capacidad mercantil o productiva. El fundamento de la intervención colectiva se basa en la capacidad democrática y representativa de la población, que permite cierto poder institucional público, desde los ayuntamientos hasta el Congreso y los gobiernos correspondientes, frente a los grandes poderes privados y el núcleo duro estatal.

Su dependencia del cumplimiento del contrato social y electoral con la ciudadanía es muy superior al de las derechas. El compromiso ético y democrático debe ser mucho más importante y valioso. Su vinculación con la representación de las demandas, la articulación de la propia sociedad y la gestión institucional son decisivas, afectando a dos ejes complementarios: el contenido reformador progresista y el proceso participativo y democrático con las mayorías sociales.

Según el CIS, con pequeñas variaciones en estas décadas, la autoubicación ideológica de la población se sitúa ligeramente hacia la izquierda, con una mayoría, en torno a dos tercios, que apoyan el Estado social o de bienestar —en algunos aspectos, como las pensiones y la sanidad públicas el apoyo es superior—, frente a la desigualdad social o de sexo/género, o la vulnerabilidad vital, laboral o habitacional.

La igualdad y la democracia, identidad de las izquierdas

Las izquierdas, sociales y políticas, cuya identidad histórica se basa en la igualdad y la democracia, tienen la facultad estratégica de articular las demandas populares ante sus necesidades vitales. El necesario complemento es la credibilidad transformadora, gestora y democrática de los actores de ese proceso, para lo cual sus estructuras partidarias deben configurarse por una dinámica orgánica y política ejemplarizante, en contraste con el proyecto elitista, privatizador y, a menudo, corrupto, de las derechas.

Una tarea significativa para las izquierdas es la conformación y articulación de la juventud progresista. En gran medida está desactivada o pasiva por la falta de una suficiente práctica transformadora y sociocultural, que afronte sus principales y graves problemas de precariedad habitacional y laboral, sus brechas sociales, culturales y de género, o el bloqueo de sus expectativas ascendentes. Se trata, también, de poner freno a las tendencias ultraderechistas, nihilistas y de individualismo extremo, que asoman también en la población juvenil, con un nuevo impulso solidario y emancipador. Es una base social decisiva, especialmente para la izquierda alternativa, cuyo desarrollo, renovación y amplitud dependen de la activación cívica del segmento joven y de su vinculación a él.

En definitiva, el futuro está abierto. Hay que jugar el partido con tenacidad y sabiduría. Las derechas cuentan con muchas ventajas estructurales y de poder fáctico y se apoyan en los fuertes vientos derechistas del exterior. Las izquierdas y fuerzas progresistas tienen a su favor la potencialidad de la articulación democrática de la mayoría social, a través de la reformulación de su contrato social y su proyecto de progreso, y contando con la experiencia popular, por medio de la activación cívica y la pugna cultural.

Las élites políticas progresistas, y también las sociales y culturales, en sus dos vertientes, la moderada o socialista y la transformadora o alternativa, además de las fuerzas nacionalistas, tienen (tenemos) una particular responsabilidad en este tiempo transitorio. El acierto estratégico

en un proyecto común mínimo, aun con su autonomía política particular, el reequilibrio interno de mayor firmeza reformadora y la capacidad colaborativa y de vertebración popular y democrática van a ser determinantes para la prolongación o el cierre del ciclo institucional de progreso, así como para la recomposición de los liderazgos y estructuras partidarias. La realidad tendrá la palabra.

Rafael Poch de Feliu

Prudencia ante la incertidumbre

Vuelven a pasar demasiadas cosas en pocos días y no parece adecuado extraer grandes y claras conclusiones

* * *

Vuelven a pasar demasiadas cosas en pocos días y no parece prudente extraer grandes y claras conclusiones. La última vez que pasó algo así, en febrero de 2022, calificué de “impensable” la invasión rusa de Ucrania, y cuando esta se produjo, ahora justo hace tres años, anuncié la “quiebra de Rusia”. A largo plazo todo es posible y, como quien dice, el que esté libre de error que tire la primera piedra, pero hoy lo que se vislumbra más bien es la quiebra de la OTAN y por tanto, en buena medida, de la Unión Europea, de la que la OTAN era guía, tutor y mentor en política exterior y de seguridad. Así que, seamos más humildes esta vez y reconozcamos la dificultad de extraer conclusiones y pronósticos de lo imprevisible. Limitémonos, por tanto, a un prudente catálogo de preguntas e hipótesis, conscientes de que la semana que viene acaso haya que enmendarlas significativamente.

Ucrania. ¿Quién es su peor enemigo?

“Solíamos tener miedo de los drones y misiles rusos por la noche, pero ahora cada noche nos llegan nuevas declaraciones de Estados Unidos y eso también es preocupante”, cuenta la periodista ucraniana Kristina Berdinskij. El suministro de armas de Estados Unidos a Ucrania ha cesado, dijo el jueves el presidente del Comité de Defensa de la Rada, el coronel Roman Kostenko: “Todo está congelado, incluso las armas que se compraban”. Las empresas están esperando a que se decida el restablecimiento del suministro de armas, “incluso las que pagamos”, recalca. Cinco días antes, el presidente Zelenski declaró a la cadena de televisión CBC que, sin armas americanas, “las posibilidades de sobrevivir de Ucrania son muy reducidas”. A Zelenski se le tacha de dictador y responsable de la guerra por su poco entusiasmo ante la oferta de Trump de transformar oficialmente Ucrania en una colonia de Estados Unidos. Víctima propiciatoria de la política mantenida hacia Rusia por Estados Unidos en las últimas tres décadas, Kiev debe pagar ahora hipotecando sus ingentes recursos naturales al matón global al que tan fielmente sirvió. El giro de Estados Unidos le retira cualquier perspectiva de futuras “garantías de seguridad”, le niega voz en la negociación con Rusia y le coloca en una situación en la que el desmoronamiento del frente puede ser una cuestión de pocos meses. La derrota acelera la división y los ajustes de cuentas internos entre los políticos ucranianos. En estas condiciones, ¿hacia dónde se dirigirá el resentimiento de los ucranianos?

El desencanto hacia el amigo que propició la pérdida de la quinta parte del territorio, la desbandada de la tercera parte de la población y el sacrificio de centenares de miles de soldados muertos, mutilados, viudas y huérfanos, va a hacerse enorme. Esta no es la primera guerra civil internacionalizada de la historia de Ucrania. En los últimos 150 años conocimos varias: en la guerra civil rusa, en la primera y segunda guerras mundiales y en la actual, que arrancó tras la revuelta / cambio de régimen de 2014 en Kiev. En todas ellas la violencia fue exacerbada por el intervencionismo exterior. Todas ellas conocieron vaivenes, vuelcos y giros en las preferencias de

los ucranianos que al final acabaron por orientarse hacia Rusia. ¿Quién será visto ahora como el principal responsable de la miseria y la desgracia que ha traído la guerra? Seguramente en un país culturalmente diverso no habrá una respuesta uniforme a esta pregunta, pero es improbable que la parte rusófila de Ucrania reniegue de Rusia, mientras que, en la otra, la narrativa prooccidental podría complicarse sobremanera, con un resentimiento etnonacionalista armado [peligroso para todos los vecinos de Ucrania, tanto del este como del oeste](#). Recordemos que tras su definitiva incorporación a la URSS en 1945, los ucranianos occidentales mantuvieron una resistencia armada hasta bien entrados los años cincuenta.

Europa. ¿Por dónde pasa la brecha?

Quienes defienden que Trump tiene una estrategia geopolítica en su deseo de “hacer de nuevo grande” a su país, dicen que ésta consiste en separar a Rusia de China. Mi impresión es que llegan tarde a ese propósito. Muy tarde. En la reciente cumbre del G-20 de Johannesburgo, el ministro chino de Exteriores, Wang Yi, dijo que China apoya todos los esfuerzos hacia la paz en Ucrania, “incluido el nuevo consenso entre Estados Unidos y Rusia”. Putin y Xi Jinping mantendrán encuentros y visitas de Estado próximamente. De momento, la división que tenemos servida no es entre Rusia y China, sino entre Estados Unidos y la Unión Europea. División incluso en el interior de esta última. La UE no tiene ningún plan de paz. Solo de guerra. Recuerden el escándalo que montaron cuando el húngaro Viktor Orbán, el verano pasado, intentó reactivar la diplomacia con Moscú. Que el restablecimiento del diálogo entre Washington y Moscú tenga lugar en Arabia Saudí, y no en Suiza, Austria o Finlandia, nos recuerda que ya no hay países neutrales en Europa. Los europeos hablan de enviar soldados a Ucrania y de sustituir el suministro americano por el suyo propio, pero los líderes se contradicen entre ellos al respecto. La opinión general es que la UE no tiene capacidad militar ni industrial para sostener una guerra de la que se retire Estados Unidos, que es quien pone sus ojos y oídos, los satélites militares y la electrónica que guía misiles y proyectiles. En veinte años, los europeos han sido incapaces de realizar nada en materia de cooperación para la defensa, más allá de la cooperación franco-inglesa en materia de misiles. Del avión franco-germano llevan décadas hablando. Elevando al 5% del PIB su gasto militar, los países europeos reunirían, ciertamente, mucho dinero, pero ¿serán capaces ahora? Se necesitan cinco años para que la UE sea potencia militar a costa de comerse el Estado social, pero ¿es eso viable? La Unión Europea no entendió cómo ni por qué fue arrastrada por Estados Unidos a una guerra subsidiaria contra Rusia y no entiende ahora por qué les han dejado fuera. “Las relaciones transatlánticas en las que la mayoría de nosotros siempre creímos firmemente han sido destruidas”, dice el presidente del comité de Exteriores del Bundestag, Michael Roth. Europa se ha quedado “sola en casa”, asegura. La única posibilidad que se vislumbra es que los europeos intenten aliarse con las resistencias internas contra Trump que puedan generarse en Estados Unidos, pero desconocemos la fuerza de esas resistencias internas. Habrá que ver si tal alianza es posible.

Rusia. ¿Será la UE su nuevo enemigo principal?

En Moscú hay, obviamente, un gran interés en el restablecimiento del cauce diplomático con Estados Unidos, pero “con prudencia y sin hacerse ilusiones”, según Konstantin Zatulin, vicepresidente de la comisión de la Duma para la integración euroasiática. El entusiasmo hacia Trump, por la difusa sintonía reaccionaria con el neoconservadurismo eslavo, es patrimonio de intelectuales nacionalistas marginales con acceso a la televisión como Aleksandr Dugin. Se

constata que el giro de Trump ha acabado, por lo menos de momento, con lo que llamaban el “Occidente colectivo”, lo que obviamente es una buena noticia para Moscú. Pero más allá de eso, la línea oficial es fría y pragmática. Rusia no se va a meter en negociaciones ambiguas. A Moscú no le van a vender collares de cuentas en materia de “garantías de seguridad para Ucrania”. Aunque no estén los americanos, admitir “fuerzas pacificadoras” europeas en suelo ucraniano con tropas de las naciones que le han estado haciendo la guerra por interposición estos últimos años, algunas como el Reino Unido de forma muy directa participando en atentados en territorio ruso, es “completamente inaceptable”, dice el general Evgeni Buzhinski, uno de los principales comentaristas militares. “Sería como admitir una fuerza de ocupación”, afirma. Está la experiencia de los acuerdos de Minsk, que los europeos (la canciller Merkel y el presidente Hollande) utilizaron, según sus propias declaraciones, para que el ejército ucraniano se fortaleciera, de común acuerdo con los amigos de Kiev. También la experiencia de Estambul, cuando en abril de 2022 un acuerdo de paz prácticamente ultimado entre Rusia y Ucrania fue impugnado en el último momento por presiones occidentales a Kiev, acompañadas de promesas de apoyo militar occidental hasta la victoria.

La credibilidad de los europeos en materia de acuerdos es igual a cero en Moscú. A menos que la conviertan en realidad con una provocación directa en toda regla, la cacareada “amenaza militar de Rusia a Europa” es una descomunal fantasía. Moscú no ha podido con Ucrania. Le ha costado un enorme esfuerzo y desgaste llegar a la actual situación en el frente. Lo último que desea es más guerra. Pero la narrativa rusa también está girando en órbita con el giro de Trump y respondiendo a las proclamas de los europeos (ingleses, franceses y alemanes) sobre gigantescos rearmes de 700.000 millones contra Rusia para los próximos años. El principal enemigo ya no es Estados Unidos, sino Europa, se dice. “La clase media europea viene reduciéndose desde hace veinte años, la élite europea necesita un enemigo para consolidarse y capear su propia crisis, necesita mantener como sea la tensión con Rusia y provocar confrontación”, dice Sergei Karaganov, veterano analista, este sí con cierta influencia en el Kremlin. “Si se llega a algún acuerdo con los americanos será temporal. El objetivo es derrotar a Europa”, afirma, a la espera de que aparezcan allá dirigentes de mayor talla que los actuales energúmenos que están al mando en Francia, Inglaterra y Alemania. Su idea es responder con contundencia a cualquier provocación del tipo de las que se han insinuado estas últimas semanas en el mar Báltico, en torno a la idea de bloquear la navegación de barcos rusos, lo que equivale a una declaración de guerra. Lo mismo, dice, hay que esperar de parte de los europeos en el mar Negro, en Moldavia, en Kaliningrado o Bielorrusia.

Estados Unidos. ¿Tiene Trump un plan general?

Es la incertidumbre más decisiva. Al proponer aranceles y barreras comerciales contra todos, socios y adversarios, Trump parece no ser consciente de la interconexión de las economías forjada en las últimas décadas. Maltratando a países como Canadá, México, China y los de la Unión Europea, proclama el fin de aquella “globalización buena para todos” y su sustitución por el “todo para mí”. Teniendo en cuenta la deslocalización y desindustrialización, así como la concentración en el beneficio a corto plazo del casino financiero característica de las últimas décadas, Trump romperá la cadena de suministros y desestabilizará la industria nacional que quiere revitalizar. Lo que pase a producirse exclusivamente en Estados Unidos incrementará su precio. Trump parece no entender el sistema económico en el que opera. En eso recuerda a Boris Yeltsin y a sus economistas. ¿Se acuerdan de aquellos Gaidar y Yavlinski? Prometían la

“reforma de mercado” en 500 días y sumieron al país en el colapso con un hundimiento productivo y una inflación descomunal. Por otra parte, en solo tres semanas ya se habla en Estados Unidos de “[crisis constitucional](#)” por la purga en los aparatos del Estado y la eliminación de los contrapesos. El vicepresidente Vance ha dicho literalmente que “los jueces no están para controlar el legítimo poder del ejecutivo”. Yeltsin decía lo mismo de su Congreso de los Diputados en 1993 (“El parlamento y los diputados no están para desafiar al presidente ni para hacer política”), poco antes de que sus tanques dispararan contra la sede parlamentaria. Lo de Rusia se sostuvo porque, en medio de todo aquel caos, la elite administrativa se recicló en clase propietaria mediante el asalto a los recursos del país propiciado por la privatización. En Estados Unidos la mezcla de los dos vectores, este interior combinado con el de su diplomacia enfocada a desestabilizar a todos los demás, podría producir un estrepitoso hundimiento. Los aliados despechados de Estados Unidos en Europa, como aquellos de Europa del Este a los que la *perestroika* de Gorbachov dejó huérfanos y confusos, podrían aliarse con la posible “crisis constitucional” interna en Estados Unidos, resultando en un buen quilombo. El desconcierto de finales de los ochenta acabó con el Pacto de Varsovia, ¿sobrevivirá la OTAN al actual cortocircuito?

“Trump tiene una agenda tan ambiciosa como difícil de aplicar. Y más en un solo mandato. Los jueces le replican, la inflación se resiste, los socios se enfadan ¿Le ofrecerá la historia una excusa para dar un salto adelante?”, se preguntaba Manel Pérez en *La Vanguardia* en uno de los raros artículos bien enfocados de la prensa española, titulado ‘[¿Necesitará Trump su incendio del Reichstag?](#)’. No creo que Trump tenga una “agenda”, una verdadera estrategia. Lo que tiene es lo mismo que Yeltsin: una buena intuición. A Yeltsin le funcionó para hacerse con el poder, aunque fuera cargándose el país. Lo que vino luego está en los libros de historia: el incendio de la Casa Blanca de Moscú (sede del Gobierno y el Parlamento rusos) de octubre de 1993 y el establecimiento del sistema presidencialista / autocrático que dura hasta hoy en Rusia. Queriendo hacer América grande de nuevo, lo más probable es que Trump acelere el declive de Estados Unidos, como hizo Yeltsin, primero con la URSS y luego con Rusia.

[Fuente: [Ctxf](#)]

Chris Hedges

Genocidio al estilo occidental

Gaza es un páramo de [50 millones de toneladas de escombros](#). Ratas y perros [hurgan](#) entre las ruinas y los fétidos charcos de aguas residuales sin tratar. El hedor pútrido y la contaminación de los cadáveres en descomposición se elevan desde debajo de las montañas de hormigón destrozado. No hay [agua potable](#). Poca comida. Una grave escasez de servicios médicos y apenas refugios habitables. Los palestinos corren el riesgo de morir a causa de municiones sin detonar, abandonadas tras más de 15 meses de ataques aéreos, descargas de artillería, impactos de misiles y explosiones de proyectiles de tanques, así como por diversas sustancias tóxicas, como charcos de aguas residuales sin tratar y [amianto](#).

La hepatitis A, causada por el consumo de agua contaminada, está muy extendida, al igual que las enfermedades respiratorias, la [sarna](#), la desnutrición, el hambre y las náuseas y vómitos generalizados causados por la ingestión de alimentos rancios. Las personas vulnerables, incluidos los niños y los ancianos, junto con los enfermos, se enfrentan a una sentencia de muerte. Alrededor de 1,9 millones de personas han sido [desplazadas](#), lo que representa el 90% de la población. Viven en tiendas improvisadas, acampadas entre losas de hormigón o al aire libre. Muchos se han visto obligados a mudarse más de una docena de veces. Nueve de cada diez viviendas han quedado [destruidas o dañadas](#). Edificios de apartamentos, escuelas, hospitales, panaderías, mezquitas, universidades —Israel [voló](#) la Universidad Israa de la ciudad de Gaza en una demolición controlada—, cementerios, tiendas y oficinas han sido arrasados. La tasa de desempleo es del 80% y el producto interior bruto se ha reducido casi un 85%, según un informe de octubre de 2024 [publicado](#) por la Organización Internacional del Trabajo.

La [prohibición](#) por parte de Israel del Organismo de Obras Públicas y Socorro de las Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en el Cercano Oriente (UNRWA, por sus siglas en inglés) —que [calcula](#) que limpiar Gaza de los escombros dejados tras de sí llevará 15 años— garantiza que los palestinos de Gaza nunca tendrán acceso a suministros humanitarios básicos, alimentos adecuados y servicios.

El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo [calcula](#) que reconstruir Gaza costará entre 40.000 y 50.000 millones de dólares y llevará, si se dispone de los fondos necesarios, hasta 2040. Sería el mayor esfuerzo de reconstrucción posbélica desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

Israel, abastecido con miles de millones de dólares en armas por Estados Unidos, Alemania, Italia y el Reino Unido, creó este infierno. Y pretende mantenerlo. Gaza seguirá sitiada. Tras una oleada inicial de entregas de ayuda al comienzo del alto el fuego, Israel ha vuelto a [recortar drásticamente](#) la ayuda transportada en camiones. Las infraestructuras de Gaza no se restaurarán. Sus servicios básicos, como plantas de tratamiento de agua, electricidad y alcantarillado, no se repararán. No se reconstruirán sus carreteras, puentes y granjas destruidos. Los desesperados palestinos se verán obligados a elegir entre vivir como cavernícolas, acampados entre trozos irregulares de hormigón, muriendo de enfermedades, hambre, bombas y balas, o el exilio permanente. Estas son las únicas opciones que ofrece Israel.

Israel está convencido, probablemente con razón, de que con el tiempo la vida en la franja costera se volverá tan onerosa y difícil, especialmente a medida que Israel encuentre excusas para violar el alto el fuego y reanudar los ataques armados contra la población palestina, que será inevitable un éxodo masivo. [Se ha negado](#), incluso con el alto el fuego en vigor, a permitir la entrada de la prensa extranjera en Gaza, una prohibición diseñada para impedir la cobertura del horrendo sufrimiento y muerte.

La segunda fase del genocidio de Israel y la expansión del «Gran Israel» —que [incluye](#) la toma de más territorio sirio en los Altos del Golán (así como llamamientos a la expansión a Damasco), el sur del Líbano, Gaza y la Cisjordania ocupada— se está consolidando. Organizaciones israelíes, incluida la organización de extrema derecha Nachala, han celebrado [conferencias](#) para preparar la colonización judía de Gaza una vez que los palestinos sean objeto de una limpieza étnica. Las colonias exclusivamente judías existieron en Gaza durante 38 años hasta que fueron desmanteladas en 2005.

Washington y sus aliados en Europa no hacen nada para detener la matanza masiva retransmitida en directo. No harán nada para impedir que los palestinos de Gaza se consuman de hambre y enfermedades y acaben por despoblarse. Son cómplices de este [genocidio](#). Seguirán siendo socios hasta que el genocidio llegue a su sombría conclusión.

Pero el genocidio de Gaza es sólo el principio. El mundo se está desmoronando bajo los embates de la crisis climática, que está desencadenando migraciones masivas, Estados fallidos y catastróficos incendios forestales, huracanes, tormentas, inundaciones y sequías. A medida que se desmorone la estabilidad mundial, la aterradora maquinaria de la violencia industrial, que está diezmando a los palestinos, se hará omnipresente. Estos asaltos se cometerán, como en Gaza, en nombre del progreso, de la civilización occidental y de nuestras supuestas «virtudes» para aplastar las aspiraciones de aquellos, en su mayoría gente pobre de color, que han sido deshumanizados y desechados como animales humanos.

La aniquilación de Gaza por parte de Israel marca la muerte de un orden mundial guiado por leyes y normas acordadas internacionalmente, un orden violado a menudo por Estados Unidos en sus guerras imperiales en Vietnam, Iraq y Afganistán, pero que al menos se reconocía como una visión utópica. Estados Unidos y sus aliados occidentales no sólo suministran el armamento para mantener el genocidio, sino que obstruyen la exigencia de la mayoría de las naciones de que se respete el derecho humanitario.

El mensaje que esto envía es claro: *Tú, y las normas que pensabas que podrían protegerte, no nos importan. Nosotros lo tenemos todo. Si intentáis quitárnoslo, os mataremos.*

Los drones militarizados, los helicópteros de combate, los muros y barreras, los puestos de control, las bobinas de alambre de espino, las torres de vigilancia, los centros de detención, las deportaciones, la brutalidad y la tortura, la denegación de visados de entrada, la existencia de apartheid que conlleva ser indocumentado, la pérdida de derechos individuales y la vigilancia electrónica son tan familiares para los migrantes desesperados a lo largo de la frontera mexicana o que intentan entrar en Europa como lo son para los palestinos.

Israel, que como señala Ronen Bergman en *Rise and Kill First* («Levántate y mata primero») ha «asesinado a más personas que cualquier otro país del mundo occidental», utiliza el Holocausto nazi para santificar su victimismo hereditario y justificar su Estado colonial de asentamientos, el apartheid, las campañas de asesinatos en masa y la versión sionista del [Lebensraum](#).

Primo Levi, que sobrevivió a Auschwitz, veía la [Shoah](#), por esta razón, como «una fuente inagotable de maldad» que «se perpetra como odio en los supervivientes y brota de mil maneras, contra la voluntad de todos, como sed de venganza, como quiebra moral, como negación, como hastío, como resignación».

El genocidio y el exterminio masivo no son dominio exclusivo de la Alemania fascista. Adolf Hitler, como escribe Aimé Césaire en «[Discurso sobre el colonialismo](#)», parecía excepcionalmente cruel sólo porque presidía «la humillación del hombre blanco». Pero los nazis, escribe, simplemente habían aplicado «procedimientos colonialistas que hasta entonces se habían reservado exclusivamente a los árabes de Argelia, los coolies de la India y los negros de África».

La matanza alemana de [los herero y los namaqua](#), el genocidio armenio, la hambruna de Bengala de 1943 —el entonces primer ministro británico Winston Churchill desestimó con ligereza la muerte de tres millones de hindúes en la hambruna llamándolos «un pueblo bestial con una religión bestial»—, junto con el lanzamiento de bombas nucleares sobre los objetivos civiles de Hiroshima y Nagasaki, ilustran algo fundamental sobre la «civilización occidental». Como comprendió Hannah Arendt, el antisemitismo por sí solo no condujo a la *Shoah*. Fue necesario el potencial genocida innato del Estado burocrático moderno.

«En Estados Unidos», dijo el poeta Langston Hughes, «no hace falta que a los negros nos digan lo que es el fascismo en acción. Lo sabemos. Sus teorías de supremacía nórdica y supresión económica han sido realidades para nosotros desde hace mucho tiempo».

Dominamos el mundo no por nuestras virtudes superiores, sino porque somos los asesinos más eficientes del planeta. Los millones de víctimas de proyectos imperialistas racistas en países como México, China, [India](#), el [Congo](#), [Kenia](#) y Vietnam son sordos a las fatuas afirmaciones de los judíos de que su condición de víctimas es única. Lo mismo hacemos con los negros, los morenos y los nativos americanos. También sufrieron holocaustos, pero estos holocaustos siguen siendo minimizados o no reconocidos por sus perpetradores occidentales.

«Estos eventos que tuvieron lugar en la memoria viva socavaron el supuesto básico tanto de las tradiciones religiosas como de la Ilustración secular: que los seres humanos tienen una

naturaleza fundamentalmente 'moral'», escribe Pankaj Mishra en su libro *The World After Gaza* (*El mundo después de Gaza*). «La corrosiva sospecha de que no la tienen está ahora muy extendida. Muchas más personas han presenciado de cerca la muerte y la mutilación, bajo regímenes de insensibilidad, timidez y censura; reconocen con conmoción que todo es posible, que recordar las atrocidades del pasado no es garantía de que no se repitan en el presente, y que los fundamentos del derecho internacional y la moralidad no son seguros en absoluto».

La matanza en masa es tan parte integral del imperialismo occidental como la *Shoah*. Se alimenta de la misma enfermedad de la supremacía blanca y la convicción de que un mundo mejor se construye sobre la subyugación y erradicación de las razas «inferiores».

Israel encarna el Estado etnonacionalista que la extrema derecha de los Estados Unidos y Europa sueña con crear para sí misma, un Estado que rechaza el pluralismo político y cultural, así como las normas legales, diplomáticas y éticas. Israel es admirado por estos protofascistas, incluidos los nacionalistas cristianos, porque ha dado la espalda al derecho humanitario para utilizar la fuerza letal indiscriminada para «limpiar» su sociedad de aquellos condenados como contaminantes humanos.

Israel y sus aliados occidentales, como vio James Baldwin, se encaminan hacia la «terrible probabilidad» de que las naciones dominantes «que luchan por aferrarse a lo que han robado a sus cautivos y son incapaces de mirarse en el espejo, precipiten un caos en todo el mundo que, si no pone fin a la vida en este planeta, provocará una guerra racial como el mundo nunca ha visto».

Lo que falta no es conocimiento —nuestra perfidia y la de Israel son parte del registro histórico— sino el coraje para nombrar nuestra oscuridad y arrepentirnos. Esta ceguera voluntaria y amnesia histórica, esta negativa a rendir cuentas ante el imperio de la ley, esta creencia de que tenemos derecho a usar la violencia industrial para ejercer nuestra voluntad marca el comienzo, no el final, de las campañas de matanza masiva del Norte Global contra las legiones crecientes de pobres y vulnerables del mundo.

[Chris Hedges es un escritor y periodista ganador del Premio Pulitzer. Fue corresponsal en el extranjero durante quince años para *The New York Times*]

[Fuente de la traducción: [Voces del Mundo](#); fuente original: [The Chris Hedges Report](#) ; trad. de Sinfo Fernández]

Irene Zugasti

Europa «free tour» y la otra cumbre de Múnich



En Praga, que es la ciudad más hermosa de Europa —no se admite discusión en esto— no todo es siempre bonito. A la orilla del Moldava, a los pies de la catedral, se erige el monumento a la resistencia checa contra el nazismo durante la Segunda Guerra Mundial, un horroroso mamotreto de bronce con forma de bandera erigido en 2005 y por el que pasan cientos de *free tours* al día. Sólo unos años, “1938-1945”, están labrados en su peana. Y algunos turistas, claro, se extrañan por ese baile de fechas.

Europa central y oriental es un eterno *free tour*: uno de esos recorridos detrás de un charlatán con paraguas rojo que atraviesa a empujones una ciudad coreografiada, te explica cosas, te hace pacientemente fotos, y pasa la gorra al final. Si se hacen muchos de esos tours seguidos, puede comprobarse que casi siempre te contarán lo mismo: costumbres medievales, un par de anécdotas sobre *celebrities* históricas, algún récord Guinness (en Chequia, claro, era la cerveza) y si se trata de Praga, Budapest, o Berlín —no digamos si nos vamos orientando más al este—, lo terriblemente malos que fueron los nazis y los comunistas por allí. Al final, foto de grupo y 10% de descuento en *goulash* en algún bar. Probablemente, mañana toda esa gente se habrá olvidado de los siglos, de las emperatrices, de Kafka y del Castillo, sobre todo cuando se trata de esos viajes organizados por varias ciudades en pocos días o esos *interrailles* invasores donde todos acaban borrachos de barroco y de Pilsner. Lo sé porque yo fui una de esos charlatanes con paraguas durante un tiempo.

Volviendo a la parada en aquel monumento a la ÚVOD, la resistencia checa a la ocupación nazi por el que solían preguntar los turistas, si la fecha en su base data de 1938 es porque quienes lo erigieron consideraron que ese año se consumó lo que allí denominan “[la traición de Múnich](#)”, la cesión de los Sudetes checoslovacos a Hitler consentida por Chamberlain, Daladier y Mussolini. Fue entonces —según el guion del buen guía turístico— cuando comenzó a operar esa resistencia checa contra los nazis, que alcanzó gloria y castigo en 1941 cuando emboscaron el

Mercedes Cabriolet del poderoso oficial y *Reichsprotektor* nazi Reinhard Heydrich, *el carnicero de Praga*, gracias a una granada mal arrojada que le reventó la espalda cuando regresaba de un concierto hacia el Castillo, muriendo en un hospital local pocos días después.

Si una narrase a sus turistas el guion oficial del tour —que, no se engañen, son unos pocos folios escritos desde la agencia de viajes que el precariado turístico memorizábamos en pocos días— aquella Operación Antropoide, convenientemente hecha película en 2016, se redimió gracias a la cooperación con la inteligencia británica, que urdió la operación, y a la heroicidad de unos paracaidistas checos.

En medio de toda esa épica, también citábamos a Churchill —siempre hay que citar a Churchill—. Ni una palabra sobre el KS?, el Partido Comunista checo, aliado fundamental de la ÚVOD, y que compartió el destino de persecución y castigo de decenas de miles de personas tras el atentado. Mucho menos se hablaba frente a ese monumento sobre la verdadera gran traición de Múnich, el abandono de la República Española, porque mientras se reunían en la ciudad alemana, en España se libraba la determinante Batalla del Ebro. Inglaterra y Francia no sólo encubrieron la intervención germano-italiana en España sino que quebraron toda esperanza de un apoyo militar al gobierno republicano mientras ayudaron y surtieron a Franco con petróleo, dinero y otros recursos. Le llamaron “política de apaciguamiento”, pero en realidad, se basaba en rehuir el enfrentamiento con Hitler dándole los Sudetes (Polonia también se quedó una parte, algo que suele omitirse...) y permitiendo su expansión hacia el centro y este de Europa, cercando a la URSS... y a la República Española, para que cayese. Un problema rojo menos.

Cuando estos días se establecen comparativas con la reciente Cumbre de Múnich y la de entonces, de nuevo los análisis de la prensa atlantista parecen más el libretillo de un *free tour* o una película de buenos y malos que un repaso con honestidad y perspectiva histórica del momento. La política de Múnich 1938 representó, de facto, el apoyo de los imperialistas ingleses y franceses a las agresiones de Hitler en Europa. La Cumbre de Múnich 2025 certifica que ese mismo imperialismo europeo no ha dejado de ponerse al servicio de los intereses atlantistas, aunque ello conlleve su propia destrucción. Ni la Historia empezó en 1939 (díganselo a los checos, o a los españoles), ni las guerras terminan con Brad Pitt arrancando cabelleras o el Soldado Ryan visitando una tumba en Normandía.

Sin proyecto común

En Múnich se ha constatado que Europa no es una unión, ni un ente soberano, y tampoco hay ningún proyecto común que empujar, quede dentro o fuera de la lógica de sumisión a Estados Unidos. La UE es un dispositivo *otanista* desquiciado, capaz de dinamitar incluso su sacrosanto techo de gasto impuesto en la crisis de 2011 (recuerden, el que prioriza el pago de la deuda a cualquier otro gasto público de los estados), que se podría sortear a partir de ahora si es para invertirlo en seguridad y defensa, según afirmaba este fin de semana Von der Leyen. Una Europa dirigida por el revanchismo báltico, la soberbia alemana que no reconoce su debilidad y la estupidez seguidista de sus países del sur. Alguien debería explicarle a Pedro Sánchez qué hay de “existencial” para España en una guerra a cinco mil kilómetros de Madrid. Ideológicamente, no puede desdeñarse el papel fundamental que, para envolver este sinsentido, ha tenido la simetrización del fascismo y el comunismo como motor narrativo de las democracias liberales de los últimos cuarenta años, unificando ambos términos bajo la idea del “totalitarismo”.

En el eterno *free tour* de la vieja Europa, todo se cuenta así: muro de Berlín, Checkpoint Charlie, Primavera de Praga, Lech Walesa, búnker nuclear, cuartel de la Gestapo, monte en nuestro Trabant, aquí su Premio Sajarov. La deslegitimación del comunismo en Europa central y oriental es paradójica, porque ha sido una de sus principales fuentes de construcción de identidad y de negocio: academia, investigaciones, publicaciones y medios de comunicación, museos del horror, bares de memorabilia, monumentos, *raves* y arte contemporáneo. De la débil socialdemocracia regional a la extrema derecha, el gran consenso del fin de su historia fue vivir contra ella... para vivir de ella.

No busquen, no hay más identidad ni proyecto común ni soberanía estratégica para presentar Europa ante un mundo en llamas. “Todo el mundo debe decidir si están del lado del mundo libre o del lado de sus atacantes”, decía este fin de semana Annalena Baerbock, colíder de los verdes alemanes y ministra de Asuntos Exteriores. Baerbock, la joven ecologista que se manifestaba contra las nucleares, es hoy una de las más firmes defensoras de la guerra “existencial” que libra Europa. Lleva años revistiendo de humanitarismo y democracia la guerra proxy en Ucrania, y como ella, tanta otra supuesta izquierda. “En términos de objetivos políticos, ¿qué tiene la izquierda en común con el Dalai Lama, el Ejército para la Liberación de Kosovo, los separatistas chechenos, Natan Sharansky y Václav Havel?”, se preguntaba Jean Bricmont. “Pues que todos ellos, en algún momento, han tenido el apoyo de la izquierda occidental”.

Sirva aquí, del mismo modo, la comparación tramposa que hizo un Zelensky muy bien asesorado cuando evocó los bombardeos de [Gernika](#) en el Parlamento español buscando la empatía, apoyo y financiación europeos que no tuvo la República o cuando se jaleaban las [“Brigadas Internacionales”](#) de Ucrania en los medios, como si mandar mercenarios a Kiev se tratase de librar una guerra por el internacionalismo proletario o la unidad de clase frente al fascismo y no de llenar de desgraciados las filas de la carne de cañón. Inolvidables aquellos artículos de plumillas de Florentino Pérez con torpes comparaciones que equiparaban la resistencia anti-OTAN con la rendición de la Segunda República Española. Cualquiera que hubiera observado el conflicto ucraniano desde años atrás sabría qué tipo de mercenarios viajaban a Ucrania y qué ideología estaba avivando la militarización del país y a qué bolsillos iba a parar aquella fiebre belicista. Una obviedad que hoy se puede señalar, pero que hace bien poco te sacaba de las revistas académicas por explicarlo, y también del debate político. Por qué esa izquierda hizo tuyas todas las ambiciones, los objetivos y los muertos de esas guerras, es algo que siempre es bueno

volverse a plantear.

Así las cosas, esta nueva Conferencia de Seguridad de Múnich que termina con todo patas arriba será, de nuevo, explicada desde ese prisma por el cual salvar al soldado Zelensky es trascendental, moral y primordial para salvar a Europa de los totalitarismos de uno u otro cuño, tal y como nos han venido repitiendo estos diez largos años, desde el Maidán, hasta que alguien ha venido a decir las cosas con la crudeza que exigen los tiempos. Que haya sido un fascista como J.D. Vance con un despiadado discurso donde leía la cartilla a Europa es desolador, pero es lo que hay: ni Ucrania va a entrar en la OTAN, ni va a ser dueña ni soberana de sus recursos naturales, ni el Donbás será ucraniano —porque ni ellos mismos se sienten así— ni el liberalismo democratizador y el *soft power* serán ya los instrumentos para que EE. UU. garantice su poder y su injerencia en el ocaso de su unipolaridad. Ahí te quedas, Europa. ¿Significa esto la ruptura de la alianza euroatlántica post Segunda Guerra Mundial? ¿Hemos asistido, de sopetón, a la ruptura histórica más importante de los últimos años en el día de San Valentín? Veremos. Pero algo hay de cierto, permítanme la ironía, en que se acabó *woke* se daba: buena prueba de ello es el cierre de USAID y el desmantelamiento de las agencias y ONG que financiaban a las élites intelectuales, urbanas o culturales al servicio de los intereses de EE. UU. en Georgia, en Rumanía, en Venezuela, en Cuba, en Belgrado, en Praga, ese poder suave como eficaz instrumento para destruir los movimientos antiimperialistas y pacifistas. Vendrán otras formas, claro: aranceles, equilibrios complejos, cables que se tiran y recogen, diplomáticos que tuitean trastornados contagiados por el trumpismo comunicativo, incertidumbre y violencia, muchísima violencia. Pero que nadie se olvide de que todo esto se ha ido escribiendo ante nuestros ojos con el salvaje y cínico desabrigo a Palestina de la misma Europa que pretende convencernos de guerras justas y paces injustas en Ucrania. Ante lo que viene, cada cual busca su puesto: hasta Singapur vira hacia China y acusa a EE. UU. de pasar “de libertador a disruptor, y de ahí a un terrateniente que busca cobrar el alquiler”. El ministro de Exteriores indio recordó otra certeza útil para el análisis de los tiempos: que el liberalismo no equivale a la democracia, y al contrario, el haberlo aplicado internacionalmente es antidemocrático en lo fundamental. El hombre habló de “*think tanks*, rankings de democracia, o periódicos” que sentaban cátedra al resto del mundo sobre lo que deberían o no ser y, ahora Estados Unidos, principal arquitecto de todo ello, se atreve a reprender a Europa por haberles creído.

A nadie le gusta que le dejen, menos en San Valentín. El pataleo va a ser intenso, va a ser complejo y conllevará, probablemente, un enorme sufrimiento para las y los europeos. Nadie, ni Macron (¿a este señor cuánta gente le ha votado?) ni Von der Leyen, ni su vice estonia, Kaja Kallas, ni Baerbock tienen hoy un plan real para el mundo que se nos viene que no implique empobrecernos y militarizarnos, y envolver todo en eurobucoracia y en su retórica de héroes y villanos que empieza, por fin, a hacer aguas. Está claro que, si hay que parirle un corazón a esta nueva era, no va a ser en Europa, por mucha soberanía que recupere, sino mucho más al sur. Un sur que no se ve desde lo más alto de la antena de Radio Europa Libre, que sigue emitiendo al mundo desde las laderas de la vieja Praga. Comenzó a radiar 1950 en onda corta para Checoslovaquia con fondos del Congreso de Estados Unidos a través de la [CIA](#), y amplió su espectro a todos los países del bloque socialista... y llegó a Irak, Kosovo y Afganistán. Eso también, a su manera, te lo explican con orgullo en los *free tours* de Praga que olvidarás después de dos pintas de cerveza y que quizá tengan que ir actualizando. Ochenta años dan para muchos cuentos.

[Fuente: [Ctxf](#)]

Emmanuel Rodríguez

La era del nihilismo dulce: entre la impotencia y la catástrofe

Nos estamos acostumbrando al apocalipsis tomado en gotas homeopáticas. En una secuencia cada vez más acelerada desde 2008, la crisis económica se combina con una cadena de eventos catastróficos de magnitud tanto local como global: el accidente de Fukushima de 2011, la larga guerra siria (2013-¿2024?), la pandemia de Covid-19 iniciada en 2020, la guerra de Ucrania, el genocidio de los gazatíes, las inundaciones recurrentes en todo el planeta, las espectaculares subidas del precio de los alimentos de 2010-2011 y luego de 2020-2021, además un largo etcétera que incrementaría esta lista de forma quizás redundante, pero al que necesariamente habría que añadir los conflictos de Sudán y Yemen, y las olas de incendios de Australia de 2020, América del Sur de 2022-2023 y Canadá de 2023, con más de diez millones de hectáreas calcinadas cada una.

Habrá quien considere, con toda justicia, esta lista como un ejercicio arbitrario. ¿Qué tienen que ver guerras y pandemias, o las complejidades del “eterno” conflicto geopolítico de Oriente Medio con la borrasca Daniel, que en septiembre de 2021 se llevó la vida de alrededor de 15.000 libios, o con la gota fría de Valencia de octubre de 2024 que arrancó la vida a más de 200 personas? Nada, desde la óptica estrecha que considera cada fenómeno por separado, pues al fin y al cabo siempre hubo guerras y catástrofes naturales. De hecho, dirán, esta es la misma historia, recurrente y tediosa, de la especie humana. Pero la respuesta bien podría ser “todo”. Este conjunto de acontecimientos está tan trenzado de elementos sociales y “naturales”, que podemos considerarlo antes como la condición de nuestra época que como una invariante histórica. El factor que los reúne es el potente imán de nuestro sistema económico y social, cada vez más condicionado por el efecto bumerán de sus impactos nocivos en el sistema ecológico, que solíamos llamar “naturaleza” y que antes considerábamos completamente “externo” a la civilización.

La complejidad que tenemos que salvar es que en ninguno de estos acontecimientos se puede prescindir de al menos los siguientes cuatro elementos: la dimensión ecológica en la que la especie humana forma parte inextricable del conjunto de la biosfera del planeta, el metabolismo económico capitalista y su articulación sobre la base de la urgencia del beneficio y la acumulación incesante, la organización social (también demográfica) de sociedades divididas en clases y la segmentación de la humanidad en organizaciones estatales en mutua competencia. Cada acontecimiento catastrófico tiene causas y consecuencias en el resto de dimensiones, hasta al punto de volverlas indisociables.

Cabe también decir que la atención a la catástrofe no es en absoluto nueva, tal y como indica la aparición del género homónimo en los códigos cinematográficos desde la década de 1970: zombis, invasiones alienígenas, colapso de presas y megainfraestructuras (especialmente centrales nucleares), y más adelante, tormentas planetarias, pandemias, meteoritos *planet-killers*, etc. En un registro propiamente político, a finales de la década de 1970 y comienzos de la década de 1980, tras el retroceso de la ola revolucionaria que acompañó y siguió a 1968, ya hubo sectores, además del emergente ecologismo, que consideraron que a la era del progreso le había

sucedido su opuesto. La crítica al productivismo industrial se resumió entonces en el concepto de “nocividades”. Con este se certificaba que el balance capitalista se había invertido: de la producción de riqueza hacia la producción de deshecho, contaminación y catástrofe[1]. Incluso durante el optimismo casi pleno de los llamados treinta gloriosos (1945-1973), en los que el consumo y el bienestar se habían convertido en la religión oficial de la inmensa mayoría, también en los países del Tercer Mundo, entonces recientemente independizados, no faltaron los profetas de la catástrofe.

Seguramente Günther Anders fue el más destacado pesimista de aquel periodo. Los dos volúmenes de *La obsolescencia del hombre*[2], siguen pesando como una maldición para aquella época en la que se querían conjurar los males de la pobreza, la tiranía e incluso la guerra, por medio de los avances del capitalismo progresivo, la democracia liberal y el Estado del bienestar. Para Anders, las bombas de Hiroshima y Nagasaki no habían puesto punto final al exterminio nazi o a las atrocidades del imperialismo japonés, simplemente los habían desplazado hacia el corazón mismo de las democracias occidentales, elevando los umbrales del riesgo en la era de la potencia nuclear. La Guerra Fría y la guerra de Vietnam habían acercado peligrosamente a la humanidad a su exterminio. La catástrofe administrada por los funcionarios militares llevaba a las sociedades modernas al borde de su autoaniquilación.

En esa tradición agorera, el *Bulletin of the Atomic Scientists*, fundado por el director del proyecto Manhattan (origen de la bomba atómica moderna), Robert Oppenheimer, nos ofrece desde hace décadas sus tétricas predicciones con regularidad. El *Doomsday Clock* [el reloj del fin del mundo], que publica el *Bulletin*, trata de representar nuestra mayor o menor cercanía a un previsible apocalipsis provocado por desastres nucleares, guerras catastróficas, riesgos biológicos de origen humano o el propio cambio climático. En enero de 2023, el reloj nos situó a tan solo 90 segundos de la medianoche, punto en el que un evento catastrófico producido por el “progreso humano” infligiría un daño letal a la especie y al planeta.

En cualquier caso, lo que distingue nuestro tiempo de los años cincuenta o incluso de las décadas de 1970, 1980 o 1990, es que la catástrofe ya no es una posibilidad prevista por las “mejores” cabezas (científicos, críticos o filósofos), sino más bien una certeza asumida por la gente común y corriente. No es un miedo justificado en la mayor o menor probabilidad de lo impensable, como cuando en octubre de 1962, en los tiempos de la Guerra Fría, el inexplicablemente afamado J. F. Kennedy, ante el despliegue de armas nucleares soviéticas en Cuba, accionó el nivel DEFCON 2 del sistema militar estadounidense, paso previo a una guerra nuclear. Ese miedo se podía conjurar todavía con las innegables conquistas capitalistas de la llegada del hombre a la Luna, el uso de antibióticos y la rápida extensión del consumo. Hoy, sin embargo, la presencia de la catástrofe no consiste en un miedo fundado en una posibilidad entre otras. Antes bien, esta tiene la forma de una percepción compartida de que las cosas van mal, e irán todavía a peor. Fin del Progreso. Esa es la certeza.

Por supuesto, vivimos todavía en la resaca y la inercia de la era de los grandes avances. Políticos, científicos e ingenieros, al modo de los telepredicadores, siguen insistiendo en fáusticas soluciones a todos los problemas. Para demostrarlo ahí están la IA y su potencia escalada de mejoramiento humano, las ya casi palpables energías infinitas como la fusión nuclear o, en el peor de los casos, la transición posthumana por medio del escaneo cerebral hacia una vida puramente virtual. Pero aparte de estos modernos reyes taumaturgos[3], nadie en su sano juicio

predice un futuro mejor. Nadie puede afirmar que el progreso marca el norte del sentido de la historia. E incluso en países como China, donde el desarrollismo capitalista ha empujado a un quinto de la humanidad a unos niveles de vida casi comparables a los occidentales, la preparación para la catástrofe ¿lo que con un eufemismo podríamos llamar “transición ecosocial”? es casi una disciplina empresarial.

Enfrentados a la seguridad del fin del progreso, lo que inevitablemente compartimos es un sentimiento de desamparo e impotencia. Tras la gran era de la emancipación humana y de las llamadas grandes narrativas (del progreso, la ciencia y la revolución), la postmodernidad alegre y feliz de los años ochenta y noventa, conforme a un “pensamiento débil”, únicamente preocupado por los dioses de las pequeñas cosas, no ha sido más que otro suspiro.

Uno de aquellos intelectuales militantes que atravesó como pudo, entre la cárcel y el exilio, la resaca de la reacción autoritaria y neoliberal de los años ochenta, Paolo Virno, caracterizó la mentalidad de aquella década como marcada por las apesadumbradas “tonalidades afectivas” del oportunismo, el cinismo y el miedo^[4]. Describía así los componentes esenciales de la subjetividad llamada luego “neoliberal”, narcisísticamente individualizada, plegada a lo que también después se llamaría la “empresarialidad de uno mismo”, que no es más que el oportunismo y el cinismo traducidos a la puesta en venta de las propias competencias en el régimen precario y flexible de la economía de servicios de los países centrales del capitalismo avanzado.

Puede que estas sigan siendo las tonalidades emotivas de nuestra época, al fin y al cabo, no hemos logrado animar la superación política de aquel periodo. No obstante, el mismo Virno en textos posteriores nos proponía una definición para nuestro periodo que caracterizaba bajo el signo de la impotencia^[5]. Escribe: “Las formas de vida contemporáneas están marcadas por la impotencia. Una parálisis ansiosa coloniza la acción y el discurso”. Para Virno, la impotencia era el resultado de la asimetría entre lo que consideraba una plenitud de facultades y de potencias, y la obvia incapacidad de ponerlas en uso, en acción. Este “uso” (*hexis*), decía Virno, es el presupuesto y el resultado de las instituciones sociales, que concretan y hacen efectiva la potencia de la cooperación de los animales humanos, y que por eso es capaz de volverse “cosa”, *res*, hechos materiales, transformaciones fundamentales. Y esta parece la condición de nuestro tiempo: las potencias del conocimiento y la ciencia resultan asombrosas en comparación con cualquier otra época histórica, pero la capacidad de las sociedades organizadas para convertirlas en acto, en acción consciente, con el fin de producir una sociedad-naturaleza no catastrófica no están al alcance de los humanos atomizados y separados en esas unidades discretas que llamamos familias.

Por eso, la “tonalidad afectiva” que podríamos añadir a la lista de Virno es la del “nihilismo”. Este término sirve para dar la clave del espíritu de la época, pero solo a condición de darle un sentido algo distinto al que proclamaron los nihilistas rusos de finales del XIX o al de sus conocidos usos por parte de Nietzsche. No estamos en la enésima proclamación del fin de los valores o del crepúsculo de los dioses, a las puertas de una sociedad y una existencia que se reconoce en el vacío de sentido. En esta “nada” vivimos desde hace 150 años. El nihilismo actual consiste en algo seguramente mucho menos apasionante y motivador, la nada actual redundante en la pasividad de masas, en una suerte de conformidad general contenta con sobrevivir.

Quizás podríamos decir con Stengers que en la base de este nihilismo está la sensación compartida de que, para eso que llamamos “naturaleza” (ella emplea la metáfora de Gaia), que ha sido objeto de apropiación y explotación por parte de los sucesivos regímenes de acumulación capitalista, nuestra simple existencia individual y social es sencillamente indiferente[6]. Por decirlo en el grandilocuente lenguaje de la Escuela de Frankfurt, el triunfo de la razón instrumental capitalista y de la ilustración científica no ha producido simplemente la “naturaleza” (y con ella la sociedad) como “objeto”, sino que en su incuestionable deterioro y reacción catastrófica nos ha hecho a nosotros, los seres humanos, sencillamente insignificantes[7]. Enfrentados a esta era de efectos imprevistos provocados por la acción de la razón instrumental (como por ejemplo el cambio climático), los humanos sencillamente no contamos. Y no contamos, porque tampoco tenemos ninguna herramienta (más allá del conocimiento) que nos haga contar.

Paradójicamente, este nihilismo, al menos para aquellos que todavía están en la cúspide del planeta y del mundo, esto es, para la pequeña burguesía mundial (las clases medias globales), no implica un especial dramatismo. La neurosis se calma y se tranquiliza con toda una expansiva farmacopea, que nos libra de caer en la depresión y en la turbación de una pasividad postrera, al tiempo que contiene la ansiedad en límites tolerables. Nos hemos vuelto especialistas en el uso del Lorazepam, el Diazepam y el Prozac. Estamos ligeramente activos, pero en una clave personal, estrictamente individualizada y estética, tal y como demuestra la rápida extensión de la nueva religión del gimnasio y las disciplinas deportivas más exigentes. Parece que sobre el cuerpo considerado propio todavía podemos ejercer algún tipo de control frente a la incertidumbre exterior. En el marco del nuevo nihilismo y de la catástrofe ecológica, se nos propone, y al mismo tiempo aceptamos, un cuidado obsesivo y recurrente de nuestra arquitectura biológica, convertida en el templo de una eterna juventud, pero también en la prueba de la negación imposible de la vejez y de la inevitable decrepitud de la carne.

Al fin y al cabo, frente al fin del mundo, declaramos que la vida (la nuestra, la única que conocemos) todavía puede ser bella e incluso interesante. Pero siempre al precio de admitir nuestra completa impotencia. Por eso, nos entregamos a unas prácticas en las que estamos bien entrenados, por ya más de medio siglo de consumo de masas. Nos volcamos en una diversión controlada, medida, convertida en una suerte de entretenimiento constante y bien dosificado. Por eso nuestro nihilismo no es abroncado y violento como el de los populistas rusos, ni tampoco activo y cruel como el que se proponía el enclenque y enfermizo Nietzsche, ni por supuesto alegremente desenfrenado como el de los dionisiacos excesivos de todos los tiempos. El nuestro es un *nihilismo dulce*, y bobo al modo francés, *bourgeois bohème*.

Este nihilismo dulce está orientado por una certeza de la finitud, de que la vida es corta e insegura. Pero esta certeza, reconocida e incorporada, tiene que ser, por otro lado, negada y ocultada, pospuesta frente a cualquier caramelo de gratificación inmediata; a modo de una certeza que se trata de conjurar siempre aquí y ahora, y que tampoco produce sabiduría añadida (ninguna reactualización de las viejas enseñanzas de cínicos y estoicos), en tanto no obliga en absoluto a tomar a decisiones radicales. Ligeramente ansiosa y depresiva, la subjetividad en los comienzos de la era de la catástrofe parece así conformarse con poco. Se contenta con explotar un poco más todas las fantasías y promesas de la era del progreso: una vida fácil y estimulada recurrentemente con propuestas de “experiencias” distintas, pero sin riesgos, esto es, con la garantía de que cuando estos episodios terminen, seguiremos siendo los mismos, idénticos a lo

que éramos antes, si bien renovados por la aportación sensorial de una comida exclusiva, un paisaje exótico o un cuerpo otro.

Por eso, queremos todo aquello que marca una vida plena: viajar, ligar, hacer amigos, comer fuera, salir, pero de un modo que tiene algo de compulsión controlada (rara vez desbocada) y que, de forma algo forzada, busca hacer pasar el trago (la vida entre catástrofes) lo menos traumáticamente posible. Por ejemplo, se quiere viajar a cuantos más sitios mejor, y casi siempre dentro de esa paradoja de que sean sitios “exclusivos”, pero también altamente demandados, tal y como refleja la moda del *selfi* en Instagram, siempre en lugares espectaculares que parecen diseñados para cada uno de nosotros, los mismos que esperamos en la larga fila para repetir la misma foto. No merece la pena reiterar la crítica al turismo como experiencia sustitutoria del viaje en tanto transformación interior. En cierto modo, estamos un paso más allá, en la parodia de este.

Así en las grandes metrópolis, como es el caso de Madrid o Barcelona, cada fin de semana, cada puente, cada cadencia de más de tres días de fiesta es un pretexto para iniciar un éxodo hacia la costa, la montaña, la naturaleza, los destinos exóticos, el cual se vive como una “necesidad”, como un “derecho”; el “derecho” a la movilidad entendida como experiencia que rompe la rutina, aun cuando se vuelva también rutinaria. De hecho, esta movilidad bulímica se ha convertido en una suerte de forma de vida plena, también porque tiene el rasgo de un privilegio solo al alcance de las clases medias globales.

Valga decir, que la movilidad es una disposición constante para aquellos que viven de rentas o disponen de la posibilidad del teletrabajo. Se huye así de la masividad, del ruido, de la contaminación excesiva o del exceso de estímulos, en una suerte de manejo moderno de la trashumancia, pero aplicada a los humanos, en la que de forma alterna se busca frío o calor, huyendo de la inclemencia climática (al fin y al cabo, de la forma atenuada de la catástrofe). Pero obviamente, de forma inevitable, se vuelve a la gran ciudad, donde se “hace la vida realmente”, y donde pastamos de forma continua, al tiempo que seguimos abonando con nuestro metabolismo acelerado la persistencia del mismo mundo que consideramos condenado a la extinción.

Razonamientos similares se podrían hacer del sexo consumido en las aplicaciones de citas, en las que, en el mercado de cuerpos, se trata de operar con el mínimo riesgo y de la forma más aséptica posible; de la búsqueda de la experiencia gastronómica, cuando ya apenas nadie sabe cocinar; o del consumo cultural, hoy motivado menos por la moda, que por el entretenimiento continuo que permita cumplir ese exorcismo permanente que nos detrae del aburrimiento.

En esta sociedad depresiva pero hinchada de “experiencias” ¿y que en el mundo solo aplica para las sociedades ricas de clase media?, las transformaciones antropológicas son seguramente más profundas de lo que pueda insinuar este análisis superficial. Quizás la transformación más sintomática sea la de la categoría de juventud, convertida en la edad fundamental, que se extiende hoy sin ironía hasta la edad anciana. Se es joven hasta el mismo punto en que caemos en situación de dependencia. Y esa juventud es entendida como una disposición a pasarlo bien, a disfrutar: una suerte de derecho inalienable a la irresponsabilidad eterna especialmente más allá del margen estrecho de la familia. De forma algo chocante, al mismo tiempo que nos sumergimos en esta etapa infinita de la minoría de edad, la propia condición del adulto joven (pongamos de los 18 a los 25 años) cambia y se transforma de ese periodo de la vida que en la Modernidad se consideraba formativo de una personalidad única y especial, por tanto una etapa de apertura,

descubrimiento y entrega a la construcción del yo, a ser una suerte de estadio de espera siempre postergado hacia la existencia plena, en el marco desdibujado de una promesa de futuro que nunca llega. Con razón se ha encontrado en la depresión y en el entretenimiento forzado la condición subjetiva de los jóvenes biológicos actuales.^[8]

Una característica de la era del nihilismo dulce es que este no es un resultado de la falta de conocimiento. Ninguna política de concienciación conseguirá promover un llamamiento a la acción y menos aún desatarla. En este mundo de la post-Ilustración, la población sabe. El exceso de información es patente. El genocidio palestino es transmitido casi en directo. Recibimos a tiempo real las imágenes de las bombas, los cadáveres, las lamentaciones de una población obligada a un éxodo interno continuo. En otro orden, la prolongación de la temporada de tifones o huracanes ?o en nuestro caso borrascas atípicas y medicanes? es noticia todos los años. Al igual que resulta extremadamente detallado el seguimiento de las consecuencias, las víctimas y los daños económicos, junto con la inevitable asociación de estos eventos extremos con el calentamiento global de origen antrópico.

Sin embargo, este exceso de información tiene efectos narcóticos. No llama a la acción salvo a una estrecha minoría. Desde los grandes episodios de 2011 –la Primavera Árabe y el movimiento de las plazas–, la reciente suma de catástrofes solo ha levantado algunas polvaredas (las acampadas por Palestina, los voluntarios de la dana de Valencia), pero no verdaderos movimientos destituyentes. De hecho, la reacción pública es, en el fondo, de una indiferencia fingida y en ocasiones escondida con pomposas declaraciones de hartazgo o solidaridad con las “víctimas”.

Merece la pena considerar con algo de detalle el registro de la indignación que se expresa en las redes sociales convertidas en la única arena pública (y política) de esas clases medias que todavía marcan el destino de las sociedades ricas. Por supuesto, hay una parte de estos parlanchines digitales que expresa genuina preocupación por la suerte del mundo, pero esto no debiera impedir ver que esta indignación, incluso cuando es mayoritaria, no conduce a nada. En realidad, este tipo de política es la de un gran parlamento inane e impotente frente a los poderes reales de este mundo. La expresión es un simple desahogo, un expurgo de los restos de mala conciencia de la que aún queda de la subjetividad moderna. En el fondo, enfrentada a la catástrofe, la inmensa mayoría solo acumulamos espanto por aquello que puede ocurrirnos a nosotros mismos y que proyectamos en los pocos que consideramos semejantes. (Cada cual puede rellenar esa casilla según sus “identidades”: por preferencias políticas, autoubicación de clase, posiciones étnico-nacionales, orientación sexual, amén de multitud de disposiciones sociales inconscientes).

Otro apunte interesante sería considerar la sociología y las motivaciones de los que podríamos considerar los verdaderos enfadados con la época, y que a modo de hipótesis parecen los más asustados con la proximidad del fin del mundo, aquellos que de una u otra forma sienten o presienten que su posición está realmente amenazada, que el deterioro ya no se puede resolver con paliativos farmacológicos o con un consumo *pasivizante*. En este sustrato social, los negacionismos de extrema derecha, con todas sus variantes –desde el cambio climático a las teorías alternativas de la conspiración o el terraplanismo– y con todas sus casuísticas ¿que se alimentan de los tradicionalismo y fundamentalismos religiosos renovados?, tiene su mejor caldo de cultivo.

En cualquier caso, lo que los negacionistas niegan –la abrumadora evidencia científica sobre las nocividades y las catástrofes, o la condición misma de la ciencia como forma autorizada del conocimiento social– es solo la carcasa de una negación mayor: que hemos entrado en un tiempo excepcional y de emergencia, que rompe la normalidad de las viejas formas de vida. Y esto resulta intolerable, literalmente desquiciante. De hecho, el negacionismo se debería entender menos como una forma de irracionalismo, que como una resistencia a reconocer que nuestro mundo (una forma de vida, una manera de percibir y sentir) ha entrado en su fase terminal. El negacionismo se convierte así en la “verdad alternativa” de esta negación mayor: es el rechazo infantil al fin del mundo dispuesto para ser consumido por los más desesperados, los más imbéciles y los más crédulos.

Su resonancia con el nihilismo dulce, propio de aquellos que todavía se pueden entretener mirando a otro lado, es como el del positivo y el negativo de una misma imagen. El negacionismo, en su negación, reclama hacer la misma vida cuando esta se ha vuelto imposible. En este sentido, es también una forma más de las fenomenologías de la crisis, de la conciencia distorsionada de la misma. Así, si en los análisis de la II Internacional se decía que el antisemitismo, que hacía la asociación entre el judío y el gran capital, era el socialismo de los imbéciles, el negacionismo es hoy el utopismo de los imbéciles. Constituye de cabo a rabo la reivindicación de una vida digna y colectiva, pero negando la existencia de todo aquello que la socava.

En tanto forma postilustrada y acientífica de la conciencia de la crisis, cuando los negacionismos llaman a la acción, caen sin freno en las formas premodernas de la expresión del malestar popular: el chivo expiatorio, la conspiración, el rumor que precedía a los grandes motines. En este sentido, el negacionismo recupera una corriente subterránea de la historia europea, desempolva la memoria de los grandes pogromos, cuando en plazas y mercados corría la noticia de que los judíos habían secuestrado a algunos niñitos cristianos y los habían puesto a la brasa para comérselos como tostones. Cambien a esos judíos por otros enemigos a elección: musulmanes, menas, feminazis, buenistas o malvados izquierdistas. Y descubrirán el mismo recurso psicológico y tranquilizador, que, frente a la catástrofe incomprensible y devastadora, apunta al chivo expiatorio o al enemigo exterior: los “moros” que, tras la devastadora DANA, asaltan los pequeños comercios “cristianos” de honrados propietarios valencianos, el arma secreta marroquí que desató las violentas tormentas que provocaron las inundaciones, etc.

El negacionismo es, por supuesto, otra forma de impotencia. Agotados de apuntar hacia todo menos a los lugares en los que se producen las crisis, todos los negacionismos, desde el más

delirante hasta el más razonable –que dice que siempre ha habido desastres naturales y “pequeños inconvenientes”–, se dirigen inevitablemente al Estado y al buen gobierno para que resuelva y devuelva al pueblo honrado su normalidad perdida. Se requiere al Estado para que proteja, para que haga de buen guardián con respecto de la comunidad legítima, la “nación verdadera”, que inevitablemente excluye a los de fuera, a los no adaptados y al enemigo interior. Se pide así a los poderes certezas y claridad, simplificación ante la complejidad ilegible. El negacionismo se convierte de este modo en el más sorprendente y peligroso reflejo de la impotencia social, de la falta de las instituciones colectivas, donde elaborar la herramienta más elemental de la crítica: disponer de un pensamiento propio mínimamente razonado e informado. A pesar de su rabia, que puede desencadenar en amagos de *escuadrismo* en forma de disturbios y brigadas nacionales, el negacionismo actúa en última instancia por delegación en los poderes personificados en un gran hombre / gran mujer, que concentre las fuerzas simbólicas y milagrosas de la salvación. Hasta ese punto llega su impotencia.

Entre el nihilismo dulce y el negacionismo rabioso se nos ofrece una de las grandes paradojas políticas de nuestro tiempo: la forma en la que la conciencia de la catástrofe divide políticamente a nuestras sociedades. Curiosamente, el informado, que decide mirar a otro lado, arrastra sobre sí a todos los indiferentes que pueden permitirse seguir viviendo una vida relativamente próspera y ostentosa. Se trata de una postura de estricta racionalidad neoliberal: si hay dinero y cierta seguridad, mejor seguir disfrutando o haciendo que se disfruta hasta que las llamas empiecen a arrasar la propia ciudad de Roma.

Al otro lado, el negacionista, puede estar ya quemándose en el incendio, o puede sencillamente haber empezado a oler el humo y haber entrado en pánico. El negacionista a veces responde a un perfil social desencantado, que se siente, en su fuero interno, extremadamente vulnerable. En ocasiones este perfil se encarna en posiciones sociológicas, como la que cada vez más divide a las sociedades del Norte global. Así, entre los negacionistas, se reconocen con frecuencia las clases medias en decadencia: los hijos y herederos de la vieja clase obrera industrial, antes integrados y ahora arrojados a los mercados laborales precarios de la economía de servicios; a los pequeños propietarios y productores rurales y de las pequeñas ciudades sin futuro; a los segmentos cuya prosperidad pasada no se consiguió convertir en capital cultural y cualificaciones universitarias, etc. En cualquier caso, esta correspondencia sociológica ni es definitiva ni tampoco absoluta. Lo que sí es claro es que el negacionismo prende al lado de sus hermanos en la gran partida ideológica de nuestro tiempo: el populismo de derechas, el neotradicionalismo, el neoconservadurismo, los fundamentalismos cristianos (pero también musulmanes, judíos e hinduistas), los etnicismos y nativismos varios, etc.

Por su parte, el lugar en que el nihilismo dulce amenaza con dejar de ser sí mismo y convertirse en potencia activa, se encuentra entre las clases bien establecidas del viejo mundo, entre los componentes más ilustrados de esas sociedad, podríamos decir entre “los que saben pero no sienten”. Aquí reside la paradoja: quien hoy se muestra consciente y sensible a la catástrofe –recuerden, siempre de una forma meramente declarativa– es muchas veces quien todavía disfruta de una posición social más o menos plena. Curiosamente esta conciencia y esta sensibilidad tiene “valor de mercado”, se convierte en un activo “valioso” para la sociedad oficial. Así en ocasiones, el “informado” es también el periodista, el experto, el consejero o el político bien remunerado por su capacidad para seguir avisándonos del tétrico futuro que se avecina, o si se prefiere, del pequeño paliativo “posible”. En este sentido, esta “izquierda” forma parte de la

inevitable necesidad de representación, que constituye la clave de bóveda de las democracias liberales.

En cualquier caso, en tanto su posición sigue estando a medio camino entre la plebe subvencionada y la verdadera clase patricia ¿en términos del sociólogo Bourdieu, siguen siendo los “dominantes dominados”? es imposible que alcance a convertirse en un verdadero sujeto político, como la salvífica clase ecológica, que por ejemplo se proponía animar Bruno Latour.^[9]

A los efectos prácticos y políticos de una sociología crítica, el sector consciente no escapa en su modo de vida a las determinaciones de la sociedad de consumo avanzada, formada por individuos separados. Su ecologismo, feminismo, antirracismo o incluso –caso de existir– su anticapitalismo, no escapa de ser un estilo retórico e ideológico, que no llega a constituirse como una forma de vida, que requiere de una materia colectiva. Por muy pautaada y sofisticada que sea su forma de estar, su amaneramiento y estilo, el “consciente” no escapa al nihilismo dulce. No vive de modo distinto al de los realmente “indiferentes”, y por ello es incapaz de actuar de forma distinta. En un sentido lato, el “consciente” es el mejor y más acabado representante del nihilismo dulce, desprovisto de todo rastro de mala conciencia, parece vivir plenamente satisfecho consigo mismo. De forma previsible, el Jeremías moderno coincide con el viejo Narciso.

Como suele ocurrir, en el cruce de insultos entre “negacionistas” y “conscientes” se encuentra en parte la clave para entender la política de la época. Cuando los “conscientes” arrojan sobre los “negacionistas” la inevitable acusación de barbarismo, estupidez o incluso fascismo, no se equivocan. El proceso de caída de los sectores que antes estaban relativamente integrados dentro de las sociedades ricas ha implicado en ocasiones un cerril embrutecimiento. La reacción del negacionista no tiene más norte que la vuelta a lo de antes, aunque sea por medio de su restricción a los que todavía pasan por nacionales, “normales”, “nativos”, “blancos” o la condición a la que buenamente se agarren.

Sin embargo, entre los “negacionistas” no falta lucidez a la hora de desvelar las contradicciones de los “conscientes”. En su reacción descansa un fuerte componente anti elitista que podría tener otras traducciones políticas. Al asimilar a los “conscientes” con las “élites liberales” no dejan de apuntar a una forma de vida profundamente hipócrita, apalancada dentro del mismo sistema que constituye la fuente de las catástrofes. Cuando muestran su desprecio por una forma de vida metropolitana, consumista y cosmopolita, sin raíces, declaran también que el “consciente” no es distinto del “indiferente”. Ambos están movidos por el mismo motor. ¿Por qué entonces “creerles”? ¿Por qué hacerles el caldo gordo que legitima su posición o al menos les da un suplemento de gracia moral, cuando los “negacionistas” saben de la impotencia e incompetencia de los “conscientes”?

Naturalmente, no hace falta decir que esta división entre “conscientes”, “negacionistas” e “indiferentes”, convertidos en las grandes posiciones epocales de la era de las catástrofes, es una caricatura, un ejercicio literario que empuja las posiciones hacia sus extremos. Ahora bien, ¿al exagerar determinadas fisonomías, no se descubren perfiles sociales antes opacados? En cualquier caso, lo esencial es considerar los medios para salvar la impotencia. Y estos hoy no parecen disponibles en los jueguecitos ideológicos de la política representada.

[Fuente: [Ctxt](#)]

Notas

1. En el espacio ligado a la herencia de los situacionistas, surgió el grupo y luego editorial *Encyclopédie des Nuisances*, que aseguró las bases de un estilo de crítica que, en Francia principalmente, perdura hasta hoy. [?](#)
2. Günther Anders, *La obsolescencia del hombre*, 2 vols., Valencia, Pre-textos, 2011. [?](#)
3. En la formación de las monarquías modernas, y por tanto del Estado tal y como lo conocemos, a los reyes de Francia e Inglaterra, se les concedía la capacidad de sanar enfermedades y minusvalías por medio del toque real. Puede que este siga siendo uno de los atributos de todo poder. Véase al respecto al libro clásico de Marc Bloch, *Los reyes taumaturgos*, Madrid, FCE, 2017. [?](#)
4. Paolo Virno, «Ambivalencia del desencanto. Oportunismo, cinismo, miedo», en *Virtuosismo y revolución. La acción política en la época del desencanto*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2003, pp. 45-76. [?](#)
5. Paolo Virno, *Sobre la impotencia. La vida en la era de su parálisis frenética*, Madrid, Traficantes de Sueños / Tercero Incluido / Tinta Limón, 2021. [?](#)
6. Isabelle Stengers, *En tiempos de catástrofes. Cómo resistir la barbarie que viene*, Barcelona, NED / Futuro Anterior Ediciones, 2017. [?](#)
7. Theodor Adorno y Max Horkheimer, *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*, Madrid, Trotta, 2018. [?](#)
8. Mark Fisher, *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?*, Buenos Aires, Caja Negra, 2018. [?](#)
9. Véase Bruno Latour y Nikolaj, *Manifiesto ecológico político. Como construir una clase ecológica, consciente y orgullosa de sí misma*, Madrid, Siglo XXI, 2023. [?](#)

Constantino Bértolo

Trump o el capitalismo en un solo país

Dentro de la compleja, agitada y convulsa historia de la Revolución soviética, el fuerte debate y la dura controversia a que dio lugar la discusión acerca de “el socialismo en un solo país” ocupa un lugar de enorme relieve. Entre otras consecuencias, el resultado a favor de esa tesis iba a marcar el futuro de la revolución, al suponer el triunfo, en el interior de la dirección bolchevique, del punto de vista compartido —aunque desde perspectivas desiguales— por Bujarin y Stalin, y la derrota de las posiciones defendidas por Zinoviev y Kamenev. Una victoria que, conviene recordar, acabaría siendo decisiva para el crecimiento del poder y ascendencia de Stalin dentro de aquel PCUS en marcha hacia ese “socialismo en un solo país” que no habían contemplado como posibilidad ni Marx ni Engels, y que Lenin solo parecía haber aceptado como paso “provisional” a la espera de las deseadas revoluciones que habrían de tener lugar en el ámbito de las economías desarrolladas. Una esperanza defraudada, que daría ocasión precisamente a duros enfrentamientos entre los saturnales “hijos de la revolución”.

Todavía hoy, pasados más de treinta años de la caída del Muro de Berlín, interpretada como expresión de la derrota/fracaso del horizonte que la revolución bolchevique había puesto en marcha en 1917, no faltan lecturas que ven en aquella elección del camino hacia el socialismo en un solo país las razones últimas de ese vencimiento.

Viene esto a cuento del actual proceso político *made in USA*, que en mi opinión pudiera estar dando lugar a una novedosa y curiosa orientación económica que bien podría permitirnos hablar de los intentos de Trump por instaurar, a modo de contracara de aquella estrategia soviética, su propio camino hacia el capitalismo radical prometido por Friedrich Hayek y Milton Friedman.

No se trataría en este caso —aunque también— de una mera cuestión de aranceles y balanza de pagos. Ciertamente que el importe del déficit comercial de Estados Unidos con China, México y Canadá asciende a una cifra bien respetable de 270.000 millones de dólares, mientras que en la relación comercial UE-EE. UU., una de las más significativas del mundo (30% del comercio global), el déficit se disparó un 12,9%, a los 235.600 millones de dólares. Pero no todo, ni acaso lo más importante, sean las cifras, sino el lenguaje que las acompaña.

Días antes de su toma de posesión, Trump declaraba que el bloque de los 27 maltrataba al país norteamericano y, más recientemente, al hablar de nuevo del déficit, afirmaba que “Europa ha abusado de Estados Unidos durante años”, que “nos están estafando mucho y Estados Unidos está cansado de que le estafen”, y amenazaba con no seguir subvencionando las economías de esos países con los que se producía déficit. Entiendo que expresiones como “maltrato” o “estafa” incorporan una lectura moral, con su carga política correspondiente, mientras que el uso del término “subvención” como categoría comercial no deja de transmitir una autodescripción paternalista propia del amo o patrón que se siente dolido a pesar de su pretendida generosidad. Papá, vendría a decirnos Trump, se ha enfadado, y esto se va a acabar porque el capitalismo bien entendido empieza por uno mismo. Es decir, que lo que se va a acabar es la generosa política de “subvenciones” que —según la lectura de Trump— ha venido desempeñando Estados Unidos dentro del sistema global capitalista imperante desde el final de la Segunda Guerra

Mundial.

Para comprender este delirio económico, entre la paranoia mercantil y la esquizofrenia imperialista (el imperio como generosidad), lo menos indicado es caer en ese vicio histórico tan extendido de achacar problemas psicológicos a los autores que dan nombre a los hechos históricos. El delirio, la paranoia y la esquizofrenia no son de Donald Trump y su equipo de consejeros, secretarios y celebrantes, que no dejan de cumplir el necesario y obligado papel de protagonista, secundarios y figurantes. Mejor pensar en un delirio capitalista, una paranoia razonable y una esquizofrenia imperialista que no dejan de tener su fundamento histórico, y que el propio capitalismo lleva como seña de identidad.

La historia contemporánea en sentido estricto, es decir, aquella en la que han venido transcurriendo nuestras vidas y circunstancias, es hija de la Segunda Guerra Mundial. Somos, o éramos hasta hace poco, herederos y deudores de una posguerra donde el llamado Plan Marshall contribuyó a impulsar unas economías europeas que apenas lograban salir del estado de ruina. Es entonces cuando Estados Unidos, cuyo territorio había permanecido ajeno a la ola de destrucción, se presenta como el único país capacitado para suministrar bienes y recursos de producción, empezando por el más obvio: el capital, mediante la aportación de unas ayudas financieras (origen semántico sin duda de la perversa “subvención”) de más de 13.000 millones de dólares de la época. Un hecho histórico innegable que sin duda facilitó la creación, en el bloque occidental, de una economía política de corte keynesiano sobre la que, al menos hasta la crisis del petróleo de 1973, descansaba, con autosatisfacción, el sistema económico global. El Plan Marshall y demás ayudas USA para la reconstrucción de Europa son entendidas como “caridad económica” por parte del “buen americano” y como argumento para que el bueno de Trump pueda hablar de desagrado por parte de la Unión Europea y demás países beneficiados.

Ni qué decir tiene que esa generosidad que pretende atribuírsele al Plan Marshall, al tiempo que ayudaba a poner en marcha las economías occidentales, favoreciendo los intercambios comerciales y creando los acuerdos e instituciones del sistema económico global de la postguerra, beneficiaba directa y extraordinariamente a la propia economía norteamericana, necesitada para su expansión de encontrar fiables mercados para sus exportaciones y privilegios de todo tipo para la localización y actividad de sus empresas. Al fin y al cabo y como dice el poeta Vladimir Holan: “La avaricia comienza en el dar”. Y avaricia fue también la imposición del dólar como férrea herramienta monetaria para el intercambio comercial, o la firma de toda una red de acuerdos comerciales que venían garantizando a su moneda la última palabra en el juego económico a escala mundial desde que la caída de la Unión Soviética eliminó la posibilidad de una competencia alternativa que hasta ese momento venía representando.

Ahora bien, ¿qué ha venido sucediendo para que Trump decida que el capitalismo bien entendido empieza por uno mismo, rompa la baraja del comercio internacional y ponga en marcha toda una serie de medidas supuestamente necesarias para crear “una nación que sea orgullosa, próspera y libre”, una nación cuya soberanía sea “restablecida” y que se haga de nuevo “rica”? Tales medidas conducen a sospechar que Trump, aun sin haber leído a Bujarin o Stalin, ha decidido apostar por una paradójica versión de aquel “socialismo en un solo país” desde el que la recién nacida República Soviética necesitó enfrentarse a sus enemigos. A eso suenan al menos las palabras del Trump triunfante: “Pondremos impuestos a otros países para enriquecernos”. Un

capitalismo contra todos los demás capitalismos. ¿La consecuencia lógica de un imperio al que le ha entrado el miedo?

Sobre la decadencia del imperio USA se lleva hablando mucho tiempo. Lo que es nuevo es que sean los propios norteamericanos los que la reconozcan. Y sin embargo eso fue, creo, la clave del mensaje exitoso de Trump, su catarsis. Si su consigna era “hacer otra vez grande nuestro país”, lo que en realidad les estaba descubriendo a sus votantes era que ese empequeñecimiento era algo real y temible, al mismo tiempo que se ofrecía como única solución frente a la catástrofe. Contra la decadencia, Trump propuso a los votantes el poder imperial: acabar con quien nos está estafando. Un proyecto económico —el equilibrio en la balanza de pagos— que se entrelaza con su provocador y narcisista mensaje político: somos el poder.

Es curioso que, al hablar de las primeras medidas adoptadas por Trump, la atención se haya centrado sobre todo en la cuestión de los aranceles, mientras que el verdadero gesto de poder imperial —la imposición a Panamá de la expulsión de China de su rol en el canal— apenas haya dado lugar a comentarios. Porque lo que Trump pretende es dejar claro que el capitalismo es él, mientras que los demás lo son sólo con su venia. Lo dicho: un capitalismo contra todos los demás capitalismos.

No deja de resultar contradictorio exhibir poder —y Trump es el rey del exhibicionismo— al mismo tiempo que se proclama la propia debilidad. ¿A que tiene miedo ese rey que se reviste con los ropajes grandilocuentes del poder? A estar desnudo, diríamos los amantes de la literatura. Pero la literatura, lo sabemos, no siempre procura la metáfora más adecuada.

En los mentideros mediáticos y las cátedras del análisis político, a ese miedo se le pone un nombre: China. Y, efectivamente, si como recordaba Rafael Poch [recientemente](#), el 41% de los semiconductores utilizados por el complejo militar-industrial americano proceden de China, ¿cómo no tener miedo a que te estén desnudando? Si en las últimas reuniones de los BRICS empieza a vislumbrarse el cuestionamiento de ese gran misil económico que sigue siendo el dólar como moneda y valor de cambio ¿cómo el Imperio puede no temer su asalto y derrocamiento?

Trump y sus votantes sin duda sienten una enfurecida nostalgia de aquella nación que recién terminada la Segunda Guerra Mundial, en unos tiempos en los que el resto de los países de Occidente, heridos por los destrozos de la guerra, trataban de reconstruir sus maltrechos capitalismos, era el paladín del capitalismo. Hoy Trump quiere pasarnos la factura incluso de aquella leche en polvo y esos quesos enlatados que fueron enviados a la España franquista, y todo parece indicar que la Unión Europea estará dispuesta a pagarle y, si es necesario, dejarle Groenlandia o la Franja de Gaza de propina. Pero el chantaje que todo poder representa también provoca malestar y resentimiento, y el capitalismo financiero requiere ante todo confianza. Al capitalismo en un solo país pudiera sucederle lo mismo que a aquel socialismo en un solo país: gastar demasiadas fuerzas en defenderse. Vivir en continuo estado de guerra comercial, por muy incruenta que esta sea, no es una buena cosa para los negocios. El capitalismo bien entendido empieza por uno mismo, pero puede acabar en el mismo sitio. Lo malo es que entre tanto nos coja en el medio, y sin alternativas, la batalla del capitalismo contra el capitalismo.

[Fuente: [Ctxt](#)]

Olga Rodríguez

La perpetuación de la guerra en Ucrania y sus consecuencias en Europa

Esta semana Donald Trump y Vladimir Putin hablaron por teléfono sobre el futuro de Ucrania, y el presidente estadounidense anunció que empezarán “negociaciones inmediatamente” en torno a la guerra, iniciada en el Dombás en 2014 y extendida en 2022, con la invasión rusa. Además, el Secretario de Defensa de EE. UU., Pete Hegseth, ha dicho que [no es realista](#) que Ucrania vuelva a las fronteras de 2014 ni su ingreso a la OTAN para “una solución negociada”.

Las fronteras de 2014 son las existentes antes del inicio de la guerra en el Dombás, surgida tras el cambio de gobierno en Kiev —fomentado con el apoyo de EE. UU.—, la anexión rusa de Crimea y el levantamiento separatista en la región del Dombás, contra el que Ucrania respondió militarmente.

El plan de Bush para Ucrania

En la [Cumbre de la OTAN de 2008](#) en Bucarest el entonces presidente estadounidense, George W. Bush —impulsor de la invasión ilegal de Irak en 2003— apareció con un plan bajo el brazo que contemplaba la integración de Georgia y Ucrania en la OTAN. Dicho planteamiento provocó [dudas y resistencias](#) iniciales, sobre todo por parte de Alemania y Francia, conscientes de la interpretación que esa adhesión tendría en Moscú y de los efectos en sus relaciones con Rusia, gran proveedora de gas a una parte importante de Europa.

“Alemania y Francia han dicho que creen que, dado que ni Ucrania ni Georgia son lo suficientemente estables para entrar en el programa ahora, un plan de adhesión sería una ofensa innecesaria para Rusia, que se opone firmemente a la medida”, escribió [el diario *The New York Times*](#) entonces.

Ese órdago lanzado por Bush se produjo, además, en un contexto en el que EE. UU. ultimaba negociaciones con Polonia y República Checa para instalar en esos dos países su escudo antimisiles y varias bases militares, lo que suponía una extensión de la presencia militar de la Alianza Atlántica hacia las fronteras rusas.

El embajador de EE. UU. en Rusia, [William Burns](#) —posteriormente director de la CIA con Biden— advirtió en 2008 al Gobierno de Bush que “la entrada de Ucrania en la OTAN es la más destacada de todas las líneas rojas para la elite rusa (no solo para Putin)”. Según [desvelaría](#) posteriormente la exanalista de inteligencia Fiona Hill —de la Brookings Institution— los servicios secretos de EE. UU. se opusieron a la idea de integrar Ucrania y Georgia en la OTAN en 2008, pero Bush ignoró sus advertencias.

“Todo el problema empezó realmente en 2008, cuando Bush anunció sus intenciones sobre Ucrania y Georgia, a pesar de que Moscú había dejado claro que esas intenciones eran percibidas como una amenaza”, [escribió en 2022](#) el profesor de Políticas de la Universidad de Chicago John Mearsheimer.

2013-14 y el “que se joda” la UE

Sin embargo, las reticencias de Alemania y Francia fueron mermando con el tiempo, con el cambio de gobiernos en Berlín y París y con la presión de Washington. Además, los acontecimientos en el escenario ucraniano fueron empujando en la misma dirección. Las protestas del Euromaidan en Kiev en 2013 y 2014 fueron apoyadas por Estados Unidos, hasta el punto de que varios integrantes del Gobierno estadounidense se dejaron ver con los manifestantes en Kiev.

EE. UU. contribuyó también al golpe contra el presidente prorruso de Ucrania, Viktor Yanukovich, quien terminó huyendo del país. Antes de que eso ocurriera [se filtró un vídeo](#) por Internet que mostraba una conversación telefónica entre dos altos diplomáticos estadounidenses. En ella, la entonces secretaria de Estado estadounidense adjunta para Asuntos Europeos, Victoria Nuland, debatía con el embajador de EE. UU. en Ucrania, Geoffrey Pyatt, sobre cómo facilitar el éxito de la protesta contra el Gobierno ucraniano y a quién colocar como sucesor del presidente que deseaban ver derrocado.

Ese diálogo desveló que Washington tenía una implicación mucho mayor en Ucrania de la que mostraba públicamente. Nuland y Pyatt hablaron en esa conversación sobre los líderes que debían estar en el futuro gobierno, apostaron claramente por uno en concreto, Arseni Yatseniuk, y descartaron a otro, Vitaly Klitschko, quien contaba entonces con el apoyo explícito de Alemania. Ambos embajadores celebraron durante su conversación que la ONU fuera a nombrar un nuevo enviado especial para Ucrania y que esto ayudaría a “soldar” su plan ante la presunta inacción de la Unión Europea.

En un momento dado, se escucha decir a Nuland: “Sería estupendo, creo, para ayudar a soldar esto y tener a la ONU ayudando a soldarlo, y ya sabes, que le den a la Unión Europea”. (Algunos medios lo tradujeron como “que se joda la Unión Europea” o “a la mierda la Unión Europea”. La versión original era: “Fuck the EU”). “Exactamente”, contestó el embajador estadounidense.

Además, en la misma conversación Nuland informó a Pyatt de que el entonces vicepresidente de EE. UU., Joe Biden, estaba dispuesto a intervenir en la cuestión ucraniana para “conseguir los detalles” y para empujar en ese sentido.

También en esas fechas Victoria Nuland presumió de la inversión estadounidense en Ucrania, que alcanzaba ya entonces la cifra de cinco mil millones de dólares. Desde entonces —2014— hasta febrero de 2022, mes en que se produjo la invasión rusa de Ucrania, Washington destinó otros 2.700 millones en asistencia y desarrollo de las fuerzas de seguridad ucranianas, en las que estaba integrado el batallón ultraderechista Azov.

En los meses previos a la invasión ilegal rusa de Ucrania, impulsada en febrero de 2022, Victoria Nuland era Subsecretaria de Estado para Asuntos Políticos del Gobierno Biden y estuvo muy

presente en la gestión estadounidenses en torno a Ucrania. Antes de eso había sido asesora del vicepresidente Dick Cheney entre 2003 y 2005 durante la ocupación ilegal de Irak y embajadora de EE. UU. ante la OTAN durante el segundo mandato de George W. Bush.

Una crónica anunciada

En los años previos a la invasión rusa de Ucrania, tanto personalidades estadounidenses que ocuparon importantes puestos institucionales como analistas de calado [sabían](#) —y así lo expresaron públicamente— que una expansión de la OTAN hasta las fronteras rusas significaría [un desafío](#) al que Moscú terminaría contestando. Y, sin embargo, dicha expansión no se evitó.

Eso no justifica la invasión ilegal, ni los crímenes de guerra rusos, ni la violación del derecho internacional, ni los ataques indiscriminados contra Ucrania, pero tampoco exime de responsabilidad a quienes empujaron hacia ese escenario con el objetivo de desgastar y aislar a Rusia, por encima de los intereses del pueblo ucraniano e incluso de los intereses europeos.

George Beebe, responsable de la CIA sobre Rusia durante años y ex asesor de Dick Cheney, [afirmó en 2022](#) que EE. UU. estaba eligiendo la guerra en Ucrania en vez de resolver el conflicto a través de la diplomacia: “La elección que enfrentamos en Ucrania era si Rusia ejercía veto a la entrada de Ucrania en la OTAN en la mesa de negociación o en el campo de batalla” y “elegimos asegurarnos de que el veto fuera ejercido en el campo de batalla, confiando en que Putin se detuviese o que la operación militar fallara”, escribió.

Jack Matlock, embajador estadounidense en Moscú entre 1987 y 1991, [publicó en 2022](#), poco antes de la invasión rusa, un artículo en el que sostenía que esa invasión era previsible y a la vez evitable. Bajo el título “Yo estuve allí: la OTAN y los orígenes de la crisis de Ucrania”, indicaba que en 1997, cuando empezó a plantearse la expansión de la OTAN hacia las fronteras rusas, afirmó ante el Senado de EEUU “que esa expansión de la OTAN nos llevaría a donde estamos hoy”.

En 2014 Henry Kissinger, la personificación de lo más duro de la política exterior estadounidense, [argumentó](#): “Occidente debe entender que, para Rusia, Ucrania nunca puede ser solo un país extranjero”. Si “Ucrania quiere sobrevivir y prosperar no debe ser un puesto de avanzada de ninguno de los lados contra el otro, debe funcionar como un puente entre ellos”. En lugar de unirse a la OTAN, Ucrania “debería adoptar una postura” en la que “coopere con Occidente en la mayoría de los campos pero evite cuidadosamente la hostilidad institucional hacia Rusia”.

El boicot a la negociación en 2022

Desde antes de la invasión rusa de Ucrania [múltiples voces](#) advirtieron de que [era posible](#) evitar la guerra, y [siguieron proponiendo](#) salidas en ese sentido en los meses posteriores, planteando una Ucrania neutral y el retraso o la renuncia a su entrada en la OTAN.

Sin embargo, el discurso oficial desde EEUU —y también desde la Unión Europea— evitó hablar públicamente de la necesidad de buscar cauces para una negociación inmediata y la paz. Posteriormente se supo que hubo posibilidad de un principio de acuerdo en marzo-abril de 2022, pero los esfuerzos negociadores se encontraron con obstáculos y fueron boicoteados por varias naciones, principalmente por el Reino Unido de Boris Johnson. Así lo relató [Ukrainska Pravda](#), un

periódico ucraniano de línea pro occidental, y así [se lo contaría](#) posteriormente el propio Johnson al presidente francés Emmanuel Macron.

También el primer ministro israelí de entonces, Naftali Bennet —que solo duró un año en su puesto— [mencionó](#) el “bloqueo” por parte de aliados occidentales de esas negociaciones, en las que participó como mediador. En la misma línea se pronunció Fiona Hill, alta funcionaria de seguridad nacional en los gobiernos de George W. Bush y Donald Trump y poco sospechosa de ser una paloma ante la cuestión rusa. Hill informó de que varios “antiguos altos funcionarios estadounidenses” le habían revelado que “los negociadores rusos y ucranianos parecían haber acordado” las líneas “de un pacto provisional negociado” en abril de 2022.

A través de ese principio de acuerdo frustrado, Rusia habría estado dispuesta a retirarse a sus fronteras anteriores al 24 de febrero de 2022, manteniendo Crimea y parte del Dombás, mientras que Ucrania habría renunciado a su integración en la OTAN. Casi tres años después, con cientos de miles de muertos, decenas de miles de desertores y un país fragmentado y dividido, las condiciones planteadas hasta el momento son prácticamente las mismas.

Una Europa más débil e intervenida

La guerra de Ucrania ha provocado también aumento de la inflación, empobrecimiento en varios países —caldo de cultivo para el auge de la extrema derecha— y una mayor dependencia europea de Estados Unidos.

La autonomía política europea ha mermado considerablemente, mientras Washington ha aumentado sus beneficios económicos con la venta de gas licuado a países europeos a un precio superior al ruso, tras las sanciones a Moscú y el atentado contra el gasoducto Nord Stream. “Eliminar el gas ruso tendrá un coste para Europa, pero no es solo lo correcto desde un punto de vista moral, sino que nos colocará sobre una base estratégica mucho más sólida”, afirmó en 2022 el presidente Biden, satisfecho.

Europa es hoy más débil política y económicamente que antes de la invasión de Ucrania, y está más subordinada a Washington. Durante tres años, desde su posición de privilegio y su lejanía geográfica, EE. UU. ha conseguido también un enorme crecimiento en los [beneficios de sus empresas armamentísticas](#), ha enviado [más tropas estadounidenses](#) a suelo europeo y ha impulsado en la OTAN el mayor rearme militar desde la Guerra Fría.

Por su parte, Rusia ha pagado con decenas de miles de soldados muertos, pero no ha experimentado el daño y aislamiento esperado por Washington. Sus relaciones comerciales con China y los otros BRICS la han mantenido a flote económicamente.

Durante años la guerra de Ucrania fue presentada como la única opción posible. Fue jaleada y aplaudida en múltiples espacios occidentales, en los que se estigmatizaron y ridiculizaron las voces defensoras de una alternativa a la perpetuación del conflicto armado.

La industria de la violencia en todas sus formas, como medio para acceder a recursos naturales y como fin en sí mismo, es el [gran negocio](#) por el que apuestan grandes potencias en el siglo XXI, empeñadas en continuar el ritmo de [grandes beneficios](#) para sus elites. Suele ir acompañada por un muro de propaganda que nos indica a quién temer, a quién odiar, a quién demonizar. El

espacio para la [impunidad belicista](#), acompañado de [exigencias](#) para más gasto militar, es cada vez mayor.

El pasado mes de octubre el secretario general de la OTAN, Mark Rutte, aseguró que la adhesión de Ucrania a la OTAN era un camino [“irreversible”](#). En febrero de este año Trump contradijo esa afirmación. Ante ello, Rutte ha rectificado: “A Ucrania nunca se le prometió la membresía en la OTAN”. El empeño en su integración a la OTAN fue una de las cuestiones que generó esta guerra previsible y evitable, en la que ahora Washington y Moscú pretenden repartirse recursos naturales —[tierras raras](#), esenciales para el sector tecnológico— y órbitas de influencia, mientras Europa reclama su espacio en la mesa de negociación.

[Fuente: [elDiario.es](#)]

Arnaud Orain, Fabien Escalona y Romaric Godin

«Es evidente que el “capitalismo de finitud” no necesita la democracia»

Entrevista a Arnaud Orain

Arnaud Orain ha publicado *Le Monde confisqué*. En este libro, el historiador descifra la racionalidad de las estrategias violentas y rentistas desplegadas por las élites económicas y políticas, que se confabulan voluntariamente para hacerse con “un pastel que no puede crecer”. Es un libro que da sentido a la brutalidad de Trump, a las ofensivas de los gigantes digitales, al acaparamiento de tierras cultivables en todo el planeta y a la inversión sin precedentes de China en su armada. Con la publicación de *Le Monde confisqué. Essai sur le capitalisme de la finitude (XVI?-XXI? siècle)* (Flammarion), el historiador Arnaud Orain se atreve a proponer una lectura global de los acontecimientos que conmocionan y marcan un cambio de época.

Sostiene que nuestras sociedades están experimentando un “capitalismo de la finitud”, cuyos avatares ya existían en siglos anteriores. Abiertamente “depredador, violento y rentista”, prospera al final de la promesa de prosperidad universal, posibilitada por el mercado y regulada por la ley. “El neoliberalismo se ha acabado”, afirma el autor, diferenciándose en este punto de otros pensadores de la época, como Quinn Slobodian y su *Capitalisme de l’apocalypse*.

En declaraciones a Mediapart, Arnaud Orain desarrolla los principales argumentos de su tesis y explica su periodización alternativa de la trayectoria del capitalismo. Subraya la línea de cresta que hay que encontrar entre el riesgo de subyugación, frente a la nueva ola imperialista del siglo XXI, y el riesgo de hundirse en una carrera antidemocrática, desigualitaria y ecocida.

Para dar cuenta de las turbulencias de nuestro tiempo (amenazas de guerra, repliegue democrático, proteccionismo, etc.), usted propone la noción de un “capitalismo de finitud”. ¿Cuáles son sus principales características?

La idea era salir de la dicotomía habitual entre periodos de triunfo del liberalismo y periodos de fuerte intervención del Estado. Nunca he olvidado lo que nos recordaban en la facultad de economía aquellos profesores que estudiaban el sistema soviético: liberalismo y capitalismo son dos cosas muy distintas.

Yo prefiero identificar dos tipos de capitalismo. Hay un capitalismo que es compatible con el liberalismo. Se basa en la competencia, la reducción o incluso la ausencia de derechos de aduana, la libertad de los mares y una utopía de riqueza creciente tanto a nivel individual como colectivo, en una dinámica que beneficiaría a todo el mundo. Es la época que hemos vivido muchos de nosotros, desde los treintaños hasta los setenteros.

Y luego está el capitalismo, a veces llamado capitalismo “mercantilista”, que yo llamo capitalismo “finito”. Se refiere a un mundo en el que las élites creen que el pastel no puede crecer más. A partir de ahí, la única forma de preservar o mejorar su posición, en ausencia de un sistema alternativo, pasa a ser la depredación. Esta es la era en la que creo que estamos entrando.

Usted escribe que el capitalismo ya ha pasado por fases de este tipo en siglos anteriores. ¿De qué periodos se trata?

La trayectoria del capitalismo puede describirse del siguiente modo. Del siglo XVI al XVIII se trata de una fase en la que se crearon potencias imperiales que promovieron grandes empresas con monopolios, comercio exclusivo con sus colonias y guerras de carácter estrictamente económico. Fue el primer periodo de un capitalismo de finitud. Le siguió una fase de liberalización, tras las guerras napoleónicas, ganada por los británicos.

Algunos creen que esta *Pax Britannica* continuó hasta 1914, pero pasan por alto la segunda gran oleada de colonización que comenzó en la década de 1880. En ella volvieron los aranceles, los silos imperiales, los cárteles y la conquista territorial en busca de “recursos”, tendencias que se acentuaron en los años treinta, como consecuencia de la Gran Depresión, y culminaron en la Segunda Guerra Mundial.

En 1945 comenzó una nueva fase liberal. Se sustentó en una promesa de abundancia sin precedentes, inicialmente para el mundo occidental y luego extendida a todo el mundo a partir de la década de 1990. Del mismo modo que es “occidentalocéntrico” pensar en la ruptura con el pasado en 1914, también lo es creer que la era neoliberal lo cambió todo. El verdadero momento en que la promesa se rompió, sobre todo ante los límites ecológicos del planeta, fue en la década de 2010.

La obsesiva referencia de Trump a la *Edad Dorada* (*Gilded Age*) estadounidense debe tomarse en serio. Fue la época de los monopolios, la denigración de la competencia, las grandes desigualdades sociales, pero también el gran retorno de la colonización, que los propios Estados Unidos practicaron en Puerto Rico y Hawái.

Según usted, la [“broligarquía” tecnológica](#) que se puso en el punto de mira en la toma de posesión de Trump es una ilustración perfecta de este capitalismo de finitud. Da la impresión de que son la versión del siglo XXI de algunas de las compañías navieras que organizaron la contraeconomía hace siglos...

En efecto, existe un paralelismo entre estas diferentes encarnaciones de “empresas-estado”. Durante mucho tiempo se contó una historia romántica sobre las compañías de las Indias Orientales. La VOC holandesa, por ejemplo, tenía decenas de miles de esclavos y practicaba una violencia rayana en el genocidio, como en [las islas Banda](#). En la India, los británicos no compraban gran cosa a finales del siglo XVIII: saqueaban y cobraban impuestos a la población.

Estas compañías tenían sus propios derechos, fortalezas y ejércitos, lo que podía incluso provocar fricciones con los Estados de los que procedían. Lo importante es recordar que monopolizaban zonas para generar ingresos a partir de una lógica rentista, en lugar de generar beneficios a partir de la libre competencia. A finales del siglo XIX, empresas de este tipo volvieron a surgir durante el renacimiento de la colonización, sobre todo en África.

Hoy, los gigantes digitales se encuentran a su vez combinando el poder del mercado con el poder soberano. Son capaces de movilizar el espacio público a través de las redes sociales, proporcionar conexiones a Internet a zonas enteras, interferir en la esfera militar con satélites y

tratar de extraer dinero aprovechándose de una posición monopolística sobre los datos.

Sin embargo, hay una diferencia de una época a otra. Las empresas de los siglos XVII y XVIII desempeñaban un papel importante en la política de sus respectivos Estados, pero no se trataba de imponerse dentro de la metrópoli. Ahora los gigantes tecnológicos se apropian de prerrogativas soberanas dentro de sus propios Estados. Como en el pasado, sin embargo, puede haber desacuerdos entre estas empresas: Elon Musk y Peter Thiel, por ejemplo, no comparten la misma opinión sobre la desvinculación económica de China.

Su tesis también permite comprender mejor el significado histórico de otro fenómeno que ha sido noticia: la interrupción de la libertad de navegación en el Mar Rojo por parte de [los hutíes de Yemen](#), en el contexto de la guerra en Oriente Medio. Usted insiste en el hecho de que el capitalismo de finitud es ante todo el cierre de los mares.

Desde hace unos diez años, los océanos han vuelto a ser un tema importante en las relaciones internacionales. En el capitalismo de finitud, comerciamos con nuestros amigos, nuestros vasallos, nuestras colonias, en un régimen en el que estamos protegidos por nuestro poder imperial, porque ya no existe una potencia hegemónica que garantice la libertad de los mares para todos.

Aunque todavía no hayamos llegado a ese punto, hay fuertes indicios de que así está sucediendo. Es significativo que los hutíes no estén atacando a los barcos chinos y rusos, mientras que las empresas occidentales tienen ahora que circunvalar África. En este contexto, asistimos a un debilitamiento de la marina estadounidense y, por el contrario, a un enorme aumento del poder de la marina china, tanto mercante como militar. Para garantizar la libertad de los mares, no puede haber dos potencias hegemónicas. Sólo funciona con una.

Está claro que el movimiento MAGA en torno a Trump ya no quiere pagar por la seguridad mundial. Hay que decir que Estados Unidos no está lejos de tener suficiente energía entre gas, petróleo y paneles solares domésticos, y que está bien abastecido de materias primas en Sudamérica. El deseo de anexionarse Groenlandia responde al objetivo de acceder a ciertos recursos minerales para completar la panoplia.

Se anuncia un nuevo mundo, con rutas marítimas seguras para unos pero no para otros. Para las potencias europeas, acostumbradas durante ochenta años a la libertad de los mares garantizada por su principal aliado, la ruptura es considerable.

Es comprensible que el capitalismo basado en la finitud no se mezcle bien con los principios democráticos. Pero ¿no es el vínculo más complejo? Al fin y al cabo, hemos visto deteriorarse la calidad de los regímenes democráticos bajo la era neoliberal, del mismo modo que vimos avances democráticos a finales del siglo XIX.

No existe un vínculo necesario entre capitalismo y autoritarismo, como tampoco lo hay entre liberalismo económico y democracia. El hecho es que el capitalismo de finitud no necesita evidentemente la democracia, y que ésta representa incluso un obstáculo.

De hecho, las reivindicaciones democráticas son generalmente más igualitarias, con vías para que los pequeños productores y los trabajadores expresen sus intereses. El capitalismo de

finitud, por el contrario, valora al empresario que logra el monopolio y, por tanto, la desigualdad. La toma de poderes soberanos por empresas estatales, que no rinden cuentas a nadie, también es contradictoria con los principios del gobierno representativo.

En el capitalismo de la finitud, sin embargo, las aspiraciones populares pueden captarse argumentando el carácter protector de las medidas de cierre. Esto es lo que está haciendo Trump. Destacar el progreso tecnológico y las nuevas fronteras que imaginamos se extenderán al espacio es también una forma de ampliar su base electoral.

Esto es lo que la extrema derecha europea no ha entendido. Cuando no tienes empresas estatales en sectores estratégicos, ni grandes flotas militares, pocos recursos energéticos propios... el riesgo, en un mundo "trumpizado", es sobre todo el empobrecimiento que conduce al servilismo.

Volvamos a su periodización de fases liberales y fases marcadas por la conciencia de la "finitud". ¿Cómo explica su alternancia?

No abordo directamente la cuestión de la causalidad de estas alternancias. Pero veamos lo que dijo [Karl Polanyi](#) sobre el colapso de la fase liberal en el siglo XIX. A medida que la promesa de abundancia colectiva e individual se hacía cada vez más difícil de cumplir, la plusvalía tenía que extraerse de otra manera, por medios imperialistas, destruyendo las estructuras tradicionales del mundo recién colonizado. Las élites teorizaron sobre ello y los críticos del imperialismo lo denunciaron en su momento.

Desde finales del siglo XX y principios del XXI, se viene produciendo un fenómeno relativamente similar. Desde el momento en que los países emergentes y las nuevas clases medias empiezan a consumir proteínas animales y combustibles fósiles según los estándares occidentales, la promesa de abundancia choca con las limitaciones de los recursos. Se hace difícil crecer sin nuevos mecanismos de depredación, lo que no puede lograrse en un marco liberal.

En el neoliberalismo, el Estado y las instituciones internacionales imponen un marco estricto para garantizar un entorno competitivo. Estamos en proceso de salir de este marco, porque no es suficiente ni para mantener el nivel de vida ni para garantizar los beneficios de las grandes empresas tecnológicas. La salida es un capitalismo menos estandarizado, más brutal, con formas de dominación más directas que prescinden del mercado.

Usted señala la finitud de los recursos naturales, pero ¿el problema no es también interno al propio sistema de acumulación? El capital [lucha por encontrar su valor](#), en Occidente pero también en China. Por eso el neoliberalismo ha supuesto una ruptura con el pasado: ha cambiado la base de la acumulación, que se ha vuelto más financiarizada y menos favorable al mundo del trabajo.

No estamos en desacuerdo. Los promotores del neoliberalismo intentaron claramente continuar, a través de una lógica competitiva exacerbada, un modo de producción que ya se estaba agotando en los años setenta. Pero después de la gran recesión de 2008, el crecimiento económico logrado a través de las exportaciones resultó ser un pastel cada vez más limitado. En los países del Norte, hemos asistido a un empobrecimiento relativo de las clases medias y trabajadoras.

Francia y Estados Unidos fueron los primeros en sentir el impacto de la entrada de China en la Organización Mundial del Comercio (OMC), y ahora ha llegado hasta Alemania. En la práctica, los occidentales están descubriendo que la teoría que justificaba el libre comercio —la especialización basada en la ventaja comparativa— no funciona. El empujón del neoliberalismo ya no basta para contener los problemas de una industria que se desmorona. Esto está contribuyendo al aumento de las rivalidades geopolíticas dentro del capitalismo mundial.

La fase liberal del capitalismo que comenzó en 1945, más o menos atemperada por el Estado social, fue también la fase de la “gran aceleración” de la degradación ecológica del sistema Tierra. ¿No subestimas el carácter permanente de la dimensión depredadora de la lógica capitalista?

Durante los *Treinta Gloriosos* y el periodo neoliberal, hubo intercambios claramente desiguales en todo el planeta. Pero eran las relaciones de mercado las que predominaban. Tomemos el caso de la tierra. En el mundo liberal, este activo es como líquido. Se fijan los precios y cada Estado compra, en el mercado mundial, lo que no tiene para el consumo de su población. Este es el modelo centrado en la OMC.

Desde las revueltas alimentarias de 2007-2008, y de nuevo tras la pandemia de la COVID, está ocurriendo algo diferente: un acaparamiento directo de tierras, sobre todo por parte de empresas estatales de Emiratos Árabes Unidos y China, pero también de empresas estadounidenses y holandesas. Compran la tierra, suministran insumos y semillas, y se apoderan de las cosechas sin intermediarios ni precios de mercado. Algo similar ocurre con los recursos mineros y pesqueros.

En términos más generales, llama la atención el crecimiento, tanto en el ámbito intelectual como en el empresarial, de la idea de que el capitalismo es un juego de suma cero. Escritores críticos como Dylan Riley y Robert Brenner han desarrollado recientemente esta idea en la *New Left Review*, pero como historiador, se pueden encontrar ecos de ella en el siglo XVII, cuando los primeros pensadores del capitalismo explicaron que no todo el mundo podía participar en los grandes mercados textiles.

¿Tiene el capitalismo finito del siglo XXI una cualidad especial en comparación con fases anteriores de este tipo? Podríamos imaginar un retorno casi tranquilizador, pero el sistema capitalista envejece.

Tenemos un nuevo problema. La finitud del mundo es, sin duda, la finitud de los recursos naturales y la saturación del mercado mundial: la finitud *de la vieja escuela*, por así decirlo. Pero también es el hecho de que para lograr una transición energética que evite un cambio climático desastroso, necesitamos enormes cantidades de minerales y metales. El planeta es finito por partida doble: necesitamos recursos para mantener el capitalismo fósil, pero también para hacer

la transición. No veo cómo esto no provocará grandes conflictos.

Para usted, el “mundo confiscado” sigue siendo un mundo capitalista, donde el problema es el imperativo de la acumulación, se haga o no con energías carbónicas. Entonces, ¿se opone a tesis como las de Yanis Varoufakis o Cédric Durand, que hablan de la emergencia de un “tecnofeudalismo” en lugar del capitalismo?

No estoy de acuerdo con ese término. El feudalismo implica una relación más política que económica, un poder basado en jerarquías extraeconómicas, justificadas de forma teológica o tradicional. Pero seguimos en un sistema en el que la relación de dominación se basa en el dinero, en beneficio de los capitalistas.

Sólo que algunos de estos capitalistas también quieren ser soberanos, con un sombrero de comerciante y otro de (para-)Estado. Ése es el cambio que se está produciendo: sigue funcionando una lógica capitalista, pero va acompañada de la incautación de la tierra, el mar, el aire e incluso el ciberespacio y el espacio público, lo que puede describirse como la incautación de la soberanía.

Usted aboga por una economía ecológica, que es una versión radical de la [“ecología de guerra” defendida por Pierre Charbonnier](#): básicamente, preservar la autonomía a través de la sobriedad, en lugar de entrar en el juego de los imperios. Pero ¿es esto posible frente a su capacidad de chantaje y coacción?

¿Cómo mantener un régimen democrático frente a imperios que quieren lo mismo que nosotros? Mi esperanza es ver surgir una política de transición energética muy ambiciosa, con una reducción drástica del consumo de energía, porque esto implicará necesariamente recursos minerales y metálicos.

Se trata de una línea muy fina: una transición fuerte que permita no seguir demasiado una política de imperialismo y vasallaje, y que al mismo tiempo garantice la autonomía frente a los imperios depredadores, lo que a la larga resultará ganador. Pero esto implica una reorganización tan radical de nuestra organización social que no sé si es posible.

Esta cuestión plantea la cuestión de un gobierno basado en las necesidades, en lugar de una carrera precipitada hacia la acumulación. ¿Necesitamos realmente millones de vehículos eléctricos individuales? ¿No necesitamos cambiar nuestro estilo de vida para escapar de la carrera imperial?

[Arnaud Orain es historiador, director de estudios del EHESS-CRH de París y autor de *Le monde confisqué. Essai sur le capitalisme de la finitude (XVI^e-XXI^e siècle)*; Éditions Flammarion. 2023]

[Fabien Escalona es doctor en Ciencias Políticas y autor de una tesis sobre “La reconversion partisane de la social-démocratie européenne” (Daloz, 2018), y del ensayo *Une République à bout de souffle* (Seuil, 2023). Tras colaborar puntualmente con Mediapart, se incorporó al equipo de forma permanente en febrero de 2018. Es miembro del departamento de política, y también trabaja en temas internacionales y noticias de ciencias sociales]

[Romaric Godin es periodista desde 2000. Se incorporó a *La Tribune* en 2002 en su página web, luego en el departamento de mercados. Corresponsal en Alemania desde Frankfurt entre 2008 y 2011, fue redactor jefe adjunto del departamento de macroeconomía a cargo de Europa hasta 2017. Se incorporó a Mediapart en mayo de 2017, donde sigue la macroeconomía, en particular la francesa. Ha publicado, entre otros, *La monnaie pourra-t-elle changer le monde Vers une économie écologique et solidaire* 10/18, 2022, y *La guerre sociale en France. Aux sources économiques de la démocratie autoritaire* , La Découverte, 2019]

[Fuente original: [Mediapart](#); fuente traducción: [Sin Permiso](#); trad. de Antoni Soy Casals]

Antonio Antón

El imperio iliberal contraataca

Trump ya es presidente de los EE. UU. Con él gobierna el *trumpismo*, con el dominio no solo del poder ejecutivo (y militar) sino también con pleno control del poder legislativo y judicial. El repetido slogan de 'América primero', desde su prepotencia imperial, define su estrategia de subordinar el resto de intereses de los países del mundo y sus poblaciones a su beneficio propio, incluidos los de la propia Unión Europea.

Se inicia un nuevo ciclo histórico con esos dos rasgos principales: el refuerzo de la dominación imperialista de las élites estadounidenses, y el vaciamiento de la democracia y los propios valores liberales e ilustrados. Permanece el (ultra)liberalismo económico como doctrina y dinámica que ampara un paso más en la desregulación económica, la desprotección pública y el predominio oligárquico privado frente al bien común; y se debilita el liberalismo político y la propia institucionalidad democrática como contrapoder soberano de la población para definir el contrato social —o constitucional— desde el que orientar las políticas públicas y la regulación de los poderes privados.

Tras una primera etapa en el Norte, con los treinta años gloriosos de la segunda posguerra mundial, de cierta expansión democrática y de los derechos sociales, aun con neocolonialismo y guerra fría con el bloque soviético, se pasó a la etapa más globalizadora y neoliberal, sobre todo, a partir de los años noventa, cuyos crudos efectos sociales se evidenciaron en la crisis socioeconómica y financiera de 2008/2013, junto con la salida regresiva y autoritaria impuesta, así como sus debilidades de legitimación popular y la respuesta cívica progresista.

Esa etapa se pretende superar con una mayor vuelta de tuerca neoconservadora y reaccionaria de los grupos de poder y las derechas tradicionales. La reconstrucción del Partido Republicano en EE.UU. es paradigmática, al igual que el ascenso ultra en Europa (y otros países). Por tanto, se está consolidando una nueva trayectoria de derechización política, hegemonismo geopolítico y reafirmación oligárquica, iniciada hace una década.

No se trata de un simple aislacionismo internacional o una retórica populista para encarnar cierta legitimidad ante capas perdedoras. El componente nacionalista está en primer plano, pero el neosoberanismo se enfrenta a una nueva colocación en la jerarquización mundial monopolizada por las élites estadounidenses.

Dominación y guerra cultural

La guerra cultural ultraderechista se asienta y sirve a una nueva recomposición de las estructuras de poder estatal, oligarquías económicas y estructuras sociales, con reafirmación de mayores dominaciones de países y grupos sociales.

No es de extrañar que sus principales ejes ideológicos se basen en el supremacismo blanco, el racismo y la precarización y control inmigrante, frente al respeto de la diversidad étnica, la integración social y la convivencia intercultural; o bien, contra los avances igualitarios feministas y derechos LGTBIQ+ por un refuerzo machista y patriarcal; o, incluso, contra los derechos sociales

y las políticas redistributivas calificadas por el propio Trump como izquierdistas y causantes de ‘calamidades’.

Con todo ello propugnan la segregación y división social, apoyándose en las ventajas relativas de algunos sectores sociales, promoviendo odio y agravios comparativos y siempre dependientes de la subordinación a los grandes grupos de poder.

Lo específico de esta nueva fase es esa interrelación entre, por una parte, reestructuración del dominio y los privilegios de estatus de las élites propietarias y dirigentes y, por otra parte, la legitimación de nuevas normas sociales y jurídicas y pautas culturales. Supone el intento de cambio de la dinámica social a través de la recomposición e imbricación del poder económico, político-militar y mediático-cultural, concentrado en una élite oligárquica en perjuicio de la democracia, las capas populares y los países del Sur global.

La prepotencia nacionalista del ‘América primero’

El ‘América primero’, absorbiendo la oligarquía prepotente de EE. UU. la representación de todo el continente, expresa la primacía de una nación esencialista que no necesita justificación democrática; encarna una misión fundamentalista designada por la divinidad. Son los principios autoritarios del nuevo poder, elegido mayoritariamente por la población —al igual que el comienzo del nazi/fascismo—; pero que una vez accedido al poder institucional se arroga capacidades ilegítimas, con desprecio a las normas éticas y los derechos humanos universales, así como al sistema democrático de contrapoderes, respeto a la pluralidad y refrendo popular, en condiciones libres e iguales. El poder real se autonomiza de la sociedad y se impone a ella. Es la degradación del proyecto ilustrado, basado en la soberanía popular y la libertad, la igualdad y la solidaridad.

Entra en crisis la propia ideología legitimadora del capitalismo neoliberal. Se desvela el carácter instrumental de la democracia... válida solo en la medida que sirve para reproducir y consolidar el poder oligárquico, en este caso, la pretensión hegemónica mundial. Aparece en toda su desnudez el cimiento autoritario de la fuerza, en contextos de desigualdad de poder y capacidad, para determinar el orden social. No hay derecho internacional que valga, derivado de un anterior acuerdo entre actores con una relación de fuerzas que se modifica a gran escala.

Se instaura una nueva normativa adecuada a los nuevos equilibrios a nivel mundial y en los países. Se trata de similar dinámica a la que originó el nazi-fascismo, del renacimiento de una nación —una élite— nueva, echa a su medida, con plena subordinación del resto, o bien con algunos premios de estatus a las correspondientes élites colaboracionistas.

El hegemonismo oligárquico y autoritario

En definitiva, por una parte, se vulnera la soberanía de los pueblos y estados, tradicional en Europa desde la paz de Westfalia en el siglo XVII, así como todas las normas internacionales amparadas por el derecho internacional, el derecho humanitario y las instituciones y acuerdos multilaterales, empezando por la propia ONU, cada vez más inoperativa. Tenían la fundamentación de los derechos humanos universales, pactados, precisamente, por los aliados vencedores del nazi-fascismo tras la segunda guerra mundial.

Por otra parte, se van diluyendo los fundamentos liberales de la separación de poderes (ejecutivo, legislativo y judicial), y se concentra el poder en una nueva oligarquía dirigente (tecnocrática, financiera o digital), tal como incluso dicen el propio expresidente Joe Biden, el exrepresentante europeo de exteriores y seguridad europea, Josep Borrell, o el propio presidente español, Pedro Sánchez, cuando habla de casta tecnocrática. Ese gran poder queda cada vez más alejado de la población y su representación institucional. Así, se resiente la democracia, como expresión de la soberanía y la participación popular frente a los poderes no electos o ilegítimos.

Al mismo tiempo, sin llegar al totalitarismo, se mantienen algunos procedimientos electorales y de concurrencia partidista, aunque se van reduciendo a la legitimación y selección de los representantes públicos cada cuatro años, en un proceso electoral condicionado por todas las estructuras de poder en pleno funcionamiento y, en especial, por los aparatos mediáticos dependientes de ese mismo poder oligárquico, con todo tipo de manipulación de la verdad.

El resultado es la limitación de los derechos individuales y colectivos y la igualdad de oportunidades, en una dinámica global de ampliación de la desigualdad mundial y en el interior de cada país. Las políticas dominantes dan un paso más en su dimensión ultraliberal en el Norte —privatizadora, desreguladora y de reducción del Estado de bienestar— y de apropiación extractivista (materias primas, petróleo... y mano de obra barata y subordinada), en el Sur. Todo ello con la precarización masiva, a distintos niveles, la desprotección pública y la creciente militarización, en un marco cada vez más intenso de crisis del medio ambiente y la sostenibilidad del planeta.

Personalidades progresistas relevantes, como el Nobel Joseph Stiglitz, consideran que el mandato de Trump va a reforzar el capitalismo oligárquico de EE. UU. (frente al capitalismo autoritario de China), sin perspectiva de avance progresista o con valores ilustrados ante las graves amenazas existentes para la humanidad. En ese sentido, el peso del derecho internacional disminuye y es insuficiente para regular los conflictos geopolíticos. Marcos Rubio, nuevo Secretario de Estado, lo dice con toda crudeza: «EE. UU. promoverá la paz a través de la fuerza», es decir, imponiendo su poderío económico-militar para priorizar sus intereses y siguiendo el plan de 'América primero' y los demás subalternos.

Habrá que ver las respuestas, las tensiones y los nuevos equilibrios. Por un lado, en las relaciones internacionales en el conflicto geopolítico y económico con China y los países BRIC, con la particularidad de la dependencia geoestratégica europea, sin apostar claramente por un polo relevante de modelo social y valores democráticos. Por otro lado, analizar las capacidades de resistencia cívica y democratizadora frente a la involución regresiva y autoritaria por parte de las propias poblaciones del Sur y del Norte, incluso del propio EE. UU., y en especial de las izquierdas latinoamericanas —empezando por México— y europeas —comenzando por España—. Veremos.

[Fuente: [Público](#)]

Éric Toussaint

Grecia 2015. De la esperanza a la capitulación

Lecciones para el futuro

Desde 2010, Grecia sufría un duro tratamiento de austeridad impuesto por los acreedores y por los partidos que se alternaban en el poder: el social demócrata PASOK y el conservador Nueva Democracia. Pero el 25 de enero de 2015 se produjo un cambio radical en el panorama político. El Partido Syriza (acrónimo que en griego significa «coalición de la izquierda radical») ganaba las elecciones legislativas, obteniendo 149 escaños de un total de 300. Como no consiguió la mayoría absoluta en el Parlamento griego, Syriza se vio abocado a formar un gobierno de coalición con ANEL (pequeña organización de derecha «soberanista» que anunciaba, como Syriza, que su prioridad era acabar con las políticas de austeridad). El dirigente principal de Syriza, Alexis Tsipras, se convirtió así en Primer ministro, y nombró a Yanis Varoufakis, economista de izquierda próximo a su partido, ministro de Finanzas.

Es muy importante que nos tomemos el tiempo necesario para analizar la política establecida por Yanis Varoufakis y el gobierno de Syriza ya que, por primera vez en el siglo XXI, un partido de izquierda radical era elegido en Europa para formar gobierno. Menos de seis meses después, el gobierno se rindió finalmente a las exigencias de los acreedores, renunciando a terminar con la austeridad. Comprender los fracasos y extraer enseñanzas de la manera en que el gobierno de Syriza afrontó los problemas son dos cuestiones primordiales si queremos evitar un nuevo fiasco. En otros países de Europa, aunque la extrema derecha esté en alza en casi todas partes, también podría haber una mayoría del electorado que eligiera un gobierno de fuerzas de izquierda cuya promesa fuera acabar con la larga noche neoliberal y realizar profundos cambios. Podrían producirse explosiones sociales generalizadas que desembocaran en la llegada al gobierno de fuerzas de la izquierda radical. Aunque haya lugares en que la probabilidad de que eso pase sea muy pequeña, es fundamental contar con un programa coherente de medidas: las que debería tomar un gobierno tan fiel al pueblo como lo son actualmente los gobernantes con respecto al gran capital. Pero, además, es imprescindible disponer de una estrategia para afrontar a los enemigos del cambio y de la emancipación.

El año 2015 marcará la historia de Grecia, de Europa y de la izquierda en este primer cuarto del siglo XXI. En este año 2025, en el décimo aniversario de las esperanzas suscitadas por la llegada de la izquierda radical al gobierno en Grecia y la capitulación que siguió, el CADTM publica en su página web capítulo a capítulo el libro *Capitulación entre adultos* publicado en 2020^[1]. El libro constituye una guía para los lectores y las lectoras que no se contenten con la narración dominante presentada por los grandes medios de comunicación y los gobiernos de la [Troika](#), pero tampoco con la versión dada por el exministro de Finanzas del primer gobierno de Syriza.

Si ustedes todavía no leyeron *Comportarse como adultos*^[2] de Yanis Varoufakis, pídanlo en su librería. Se lee como una novela negra política, hay suspense, giros, traiciones... El enorme [interés](#) de este libro reside en que el autor da su versión de unos hechos que influyeron e influyen todavía en la situación internacional, en particular en Europa y también en el resto del mundo, puesto que la decepción provocada por la capitulación del gobierno dirigido por Alexis Tsipras dejó una profunda huella.

En contraposición al relato de Varoufakis, yo indico los acontecimientos de los que él no habla y expreso una opinión diferente a la suya sobre lo que se debería haber hecho, sobre la apreciación de lo que hizo y sobre la estrategia adoptada por el gobierno dirigido por Alexis Tsipras. Mi relato no sustituye al suyo, se lee en paralelo. Para entender mi libro, la lectura de *Comportarse como adultos* no es indispensable, ya que resumo sistemáticamente las opiniones y los hechos importantes presentes en la narración, siendo mi crítica del camino tomado por Varoufakis y el gobierno de Tsipras precisa y argumentada.

Varoufakis se preocupó en comunicar lo que él considera la verdad sobre los hechos que le atañen. Y se arriesgó al hacerlo. Si no hubiera escrito este libro, muchos de esos hechos importantes seguirían desconocidos. No obstante, Varoufakis seleccionó los que secundaban su opinión, y eso me ha llevado a completar el relato para permitir una mejor comprensión de lo que realmente pasó.

¿Por qué Alexis Tsipras nombró, en enero de 2015, a Yanis Varoufakis ministro de Finanzas? Este economista era un electrón libre, sin influencia en Syriza (nunca fue miembro), por lo que Tsipras consideraría que, en caso de necesidad, podría destituirlo sin provocar grandes revuelos en el partido. El perfil de Varoufakis era conveniente para el papel que Tsipras le adjudicaba: un economista universitario brillante, buen comunicador, manejando bien la provocación y la conciliación con una sonrisa, y dominando perfectamente el inglés.

Alexis Tsipras decidió funcionar en *petit comité* a espaldas de su propio partido, en lugar de poner en práctica la línea política decidida de manera colectiva en el seno de Syriza, y aprobada democráticamente por la población griega. Es evidente que la ausencia de la participación popular, y de mecanismos democráticos en la elaboración de la orientación política que tomó el gobierno de Syriza, iba en contra de la necesidad de hacer un llamamiento a la movilización popular con el fin de poner en marcha el programa político radical con el que había sido elegido.

Contrariamente a la imagen caricatural presentada por los medios de comunicación dominantes y por los gobiernos de los países acreedores, Yanis Varoufakis, como negociador principal, ofreció unas propuestas muy moderadas a la Troika que constituían claramente un retroceso, o que estaban directamente en contradicción, con los compromisos tomados por Syriza y Tsipras durante la campaña electoral de enero de 2015. Varoufakis garantizó a sus interlocutores que el gobierno griego no pedía una reducción del stock de la [deuda](#) y que no había cuestionado la legitimidad o legalidad de las acreencias reclamadas a Grecia —cuestión de suma gravedad—. No puso énfasis en el derecho y la voluntad del gobierno griego de realizar una auditoría de la deuda de Grecia.

Yanis Varoufakis afirmó que el gobierno que representaba no modificaría las privatizaciones realizadas desde 2010 y que, además, algunas privatizaciones suplementarias podrían ser

perfectamente posibles.

El gobierno de Tsipras y su ministro de Finanzas Yanis Varoufakis propusieron a la Troika enmendar una parte del memorando en curso, prolongándolo y adaptando algunas de las medidas previstas. Yanis Varoufakis había afirmado repetidamente que el 70% de éstas eran aceptables, que otras, todavía no aplicadas, eran positivas, pero que había un 30% del memorando que debía ser reemplazado por otras medidas que tuvieran un efecto neutro sobre el presupuesto. O sea, unas medidas nuevas, especialmente las que deberían aplicarse para hacer frente a la crisis humanitaria, que no aumentarían el déficit previsto por el gobierno precedente, ya que estarían compensadas por ingresos suplementarios o por reducciones en el gasto de algunos otros sectores.

La cuerda que estrangulaba a Grecia funcionaba como un nudo corredizo: mientras que Grecia reembolsaba varios miles de millones de dólares de deudas entre el mes de febrero y el 30 de junio de 2015, los acreedores no hicieron ningún desembolso de nuevos fondos. Las cajas públicas se vaciaban en [beneficio](#), principalmente, del [FMI](#). Peor aún, el [BCE](#) limitó continuamente el acceso de los bancos griegos a la liquidez, obligándolos a pasar por el mecanismo de concesión de liquidez de urgencia que asfixió al gobierno. Eso provocó un clima de incertidumbre y conllevó una retirada masiva de depósitos bancarios, cuyo montante se redujo en 30.000 millones de euros durante el primer trimestre de 2015.

Yanis Varoufakis y el pequeño círculo de Tsipras, al ponerse de acuerdo con la Troika a fines de febrero de 2015 para prolongar el segundo memorando, nunca manifestaron una voluntad de pasar a la [acción](#) aunque los acreedores no hicieran concesiones. Y estos últimos despreciaron al gobierno griego. En realidad, el gobierno se rindió dos veces: la primera a fines de febrero de 2015 y la segunda, después del referéndum del 5 de julio del mismo año.

Varoufakis y Tsipras pasaron una gran parte de su tiempo en reuniones interminables en el exterior, en negociaciones en las que ellos hicieron concesiones mientras que la Troika proseguía metódicamente su obra de demolición de la esperanza del pueblo griego. Tsipras y Varoufakis no destinaron ni un poco de su tiempo para acercarse al pueblo griego, para hablar en reuniones en las que la población griega estuviera invitada. No se desplazaron por el país para encontrar a sus electores y electoras, para escuchar sus problemas y explicarles lo que pasaba en las negociaciones, para presentar las medidas que quería emprender el gobierno para luchar contra la crisis humanitaria y relanzar la economía del país.

Tsipras y Varoufakis no abandonaron la ciudadela antidemocrática para comprometerse en una acción activa de apertura hacia los movimientos sociales que resistían a la ofensiva neoliberal, y eso es la esencia de la democracia.

Nunca, ni uno ni otro, hicieron un llamamiento a los pueblos de Europa y del mundo por la solidaridad con el pueblo griego. Eso influyó en la dificultad de desarrollar un poderoso movimiento de solidaridad internacional. El hecho de funcionar en el marco de la diplomacia secreta también alentó a la dirigencia europea a mantener las peores prácticas de chantaje, sin correr el riesgo de que éstas fueran denunciadas. Habría sido necesario romper con esa diplomacia secreta y utilizar a fondo las posibilidades de comunicación provistas por las redes sociales, cosa que tampoco hizo el gobierno griego ni el núcleo dirigente en torno de Tsipras.

Las raras veces en las que Tsipras o Varoufakis hicieron prueba de resistencia frente a los acreedores y a la dirigencia europea, la población griega les expresó su apoyo en las calles, en las encuestas y con ocasión del referéndum del 5 de julio de 2015. Eso muestra perfectamente qué potencial de movilización hubiera habido si Tsipras y Varoufakis hubieran adoptado de manera coherente una línea de rechazo a los ultimátum, si hubieran puesto en práctica la suspensión de pagos y la auditoría de la deuda, y un descuento unilateral de los títulos en manos del BCE, si hubieran establecido un sistema de pagos paralelo, si hubieran ejercido su derecho de voto en los bancos griegos y decretado el control de movimientos de capitales.

Yanis Varoufakis y Alexis Tsipras tienen una grave responsabilidad en el insuficiente desarrollo de una solidaridad masiva y activa con Grecia, sometida al chantaje de los acreedores. Para conseguir una gran movilización ciudadana era necesario hacer un llamamiento, informar para contrarrestar la masiva campaña denigrante y estigmatizante sobre la población griega, y no solamente sobre el gobierno. De todas maneras, es necesario distinguir entre los comportamientos de Alexis Tsipras y de Yanis Varoufakis: mientras que Tsipras firmó el tercer memorando y lo hizo aprobar por el parlamento griego, Varoufakis se opuso, abandonó el gobierno el 6 de julio de 2015 y, en su calidad de diputado, votó en contra del tercer memorando el 15 de julio de 2015.

Lo fundamental de la crítica de la política seguida por el gobierno griego en 2015 no consiste, en lo esencial, en determinar las responsabilidades respectivas de Tsipras o de Varoufakis como individuos. Nos debemos concentrar en un análisis de la orientación político-económica puesta en práctica con el fin de determinar las causas del fracaso, de determinar lo que se podría haber hecho y extraer enseñanzas sobre las políticas alternativas que un gobierno de izquierda radical puede llevar a cabo en un país de la periferia de la zona euro. Esas enseñanzas tienen, por otra parte, un alcance que supera las fronteras de Europa.

En este libro, en cada momento clave, expongo lo que se podría haber hecho con el fin de ganar. Es un ejercicio arriesgado, pero altamente necesario. Por otro lado, yo mismo participé en los acontecimientos que se desarrollaron entre enero y julio de 2015, ya que coordinaba los trabajos de la Comisión para la verdad sobre la deuda griega instituida por la presidenta del Parlamento griego. Viví tres meses en Atenas, entre febrero y julio de 2015 y, en el marco de mi trabajo de coordinador científico de la auditoría de la deuda griega, estuve en relación directa con una serie de miembros del gobierno de Alexis Tsipras. También estuve en contacto permanente con los movimientos sociales y me alojé en Ambelopiki, un barrio popular.

Uno de los objetivos principales del libro es demostrar que en cada etapa crucial del «calvario» que va de febrero a julio de 2015, siempre hubo la posibilidad de optar por una alternativa. Era posible y necesario ponerla en marcha puesto que lo que pasó no era inevitable.

La experiencia prueba que, aunque los movimientos de izquierda puedan llegar al gobierno, no por eso tendrán el poder. La democracia, es decir el ejercicio del poder por parte del pueblo y para el pueblo, requiere muchísimo más. El problema se planteó en Grecia en 2015 con Syriza, al igual que en diciembre de 1998 con la elección a presidente de Hugo Chávez en Venezuela, con la elección de Evo Morales, en 2005, en Bolivia, en Ecuador con la de Rafael Correa en diciembre de 2006, y mucho antes en Chile, en 1970, con la elección de Salvador Allende.^[3]

La cuestión se plantea para cualquier movimiento de izquierda que llegue al gobierno en una sociedad capitalista. Cuando esto sucede, no se obtiene el poder real, ya que el poder económico —que pasa por la posesión y el control de los grupos financieros e industriales, de los grandes medios de comunicación privados, del gran comercio, etc.— permanece en manos de la clase capitalista, el 1 % más rico. Esa clase capitalista controla el Estado, el poder judicial, los ministerios de Economía y Finanzas, los bancos centrales, las grandes instancias de decisión... En Grecia, o en España como en Ecuador, en Bolivia, en Venezuela o en Chile^[4], un gobierno determinado a realizar verdaderos cambios estructurales debe entrar en conflicto con el poder económico, para debilitar y luego acabar con el control de la clase capitalista sobre los grandes medios de producción, de servicio, de comunicación y sobre el aparato del Estado.

Tratemos de hacer una comparación histórica. Después de 1789, cuando, gracias a la Revolución, la burguesía tomó el poder político en Francia, resulta que ésta ya tenía el poder económico. Antes de conquistar el poder político, los capitalistas franceses eran los acreedores del rey de Francia y los propietarios de los principales motores del poder económico: los bancos, el comercio, las manufacturas y una parte de las tierras. Después de la conquista del poder político, expulsaron del Estado a los representantes de las antiguas clases dominantes, nobleza y clero, las sometieron o se fusionaron con ellas. El Estado se convirtió en una máquina bien aceiteada al servicio de la acumulación de capital y de beneficios.

A diferencia de la clase capitalista, el pueblo no tiene capacidad para tomar el poder económico si no accede al gobierno. La repetición para el pueblo de la progresiva ascensión hacia el poder que realizaron los burgueses en el marco de la sociedad feudal y de la pequeña producción comercial es imposible. El pueblo no acumula riquezas materiales a gran escala, no dirige las empresas industriales, los bancos, el gran comercio y otros servicios. El poder político (y por ende el gobierno) es por lo tanto un instrumento esencial para que el pueblo pueda emprender las transformaciones en el ámbito de la estructura económica y comenzar la construcción de un nuevo tipo de Estado basado en la autogestión. Al dirigir un gobierno, la izquierda tiene acceso a las instancias institucionales, políticas y financieras con el fin de iniciar profundos cambios a favor de la mayoría de la población. La autoorganización del pueblo, su autoactividad en la esfera pública y en los lugares de trabajo son condiciones sine qua non para el conjunto del proceso. Cualquier construcción según un esquema de arriba abajo está condenada al fracaso. La emancipación del pueblo debe ser la obra del propio pueblo.

Para realizar cambios estructurales reales, es fundamental establecer una relación interactiva entre un gobierno de izquierda y la población. Ésta debe reforzar su nivel de autoorganización y construir desde abajo estructuras de control y de poder popular. Esa relación interactiva, dialéctica, puede llegar a ser conflictiva si el gobierno duda en la toma de medidas que reclama la «base». El apoyo del pueblo al cambio prometido y la presión que pueda ejercer son vitales para convencer a un gobierno de izquierda que debe profundizar el proceso de cambios estructurales, que implica una redistribución radical de la riqueza a favor de aquellas y aquellos que la producen. Y es también vital para asegurar la defensa de ese gobierno frente a los acreedores, a los partidarios del antiguo régimen, a los propietarios de los grandes medios de producción, a los gobiernos extranjeros. Para realizar cambios estructurales, se debe acabar con la propiedad capitalista en los sectores claves como las finanzas y la energía, transfiriéndolas al sector público —servicios públicos con control ciudadano— así como apoyando otras formas de propiedad con

función social: la pequeña propiedad privada (especialmente en la agricultura, la pequeña industria, el comercio y los servicios), la propiedad cooperativa y la propiedad colectiva basada en una asociación libre.[\[5\]](#)

Si un gobierno popular quiere realmente romper con las políticas de austeridad y de privatización en curso en toda Europa, entrará inmediatamente en conflicto con las poderosas fuerzas conservadoras tanto a nivel nacional como a nivel de la Unión Europea. Solo con afirmar que el gobierno quiere aplicar las medidas deseadas por la población, que rechaza masivamente la austeridad, cualquier fuerza de izquierda encontrará una oposición muy dura por parte de las instancias europeas, de la mayoría de los gobiernos de la Unión Europea, así como de dirigentes y grandes accionistas de las principales empresas privadas, sin olvidar al FMI.

Incluso autolimitando un programa de cambio, un gobierno de izquierda encontrará una fuerte oposición pues, enfrente, tendrá a las clases pudientes y a las instancias europeas (íntimamente ligadas y solidarias) que quieren llevar aún más lejos el mayor y más formidable ataque, concertado a escala europea, contra los derechos económicos y sociales de la población. Sin olvidar la voluntad de limitar fuertemente el ejercicio de los derechos democráticos.

Es ilusorio pensar que se puede convencer a las autoridades europeas y a la patronal de las grandes empresas (financieras e industriales principalmente) que abandonen el programa neoliberal reforzado desde 2010.

[Fuente: [CADTM](#)]

Notas

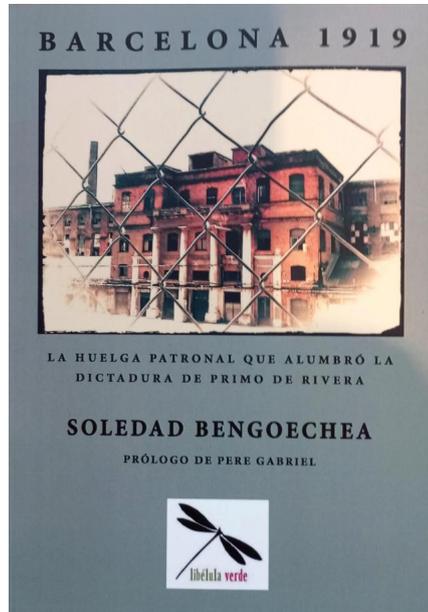
1. Éric Toussaint, *Capitulación entre adultos. Grecia 2015: Una alternativa era posible*, El Viejo Topo, Barcelona, 2020, 304 pp. <https://www.cadtm.org/Capitulacion-entre-adultos-Grecia-2015-Una-alternativa-era-posible> ?
2. Yanis Varoufakis, *Comportarse como adultos. Mi batalla contra el establishment europeo*, Deusto, Barcelona, 2017. ?
3. Para la experiencia chilena, consultad: Franck Gaudichaud, *Chile 1970-1973. Mil días que estremecieron al mundo*. Sylone editorial, colección Futuro anterior, Barcelona, 2017. ?
4. Cuba pasó por un proceso diferente al de Venezuela, Ecuador, Bolivia o Chile, ya que la izquierda accedió al gobierno como resultado de una lucha armada de varios años, apoyada en su fase final por un enorme levantamiento popular (fines de 1958-primeros días de 1959). Se puede consultar, entre otros, a: Fernando Martínez, entrevistado por Éric Toussaint en el libro *Le pas suspendu de la révolution*, Éditions du Cerisier, Mons, Bélgica, 2001. Esta entrevista está disponible en la red: "Cuba de 1959 a 1999 desde una perspectiva histórica" <https://www.cadtm.org/Cuba-de-1959-a-1999-desde-una>. ?
5. En los cuatro países andinos citados, y especialmente en Ecuador y Bolivia, también es fundamental apoyar las formas de propiedad tradicionales de los pueblos originarios, generalmente, con un gran porcentaje de propiedad colectiva. ?

Barcelona 1919

La huelga patronal que alumbró la dictadura de Primo de Rivera

Libélula Verde Barcelona 2024 227

A. R. A.



Este libro de Soledad Bengoechea ilustra un episodio histórico poco recordado por la izquierda y que, en cambio, anticipó no sólo la dictadura de Primo de Rivera sino también aspectos importantes del golpe de Estado franquista. Para la izquierda, 1919 está asociado a la huelga de La Canadiense y la conquista de las 40 horas. Aquí se nos relata la resaca de aquella victoria. La respuesta que dio la patronal espantada por el auge del sindicalismo cenetista (y por la Revolución rusa), afectada por el reflujó del fin de la guerra y con ánimos de revancha. Lo que cuenta el libro es el proceso que conllevó tanto la declaración de un locaut de larga duración, sumamente costoso para la clase obrera, y, a la vez, una presión continúa al Gobierno español para que adoptara una vía autoritaria no solo en lo que respecta a represión del movimiento obrero, sino a la imposición de un modelo de sindicatos verticales que lo anulara completamente. Una demanda que el franquismo finalmente culminó. La obra analiza no sólo el contenido de estas acciones, sino, especialmente importante, las formas de organización que adopta la patronal catalana y cómo en torno a ella se aglutinan las entidades de la sociedad civil burguesa. Cómo en esta opción el militarismo se considera una opción legítima, y se produce un apoyo cerrado de la burguesía local en torno al gobernador militar Joaquín Milans del Bosch. Una burguesía armada, en el somatén, y fomentadora del pistolero que acabó con la vida de personas tan respetables como Francesc Layret o Salvador Seguí. Cuando ahora celebramos los modestos (pero sustanciales) avances en derechos laborales de los últimos años, vale la pena recordar que en la lucha de clases la burguesía siempre es implacable cuando considera amenazados sus privilegios. Lo hemos visto en Barcelona recientemente con el trato dado al Ayuntamiento de Ada Colau. Y lo volverán a hacer si consideran que los avances actuales rebasan unos límites que consideren intocables. Muchas de las sociedades civiles que aparecen en el libro formando el área de apoyo del núcleo patronal son las mismas sociedades que aún ahora tratan de controlar la sociedad catalana, conspiran permanentemente para imponer su

proyecto social y, en los últimos tiempos, están empezando a pedir que se quite espacio y recursos a todas las entidades sociales que se enfrentan a sus intereses. Aunque la obra explica hechos de hace más de cien años, hay procesos que se repiten y modelos sociales que permanecen. Basta recordar que uno de los nefastos personajes que protagoniza esta historia, el Conde de Salvatierra, gobernador civil, máximo protector de la represión patronal, sigue ostentando una calle en el distrito burgués por excelencia de Sarrià-Sant Gervasi.

27 2 2025

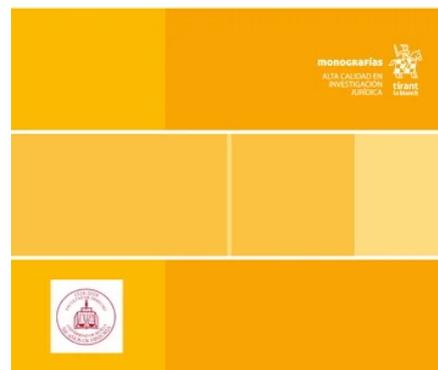
Ruido de togas

Justicia política y polarización social durante la República (1931-1936)

Tirant lo Blanch Valencia 2024 722

Francisco M. Fernández Caparrós

RUIDO DE TOGAS
Justicia política y polarización social
durante la República (1931-1936)
RUBÉN PÉREZ TRUJILLANO



Generalmente, los libros que hay sobre la Segunda República española pueden clasificarse en dos grandes grupos. En la búsqueda de explicaciones convincentes sobre el devenir y el cruento cierre de la experiencia republicana, el primer grupo señala a los agentes y factores que golpearon a la República *desde fuera* del régimen o, más bien, desde fuera de sus instituciones: los anarquistas, los comunistas, los integristas, los tradicionalistas, los fascistas... Desde este punto de vista, si algunos elementos internos al Estado republicano tomaron parte de esas acciones se debería a su contaminación ideológica, a su partidismo o a su falta de profesionalidad (militares *monárquicos*, policías *filofascistas*, alcaldes *socialistas*, etc.). En cambio, el segundo grupo de estudios pone la lupa sobre la provocación y el agravamiento de los problemas que asolaron a la República *desde dentro*. En este sentido, el Ejército y la Guardia Civil han acaparado la mayor de las atenciones y, solo recientemente y en menor medida, algunos cuerpos policiales.

Ruido de togas, de Rubén Pérez Trujillano, no encaja en ninguna de estas visiones. Esta «monumental obra», como la ha calificado [Juan José del Águila](#), analiza el papel de la Administración de Justicia en la vida política, social y constitucional de la República, es decir, aborda tanto la gestión como la producción judicial del conflicto en los años 1931-1936. Ni una cosa ni la otra habían sido trabajadas en España. A este respecto, la tesis central del libro es sólida y descansa sobre el estudio de las tendencias jurisprudenciales manifestadas por el Tribunal Supremo y numerosas instancias judiciales: los jueces y magistrados antepusieron un ideal material de orden sobre el ordenamiento constitucional y democrático. El autor llega a hablar de la oposición de una «Constitución material judicializada» frente a las normas democráticas y la propia Constitución promulgada en 1931. Pérez Trujillano explora las raíces

decimonónicas de esta colisión (la «Constitución interna» que Cánovas había verbalizado y que impregnaba toda la legislación y acción represiva contra el enemigo de clase), así como las incorporaciones propias de una Europa sumida en el autoritarismo. En muchos aspectos, la judicatura española no sólo se aferró al pasado monárquico, sino que se sumó al carro de las doctrinas europeas que pugnan con el constitucionalismo social y democrático.

Este trabajo trata con minuciosidad los entresijos jurídicos y judiciales de los principales desafíos y confrontaciones del momento republicano. Sin contar la introducción y las conclusiones, sus siete capítulos están repartidos en tres grandes partes que aluden a los grandes polos de la lucha de clases: una primera parte dedicada a analizar el sistema judicial con que se encontró la República y los intentos por reformarla; una segunda centrada en la criminalidad asociada al movimiento obrero y las formas de organización y protesta de la clase trabajadora; y, por último, una parte sobre la criminalidad ligada a la defensa del orden social tradicional, esto es, el movimiento derechista y, en concreto, el terrorismo fascista. A lo largo de estas páginas, el autor desmenuza una multitud de fuentes inéditas que permiten conocer cuál fue la actitud de la judicatura frente a episodios como la quema de conventos de mayo de 1931, la aplicación de la «ley de fugas», el golpe de Sanjurjo de 1932, las revueltas anarquistas de 1931-1933, las revoluciones de Asturias y Cataluña de octubre de 1934, la estrategia de la tensión fascista del año 1936, etc. El libro aborda otras problemáticas cuya trascendencia ha menguado con el paso del tiempo por más que revistieran gravedad en su momento. Por ejemplo: el proceso al general Mola en el primer año republicano, que dejaría libre al gran «director» del golpe criminal de 1936, o las artimañas urdidas por la magistratura española para salir incólume después de auxiliar y encubrir a la dictadura de Miguel Primo de Rivera.

Sin duda, la historia social y política de España cubre gracias a este libro algunos huecos importantes, como subraya Sebastián Martín en el prólogo. Proporciona datos y materiales que dan otra perspectiva (la judicial) a los hechos históricos de los cuales venían ocupándose los estudios sobre la República al mismo tiempo que se enriquece la historia europea acerca de la quiebra de las democracias de entreguerras. Sin embargo, el mérito más destacable de *Ruido de togas* y *Jueces contra la República* (ambos se han publicado en 2024 y son complementarios) reside en haber mostrado con exhaustividad y rigor la acción histórica que acometió el poder judicial en perjuicio de la democracia fundada en su forma republicana allá por 1931. Rubén Pérez Trujillano ha sabido descender a los bajos fondos de la justicia para mostrar las bajas pasiones que la llevaron a allanar el camino a la dictadura de Franco.

27 2 2025

1925-2024: Cien años del nacimiento de Frantz Fanon

La Fundación Frantz Fanon invita a colectivos, movimientos y organizaciones antirracistas y anticolonialistas a unirse a la Fundación para celebrar el Centenario del nacimiento de Frantz Fanon en 2025.

Se organiza el centenario bajo la presidencia de Dany Glover (actor), [Mumia Abu Jamal](#) (autor y prisionero político), Lyonel Trouillot (escritor) y Aminata Dramane Traoré (escritora y activista política).

El sitio web de la Fondation Frantz Fanon es: <https://en.tipeee.com/fondationfrantzfanon>

A continuación publicamos el «Llamamiento de la Fundación Frantz Fanon» y la «Carta a un francés», del propio Fanon (en *Por la revolución africana* [1964] y ahora en *Oeuvres, I, La Découverte, París, 2024, 10.ª ed.*).

* * *

Llamamiento de la Fundación Frantz Fanon

Un pensamiento en acción

Fanon encarnó una visión combativa de la descolonización, combinando teoría y acción. Este centenario es una oportunidad para rendir homenaje a su pensamiento revolucionario organizando actos que apoyen a los movimientos en su lucha contra el racismo institucional, la deshumanización y el colonialismo. En 2021, en el 60º aniversario de la muerte de Fanon y desde la publicación de *Los desdichados de la tierra*, la Fundación hace un llamamiento a la organización de actos que reconozcan y celebren la dimensión combativa de la obra de Fanon, al tiempo que contribuyan a los esfuerzos de movimientos, organizaciones y colectivos en su lucha contra el racismo institucional, la deshumanización, la indignidad, la limpieza étnica, el genocidio y el colonialismo.

Convocatoria

La Fundación Frantz Fanon invita a colectivos, movimientos y organizaciones antirracistas y anticoloniales a unirse a la Fundación para celebrar el centenario del nacimiento de Frantz Fanon en 2025.

Fanon es una de las figuras más influyentes del pensamiento anticolonial del siglo XX. Su poderoso análisis de la dinámica del poder, la raza y la revolución inspiró a activistas de todo el mundo, como Ernesto «Che» Guevara, los Panteras Negras y Steve Biko. Sus ideas han influido en las luchas políticas y en campos académicos como la filosofía, la psicología y el pensamiento anticolonial.

Participa

Esta es una convocatoria para proyectos y eventos autónomos y autofinanciados, de una hora a varios días de duración, en cualquier momento entre enero y diciembre de 2025. Estos proyectos y acciones deben contribuir a la visión que anima la obra de Fanon y que se tematiza en esta convocatoria. La Fundación desea fomentar la organización de conversaciones e intercambios, así como la creación de proyectos culturales, intelectuales y artísticos dirigidos o codirigidos principalmente por organizadores locales y comunitarios. Se trata de actividades que apoyan directamente las luchas anticoloniales y proporcionan las condiciones para que los participantes, incluidos académicos y comisarios, pasen por un proceso de reeducación y transformación con el fin de convertirse en co-combatientes en procesos que son, ante todo, dirigidos por movimientos y organizaciones anticoloniales combativos sobre el terreno. Se trata de actividades en las que «el intelectual se deshace de todo ese cálculo, de todos esos extraños silencios, de esas segundas intenciones, de ese pensamiento taimado y de esa cultura del secreto a medida que se adentra más y más en el pueblo» (Fanon).

Carta a un francés

Frantz Fanon

Cuando me dijiste que querías irte de Argelia, mi amistad se silenció de repente. Por supuesto, las imágenes que surgieron, tenaces y decisivas, estaban en la puerta de mi memoria.

Te estaba mirando a ti y a tu mujer, a tu lado.

Ya te ves en Francia... Nuevas caras a tu alrededor, lejos de este país donde las cosas no van bien desde hace unos días.

Me dijiste: el ambiente está empeorando, tengo que irme. Tu decisión, aunque no irrevocable como lo habías expresado, iba tomando forma poco a poco.

¡Este país inexplicablemente espinoso! Carreteras que ya no son seguras. Campos de trigo convertidos en infiernos. Los Árabes que se vuelven desagradables.

Se cuenta. Se cuenta.

Las mujeres serán violadas. Cortarán testículos y se los meterán entre los dientes.

¡Recuerde Sétif! ¿Quieres otra Sétif?[\[1\]](#)

Ellos lo conseguirán, pero no nosotros.

Todo esto me lo has contado riéndote.

Pero tu mujer no se reía.

Y vi, detrás de tu risa.

Vi tu ignorancia esencial de las cosas en este país.

De las cosas que yo te explico.

Quizá te vayas, pero dime, cuando la gente te pregunte: ¿Qué está pasando en Argelia?, ¿qué responderás?

Cuando tus hermanos te pregunten: ¿qué pasó en Argelia? ¿Qué les dirás?

Es más, cuando la gente quiera entender por qué te fuiste de este país, ¿cómo vas a apagar la vergüenza que ya llevas encima?

Esa vergüenza de no haber comprendido, de no haber querido comprender lo que ocurría a tu alrededor cada día.

Estuviste en este país ocho años.

¡Y no hay ni un trozo de esta enorme herida que te detenga!

¡Y ni una sola pieza de esta enorme herida te ha obligado!

Para descubrirte tal y como eres.

Preocupado por el Hombre, pero singularmente no por los árabes.

Preocupado, ansioso, tenaz.

Pero en medio del campo, tu inmersión en el mismo barro, en la misma lepra.

No hay un solo europeo que no esté revuelto, indignado y alarmado por todo menos por el destino del árabe.

Árabes inadvertidos.

Árabes ignorados.

Árabes en silencio.

Árabes sutiles, disimulados.

Árabes ocultos.

Árabes negados a diario, transformados en un telón de fondo sahariano. Y tú entre ellos:

Que nunca has estrechado la mano de un árabe.

Nunca tomaste con él el café.

Nunca hablaste del tiempo con un árabe.

A tu lado, los árabes.

Fuera los árabes.

Los árabes fueron rechazados sin esfuerzo.

Confinados los árabes.

Pueblo indígena aplastado.

Un pueblo de nativos dormidos.

A los árabes nunca les pasa nada.

Toda esa lepra en tu propio cuerpo.

Te irás. Pero quedan todas estas preguntas, estas preguntas sin respuesta. El silencio combinado de 800.000 franceses, ese silencio ignorante, ese silencio inocente.

Y 9.000.000 de hombres bajo este sudario de silencio.

Te ofrezco este archivo para que nadie muera, ni los muertos de ayer, ni los resucitados de hoy.

Quiero que mi voz sea brutal, no quiero que sea bella, no quiero que sea pura, no quiero que sea dimensional.

No quiero que se divierta, porque por fin hablo del hombre y de su rechazo, de la podredumbre cotidiana del hombre, de su espantosa resignación.

Quiero que cuentes la historia.

Déjenme decirles, por ejemplo, que en Argelia hay una crisis de escolarización, y pensarán: es una vergüenza, tenemos que hacer algo al respecto.

Permítanme decir: un árabe de cada trescientos que sepa firmar con su nombre, para que piensen: eso es triste, tiene que acabar.

Escuchen más:

Una directora se quejaba de tener que admitir a nuevos niños árabes en su colegio cada año.

Una directora se quejaba de que, una vez matriculados todos los europeos, se vería obligada a matricular a unos cuantos niños árabes.

El analfabetismo de estos pequeños bastardos crece en proporción a nuestro silencio.

Enseñar a los árabes, pero no estás pensando en eso.

Así que quieres hacernos la vida difícil.

Son como son.

Cuanto menos entiendan, mejor.

Y llevarnos las ganancias.

Esto nos costará un ojo de la cara.

Pero no piden mucho.

Una encuesta en los caídos^[2] muestra que los árabes no piden escuelas.

Millones de limpiabotas. Millones de «porter madame».

Millones que piden un trozo de pan. Millones de iletrados que «no saben ni escribir, ni firmar ni nada».

Millones de huellas dactilares en informes policiales que conducen a penas de prisión.

Según los actos de Monsieur le Cadid.

Sobre los alistamientos en los regimientos de fusileros argelinos.

Millones de agricultores, engañados y robados.

Fellahs^[3] agarrados a las cuatro de la mañana,

abandonados a las ocho de la tarde.

Del sol hasta a la luna.

Fellahs reventados de agua, comiendo hojas, a reventar de viejas galletas que deben durar todo el mes.

Fellah inmóvil con tus brazos moviéndose y tu espalda doblada pero tu vida detenida.

Los coches pasan y ellos no se mueven. Si les atropellaran, no te moverías.

Árabes en la carretera.

Los palos pasaban por el asa de la cesta.

Cesta vacía, esperanza vacía, toda esta muerte del *fellah*.

Doscientos cincuenta francos al día.

Fellah sin tierra.

Fellah sin razón.

Si no estás contento, vete. Chozas llenas de niños. Mujeres que llenan las cabañas.

Fellah exprimido.

Sin un sueño.

Seis veces doscientos cincuenta francos al día.

Y aquí nada te pertenece.

Estamos siendo amables contigo, ¿de qué te quejas?

¿Qué harían sin nosotros? ¡Ah, ¿qué bonito sería este país si nos fuéramos!

Se convertiría en un pantano en poco tiempo, ¡sí!

Veinticuatro por doscientos cincuenta francos al día.

Trabaja, *fellah*. En tu sangre el trabajo postrado de toda una vida.

Seis mil francos al mes.

Desesperación en tu cara.

Resignación en tu vientre...

No importa, *fellah*, si este país es hermoso.

1. Las masacres del 8 de mayo de 1945, también conocidas como masacre de Sétif o masacres de Sétif y Guelma, fueron una serie de disturbios y asesinatos ocurridos en la ciudad comercial de Sétif, en la Argelia francesa, cerca de Constantina. Las autoridades francesas y otros colonos realizaron ataques que provocaron la muerte de entre 6.000 y 20.000 personas. (N. del E.) [?](#)
2. En la Argelia francesa, especie de gobernador de las aldeas. (N. del E.) [?](#)
3. *Fellahs* es un campesino pobre. (N. del E.) [?](#)

28 2 2025

Hiperimperialismo: una nueva etapa decadente y peligrosa



Este último estudio del Instituto Tricontinental de Investigación Social explora, con numerosos datos y gráficos, cómo el declive de la hegemonía del Norte Global ha cambiado el panorama geopolítico y ha abierto nuevas posibilidades para el Sur Global. Tal y como menciona el propio Instituto, la investigación «se llevó a cabo de forma colectiva durante más de un año y ha recibido contribuciones de muchos académicos y profesionales socialistas. Este documento se ha elaborado con datos y gráficos proporcionados por Global South Insights (GSI), con la edición y coordinación de Gisela Cernadas, Mikaela Nhondo Erskog, Tica Moreno y Deborah Veneziaie. Los datos y gráficos de la Parte IV del documento se basan en gran medida en investigaciones publicadas por el economista John Ross».

El documento puede consultarse online [en este enlace](#). También puede descargarse el estudio en formato [PDF aquí](#).

Paula Tavares

Cosechas

De diez en diez años

cada círculo

completa sobre sí

un viaje

nace, brota del suelo

y al cabo de diez años

se forma espera y cae el primero

por gravedad

el día vigésimo octavo

entre diez y diez años

se prepara

para la siembra

la tierra

a los veinte surge

el arado

la lluvia

la sonrisa

ALGUNOS DIEZ AÑOS MÁS TARDE

SE ESPERA EL FIN

de veintiocho

en

veintiocho días

Las cosas delicadas se tratan

con cuidado,

Filosofía cabinda

Me deshuesaste

cuidadosamente

inscribiéndome

en tu universo

como una herida

una prótesis perfecta

maldita necesaria

guiaste todas mis venas

para que desembocaran

en las tuyas

sin remedio

medio pulmón respira en ti

el otro, si me acuerdo

casi no existe

Hoy me he levantado pronto

he pintado con tacula [\[1\]](#) y agua fría

el cuerpo encendido

no bato la mantequilla

no me abrocho el cinturón

VOY

al sur a saltar el cercado

[Del libro: *Ritos de passagem* (1985). Traducción: Fernando González García]

[1] Planta de la que se obtiene un tinte rojo.